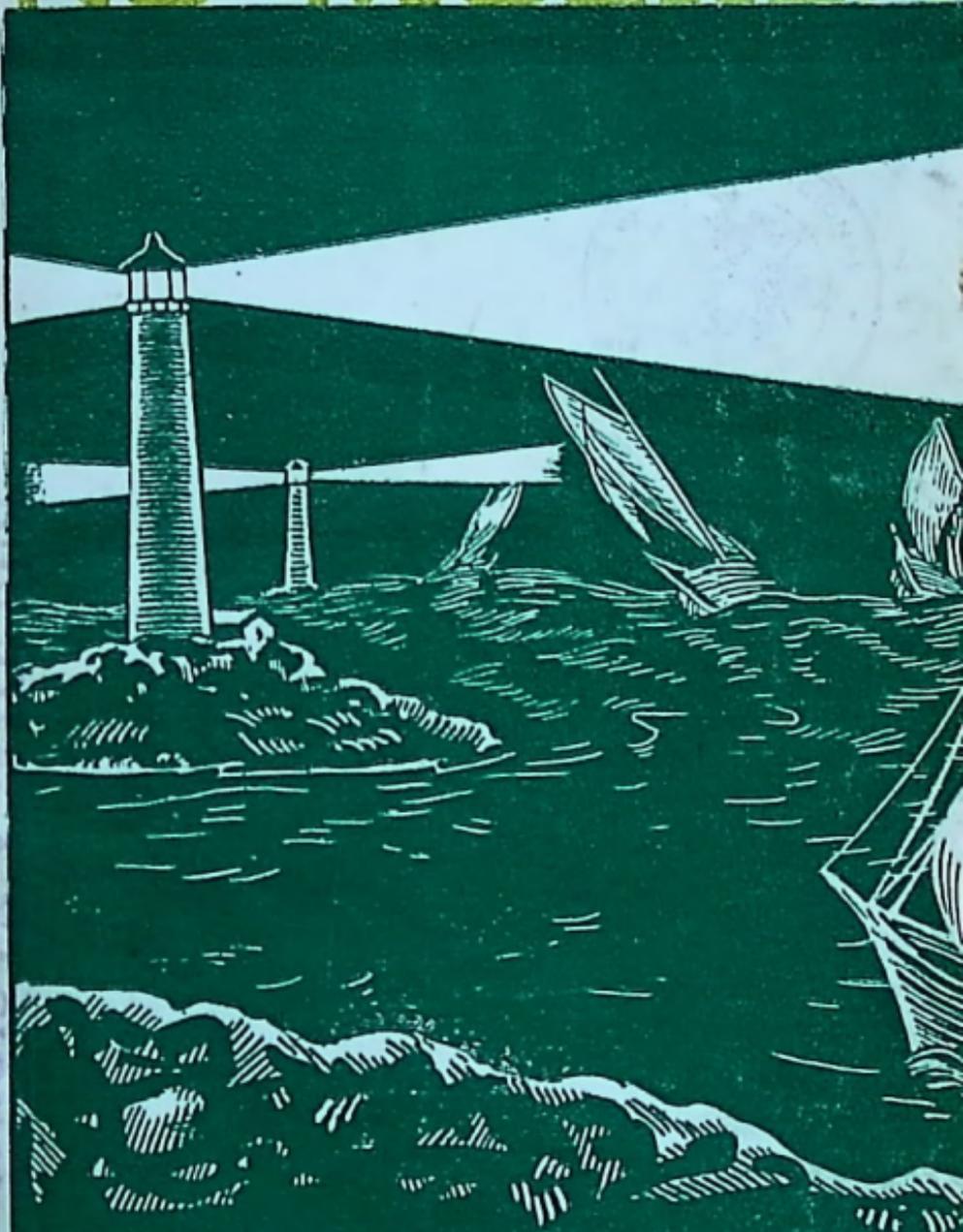


# VERDADES QUE NO MUEREN



P. IGNACIO M. URQUIZO O. I.



P. Ignacio M. Urquiza, O. P.

VERDADES  
QUE NO MUEREN

0000191 -D

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 558	AÑO 1988
PRECIO	DONACION

EDITORIAL STO. DOMINGO  
QUITO—ECUADOR  
1945

181900:

*Hijos somos los hombres del minuto que pasa y, más aun todavía, de la perpetuidad inmutable.*

*Puede ciertamente la actitud provisional, el gesto impensado, la palabra casual y hasta esas otras acciones a que, en un instante negro, nos conduce la pasión, ligarnos en parte a la corriente fugaz de lo inestable y caduco. Pero no podrá nunca convertirse todo nuestro ser en juguete ridículo de esa misma corriente. Algo hay en nosotros que resiste con tenacidad al golpe del tiempo, y se escurre constantemente de las manos de la*

*muerte; algo bien análogo al alma espiritual, cerca de la cual reside mediante la inteligencia: las verdades eternas.*

*Querido lector, en las páginas que siguen intento invitarte a que reflexiones un tanto cabalmente en ellas.*

*No quisiera yo que llegase a seducirte el espectáculo agradable de lo que muere cada día, hasta el punto de un total menosprecio del hálito inmortal hospedado en el mundo.*

*No quisiera que las sombras luminosas del bólido que pasa embarque de tal modo tu atención que olvides dirigir tus pupilas hacia las dulces claridades del sol indeficiente. . . .*

*Tanto más, hermano mío, que esta misma pobre realidad transitoria que tanta admiración suscita en la tierra, acaba por convertirse en un caos intrincado, en una frase sin sentido, en un pensamiento absurdo, si pierde su contacto con la inmutable realidad.*

*Hanse multiplicado hasta el infinito en los tiempos que corremos los problemas referentes a las necesidades cotidianas. Pues bien; esto mismo ha de demostrarnos, más que claramente, que hemos perdido este in-*

*dispensable contacto con la realidad inmutable.*

*He de repetir una vez más que, apartada de nosotros la luz de eternidad, todas nuestras viejas certidumbres vuelven a convertirse en dolorosos problemas.....*

*He aquí pues el propósito mío que da unidad a todo este libro: atraer el espíritu inquieto de este siglo sumido en el vaivén de lo que muda cada instante hacia eso que no cambia: realidad siempre antigua y siempre nueva; única realidad que da sentido cabal a la misma fragilidad de lo que muda.*

*Es inútil insistir después de esto que no pretendo la tarea imposible e innecesaria de mostraros en todos los aspectos de la existencia la luz de lo inmutable. Me contento yo modestamente con hacer lo que está de mi parte porque adivines a través de algunas facetas de la vida humana esa claridad ultraterrena.*

*Quiero conceder por lo mismo que pueden agruparse un centenar más de temas bajo las categorías de «Valor del ideal», de «Espejismo», de «Paradojas», etc., y que además estas mismas categorías que abrazan mis temas estudiados, pudieran aumentarse*

*notablemente con otras categorías. Pero quiero también afirmar que con esta voluntaria insuficiencia obedezco mi a vieja convicción de que el escritor ha de ser un amigo del lector dispuesto a compartir con él de la alegría de la siembra . . . .*

*Mi mano sólo quiere lanzar al surco el granito que la generosidad de la tierra ha de comenzar por engrosarla hasta la plenitud, como paso primero hacia la planta lozana, verdeante de promesas . . . .*

# VALOR DEL IDEAL





## Ascención

La vida del hombre sobre la tierra tiene que ser, so pena de dar en inútil, una continua ascención.

El blanco de nuestros anhelos ha de estar por fuerza en la cima visible desde todos los rincones del planeta; allí donde florece luminosa la flor de eternidad. . . .

Hasta el fondo negro de nuestra pequeñez llegan, es cierto, algunos de sus rayos deslumbrantes. Pero obligación nuestra es acercarnos, acercarnos mucho más al centro mismo de esa hoguera, a calentar a su contacto nuestro espíritu, mientras se vuelcan en el crisol de su seno el oro viejo de nuestras esperanzas e ideales, y se funde por fin la joya tanto tiempo soñada de la plena realidad. . . .

¡Oh la realidad, la dulce y lejana realidad!

Nadie duda que esta misma pobre vida que vivimos no es posible sino a condición de que sirvamos a eso que es de veras o, por lo menos, nos parece acabada realidad. Realidad que de hecho puede ser noble, como puede ser vil; puede ser sublime como puede ser rastrera; ahora veladamente entrevista; ahora con toda claridad definida. Mas en todo caso será muy exacto que todo mortal reconoce a un señor, cuyo primer altar es su propio corazón, a quien consagra las jornadas de tormento, y en cuyo honor liba cada instante su ración de lágrimas. Señor, a quien apela como a supremo tribunal en toda causa. Señor, cuya faz hosca o apacible adivina a través de todos los sucesos como supremo interés de la misma existencia.

Pero si nadie duda de esto, hay mucha gente que ignora, o por lo menos echa al olvido, que, supuesto que intentemos mejorarnos, es indispensable que esa realidad que ha de señorear nuestra vida sea muy digna, muy elevada y muy noble.

Lo que atrae nuestras miradas es preciso que nos haga mirar muy arriba. Es preciso que caminar acabe por convertirse en sinónimo de ascender.

Ascender, ascender: tal es la síntesis de las obligaciones de todo tributario de la vida.

Cada día un paso más arriba; cada día el logro de una nueva virtud junto a otra victoria sobre nuestra inveterada pequeñez: he aquí el único programa de acción capaz de dar sentido a este dolor agradable y trivial de contarnos todavía entre los vivientes mortales.

Y no hay que olvidar que cuanto hubiésemos puesto en práctica este programa; que cuanto hubiésemos ascendido por ese escabroso sendero, tanto únicamente tendrá de valor nuestra vida, y no más.

El vulgo se preocupa intensamente acerca de los años que deja ya a sus espaldas y los restantes que tiene todavía en perspectiva. En realidad no vale tanto el momento que marca en nuestra existencia el curso sideral; lo que vale sobre todo es el punto del camino que huellen nuestros pies en la ascensión a la luz. . . .

¿Qué importa que se cierre de nuevo la eclíptica del recorrido de una estrella?

¿Qué importa que trescientas sesenta veces más, o trescientas veces menos haya que-

mado mi rostro el sol de los días, o haya cerrado mis ojos el silencio de las noches?

¿Qué importa que estos nuestros cuerpos tan frágiles acorten algo más o menos la distancia que separa en la tierra la cuna del sepulcro?

No veo yo en ello un motivo propiamente de tristeza mucho menos de alegría. No comprendo por lo mismo el febril entusiasmo de los años viejos, ni los jubilosos transportes de los años nuevos.

Escribo estas líneas pocos días antes de que finalice un año más y comience otro, y no puedo menos de pensar ya en los que danzarán bien pronto en torno del gran muñeco en que es moda simbolizar al año que fenece. No puedo tampoco menos de pensar en el gozo desbordante con que saludará la humanidad al año nuevo. Yo quisiera solamente excitar a que busque cada hombre la causa propia de este extraño gozo.

¿Qué me dirías tu mismo, buen lector ¿Qué es muy placentero para el pobre corazón fingir que comenzamos de nuevo la jornada y que está intacto todavía, como para todo el que comienza realmente, el caudal humano de ensueños?

P. I G N A C I O M. U R Q U I Z O, O. P.

Verdad. Tenemos también derecho de contar entre nuestros consuelos algunas ficciones inocentes. Pero no olvidemos que no puede haber en realidad una nueva época, un nuevo año para el espíritu si no hay un esfuerzo nuevo en pro de nuestro propio mejoramiento; que entonces tenemos motivo de una alegría real, cuando hemos dado otro paso en el camino de la virtud, y que en este sentido solamente cada día puede ser, de veras un alegre año nuevo.





## Amistad

En la entraña de la humanidad persiste el rastro de un perfume divino que no lo extingue el tiempo: el anhelo de amistad.

Los días se amontonan sobre los días. Un desengaño se suma a otro desengaño, y la experiencia de la dura realidad nos retrae al pobre abrigo solitario de nuestro propio ser. Pero no por eso muere definitivamente ese antiguo ideal. En medio de las mismas ruinas de cariños deshechos continúa entreviendo la imaginación el símbolo eterno de la eterna amistad: las flores que se levantan al cielo sobre el mismo tallo; las aves que mezclan sus voces en un mismo canto; la morada soberbia y la cabaña humilde que se estrechan cariñosamente en el arco de las nubes. . . .

No ignoro yo que la humana fragilidad

nos lleva a veces a maldecir a la amistad como a una de tantas mentiras.<sup>7</sup> Pero, tampoco ignoro que no puede durar gran cosa la misantropía del orgullo.<sup>8</sup> Pronto palpamos que somos nacidos para la caridad,<sup>9</sup> y comienza de nuevo el corazón a clamar por el amigo aun oculto en la distancia incierta de los tiempos. . . . .

No compadezco yo al que lamenta la infidelidad de un amigo, sino mejor a aquel que, por temor de ellas, se reconcentra en egoísmo hermético. Verdad que es muy triste tener en la historia de la vida una página manchada por su mano. Verdad que es para siempre incurable la herida que abre en el pecho su saña. Pero así y todo no deja de enaltecer el culto a ese que nuestra fantasía fingió ser amigo. ¿Qué importa al fin ser engañados sin culpa? La verdadera amistad, como todo acto de virtud, ennoblece por sí mismo, por ser amistad, sea cualquiera el resultado.

Aun estoy por decir otra cosa, y es: que casi es necesario apurar alguna vez la hiel de la traición para aprender a deslindar cuidadosamente lo que es la amistad, de lo que son los amigos, y no culpar al don de Dios lo que es de los hombres, y levantar el corazón a ese

## VERDADES. QUE NO MUEREN

puro amor que va hacia las criaturas en una como añoranza del bien que clarea ya dulcemente en el horizonte de la inmortalidad. . . .

Llevemos poco o mucho de caminar sobre la tierra, consta que nadie deja de traer auestas ese misterioso y vulgar atadizo en el que parece se hubiera reconcentrado la esencia misma de la vida: los recuerdos. Pues bien, esos recuerdos o están teñidos del color encantador de aurora que llamamos amistad, o sombreados por la sombra de su ausencia. «¡Ah! sí. . . . Pero entonces tenía un amigo!»: ¡qué placentero es poder responder de esta manera a aquellos que rememoran nuestros viejos contratiempos! Mas, así mismo, pocas cosas hay tan tristes como, al traer a la memoria las horas felices que nos concediera el Cielo, reparar que no tuvimos entonces un amigo. Sin ese ser peregrino no sé qué sean las alegrías; pero sé que no son absolutamente alegrías cumplidas. Sin un amigo no sé como deba llamarse la abundancia; pero sé que no alimenta el pan tomado sin él, ni calma la sed el agua al que no acerca él sus labios.

Queramos o no, en fin de cuentas, tal punto ocupa la amistad en la economía universal que pudiéramos trazar el plano de la

humana existencia simplemente con estos dos jalones que gusta de alterar tan caprichosamente la fortuna: la amistad y su privación.

Es verdad que hubo siempre muy pocos amigos en la tierra. Mas numerosos fueron los profanadores de este nombre sagrado.

Pero esos pocos han bastado para contrarrestar suficientemente el peso gigantesco de todas las ruindades. Esos pocos abogan más eficazmente que todos los ejércitos de la tierra por los derechos que asisten a los hombres de ser considerados.

Oh! ¡Los amigos, los amigos! ¡Sueño constante de las horas de bienandanza, igual que de las horas de pena! Ahora comprendo por qué, cuando Dios quiere bendecirnos con los bienes del tiempo, no nos dé riquezas sino un amigo.

Bienaventurado el que ha encontrado un amigo había dicho el Cielo, y hay que confesar que en el transcurso de los siglos vuelven a probar nuestras vidas, con su tristeza o su felicidad, ya el inverso o ya también el reverso de esta vieja bienaventuranza. . . .



## Esperamos . . . .

Después de todo aun puedo esperar. . . . .

He ahí el grito humano capaz de conjurar las calamidades mayores de los pobres mortales.

Que el látigo de la fortuna nos azota; que nos abandonan los amigos; que nos castiga el dolor. Nada de todo esto nos importa, si aun podemos esperar.

¿No sabéis que con un simple acto de esperanza nos burlamos noblemente de nuestros enemigos? Desde el momento que espero, huyo del presente hacia donde jamás podrá alcanzarme la saña del verdugo. Desde el momento que espero, puedo darle a mi enemigo la sorpresa de que, mientras creía asir a un vencido, sólo apriete el vacío. . . .

Y es que la fuerza de una creatura no so-

brepasa el círculo estrecho del presente, y la esperanza nos saca precisamente del presente para conducirnos al futuro, al encantador futuro, ambiente propicio para todos los sueños....

El ser más vil del universo tiene poder en un instante dado para humillarnos hasta el polvo y pasearse luego sobre los escombros de nuestro desastre. Pero a pesar de todo nos queda un arbitrio para invertir de anticipado las factores de la matemática de la suerte, y es: confiar en el advenimiento de otro instante.

Muchos inconvenientes tienen la fragilidad de la tierra en que vivimos y la fugacidad del tiempo en que se cierne la humana existencia. Mas ese conjunto de inconvenientes se compensa con el consuelo que proporciona al vencido de no sentirse jamás definitivamente vencido, y el sobresalto que impone al vencedor de ver mañana rodar por el suelo su corona de rosas..

Ventajosamente la tierra no ha hecho pacto con ninguna clase de individuos, ni el tiempo reconoce privilegio alguno, y tenemos por lo tanto derecho a esperar, igual derecho a esperar que todos los demás.

Derecho de esperar: he ahí un derecho en que nos resarcimos caballerosamente de todos los desafueros de que la injusticia se atreve a hacernos víctimas. El vulgo que ignora los recursos del espíritu protesta contra los conculcadores de sus garantías mostrando en alto su puño fieramente cerrado.

El hombre consciente de su energía interior tiene un medio más apto para desahogar su indignación, y es: gritar una palabra terrible, como que está henchida de conminaciones proféticas, gritar, en pleno rostro de todos los canallas, la frente altiva y el ánimo tranquilo: espero. . . .

Es ordinario en el mundo, cuando quiere uno consolarse de las calamidades presentes, evocar el pasado, volver a dar vida en el recinto del espíritu a lo que yace muchos años muerto y ha mezclado ya sus despojos con el polvo del planeta.

Yo no censuro este modo de consuelo; que también el pasado nos pertenece y entra en la constitución integral de nuestro propio destino.

Lo que censuro es el prurito de prescindir de lo venidero como si no fuera también ello un elemento de nuestra vida.

## VERDADES QUE NO MUEREN

Mucho de lo que somos, de lo que hacemos y decimos, no se explica sino por lo que seremos, haremos y diremos el día de mañana; pues ¿por qué no relacionar también nuestros gozos y penas con los gozos y penas del futuro?

Tanto más que la fecundidad de lo que esperamos es infinitamente mayor que la riqueza de lo que recordamos. Lo pasado, por grande que ello sea, es algo ya muy determinado, incapaz de cambiar de rumbo, agotado. Lo futuro, en cambio, es aun maleable al martillo del esfuerzo y capaz todavía de adoptar una forma muy halagadora.

No, no está bien que nos olvidemos jamás del futuro naturalmente aliado nuestro.

Un puente somos, por condición de nuestro mismo ser actual, un puente tendido entre lo pasado y porvenir, ¿por qué entonces abatirnos demasiado si mengua la luz del presente? ¿Por qué?

Todavía nos restan los dulces resplandores del pasado, y sobre todo, nos queda, para alumbrar totalmente nuestro día, el sol eterno del futuro que llega hasta nosotros en ondas de esperanza. . . .



## Embeleso de las lejanías...

Qué encantadora atracción guardan para el hombre las indecisas lejanías!

Pocos placeres hay comparables con el placer de hundir las pupilas en un horizonte dilatado, y cernirnos, siquiera en la mirada, más allá de las moradas de los hombres, más arriba de los montes azulados y el tendal de las nubes....

No sé de fijo cual sea la fuerza que nos impele constantemente a emprender este vuelo. Tal vez sea el anhelo instintivo, oculto en todo pecho, de partir; el anhelo siempre vivo de tierras sin nombre..... Pudiera ser que aquel que se abisma en la contemplación de lo distante no difiera mucho cuanto al intento, del pobre peregrino que asciende cada tarde a su terrado para hacer de antemano con la vis-

ta la jornada que en breve hará con sus plantas.....

También pudiera ser que atraiga nuestros ojos hacia las lejanías la estela que ha dejado indeleblemente en ellas el paso de los nuestros.... ¡Ah! Por allí se han ocultado año tras año nuestros padres y los padres de nuestros padres; en el polvo impalpable de los horizontes están siempre frescas las huellas de sus plantas, ¿y no es también allí donde un día cualquiera se extinguirá definitivamente el resplandor postrero de la luz de nuestras vidas?.....

Pero repito que no sé; no sé cierto esa causa misteriosa. Es por esto que pienso en tantas cosas.

¿Quién puede probarme que no intervenga además, en nuestra dilección por lo lontano, la expectativa, entrañada en todo hombre, de un bien indefinible? Porque es la verdad que cuando se espera instante tras instante el arribo del amado, no es posible impedir que se vuelvan insistentemente los ojos hacia el camino por donde él tiene que venir. Y ¿qué? ¿No será acaso precisamente éste el bello símbolo del hombre que escudriña la distancia?

¿No es de allá, de esas regiones borrosas, mejor que vistas, adivinadas de donde ha de venir, en deslumbrantes claridades, la plenitud de nuestro bien?

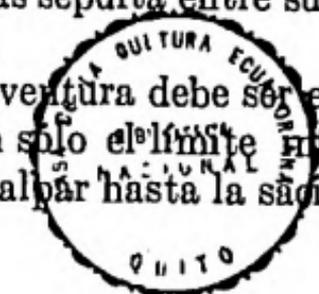
—Ea! Mirad. En la línea tenue donde se confunden el cielo con la tierra, hay un punto negro. ¿Véis? Ahora crece. Crece, crece ¡oh, mirad cuánto crece! Hoy es una nube, una nube densa de polvo. . . . ¡Oh! Debe ser que llega; que llega ya. . . .

Sí. Esa nube gris es la polvareda que levantan las ruedas del carro de la dicha que llega por fin. . . .

Esto dice de ordinario nuestro corazón al hotejar la lejanía, y nadie puede reprocharle por ello. Nadie puede impedirnos esperar, ni vedarnos que soñemos, y no hay sin lejanías, esperanzas, ni ensueños.

Sea lo que sea de esa fuerza, hay una cosa cierta, y es que debe ser muy triste la vida de esos pobres a quienes la miseria arroja a los sótanos o el lujo de las ciudades llamadas modernas sepulta entre sus muros que tocan el cielo.

¡Qué deventura debe ser estar condenado a palpar tan sólo el límite inferior de todas las cosas, palpar hasta la santidad la peque-



ñez de lo creado, y no tener ni siquiera el consuelo de asomarse hasta esa sombra de infinito que es el espacio sin límites. . . . ! !

Me imagino que para ellos ha acabado el pizarrín donde escribimos nuestros vivos anhelos de partida lo mismo que esas palabras que suenan a gloria: las dichas y esperanzas. . . .

Pero si esto es verdad de las lejanías materiales, aun lo es mucho más respecto a las lejanías para los ojos del espíritu.

Y esto era principalmente sobre lo que quería llamar vuestra atención. Si. ¿Cuánto mas encantador es poder evadirse en alas del pensamiento de la estrechez de lo presente, remontarnos sobre las humanas miserias, y traspasar las lindes de la realidad visible en pos, siempre en pos de lo que no nace ni muere. . . .

¡Oh! ¡Y cuánto más miserables no son en este segundo orden aquellos para quienes no existen las luminosas lejanías del espíritu; los que no tienen ni siquiera la pequeña satisfacción de poder esperar días mejores y soñar que peregrinan hacia el país de la dicha.

Pues ¿sabéis quienes son estos? Son aque-

## VERDADES QUE NO MUEREN

llos que no poseen en su mente pensamientos nobles. Una idea elevada es con toda exactitud un mirador, un mirador de que nadie puede privarnos, desde donde podemos, cada vez que nos inquieta el dolor de la vida, asomarnos a contemplar lontananzas más luminosas y apacibles. . . .



## La Luz del Porvenir

Es mejor en todas las circunstancias de la vida mirar hacia adelante que hacia atrás; mejor extasiarse en la visión del ideal aun lejano que atender a la pobre realidad ya lograda; mejor, oh sí, mil veces es mejor calentarse a los rayos de oro del sol siempre naciente llamado «porvenir» que colorear nuestro rostro con la dasvaída luz de ocaso que emana del presente.

Yo temo por los que no levantan sus ojos del espectáculo de las cosas que pasaron o conviven todavía con nosotros. Temo francamente que sean invadidos de tristeza. ¿Qué otra cosa que tristeza puede comunicarnos el contacto prolongado con el ser infinito desnudo ya del manto misterioso que le da la lejanía?

Jamás podrá adaptarse nuestro espíritu, sin padecer violencia, a los rígidos moldes de las cosas finitas; pero en lo presente y lo pa-

sado dijéramos que se muestra en toda su aspereza esta estrechez connatural de lo finito.

Cierto que también las cosas por venir pueden tener, al igual que las presentes y pretéritas, sus límites; más no cabe duda que el futuro, por su misma vaguedad característica, armoniza mejor que el presente y el pasado con la humana aspiración a lo infinito, y ¿quién puede así mismo disputarnos que, gracias a su fecundidad maravillosa, se nos muestra el futuro como la sombra encantadora de esa eternidad que esperamos?

Estoy tan persuadido de todo esto que me sorprende grandemente la simpatía que lo actual y lo viejo excitan de ordinario entre los hombres. ¡Cuántas estatuas y obeliscos y lápidas para conmemorar lo que no es, o loar lo que aun existe! En cambio ¿dónde un monumento que nos hable de aquello que ha de ser? ¿Dónde por lo menos una flecha que señale el camino de nuestras esperanzas?

Entre tanto no podemos negar, porque es un hecho bien palpable, que es de allí, del futuro, de donde prominentemente les llega el valor a aquellos que en el mundo arrostran valientemente la vida.

¡Oh! ¡Qué poca cosa es por punto general lo que deja cada uno de nosotros en su senda recorrida! ¡Qué poca cosa lo que palpan todavía los sentidos! Ciertamente que podemos y aun debemos resignarnos ante la visión de estas miserias; pero es necesario convenir que hemos menester algo más que resignación para animarnos a luchar por la vida.

No se me arguya que parte de la grandeza de la humanidad lo guarda el pasado y que otra parte reside en el presente. Eso no lo niego. Mas si defiendo que ni siquiera la grandeza del pasado o del presente significan para nosotros apenas nada sino es por el futuro.

¡Grandezas!! Sarcásticos testimonios de nuestra pequeñez; cruel humillación a la humana mayoría: ¿qué otra cosa fueran las grandezas al faltarnos el consuelo de poder sobrepasarlas o siquiera reproducirlas de nuevo en un día más o menos lejano?

Escribo estas líneas pocos días antes de que los literatos consagrados nos hablen del consabido tema de las muertes, los desencuentros y las desilusiones. ¡Cuánto diera yo porque extraigan ellos esta vez su filosofía de los arcanos del porvenir....



## Solar Nativo. . . .

Pocos amores hay en el fondo de la humanidad que persitan incommovibles en medio de la corriente inexorable de los días.

Uno de estos amores es el amor a ese rinconcito de la tierra donde se mezcló por primera vez el aliento de nuestra vida al aliento de la tierra.

En ese rinconcito imperceptible del planeta se inició la peregrinación de nuestro ser mortal, y de modo maravilloso es también allá donde vuelve instintivamente el corazón en los momentos que está sólo. . . .

Diez, veinte, treinta años. . . .

Centenares de veces ha girado la tierra sobre sí misma desde que vivimos en ella, y centenares de veces ha vuelto a encontrarnos en el camino el mismo sol que nos alumbraba el momento de la partida.

Diez, veinte, treinta años que llevamos también de ver palacios y cabañas: moradas unas más pobres que aquellas de nuestros ensueños, y otras más ricas.

Pero jamás ha encontrado nuestro corazón un sol tan bello como el sol de nuestro terruño, ni una morada que nos recoja con mayor ternura que esa del sol nativo.

Pudo habernos sonreído el cariño también fuera de ahí; pudo aun sucedernos que la túnica de nuestro afecto quedase alguna vez prendida de objetos cualesquiera. . . . ; pero a la postre, el amor de todo hombre vuelve otra vez, de modo irresistible, hacia ese lugar donde nosotros nacimos al mundo y el mundo nació para nosotros; hacia esa casita primera que, si nos atenemos al criterio del amor, es la única no construída sobre arena. . . .

Polvo somos; que de polvo nos hizo el Cielo. Pero diríamos, si damos crédito al corazón, que cada uno está fabricado del polvo de su terruño.

Enlace es el hombre del mundo espiritual y el mundo material, puente de la tierra al Reino de los Cielos. Pero estoy tentado a decir que es el hogar nativo el punto de la tie-

rra donde arranca el puente que la une al Cielo....

Hermanos somos de las creaturas que nos rodean, ya que somos todos igualmente hijos del mismo Creador. Mas en ningún otro lugar del planeta sentimos mejor esta común filiación que en medio de la naturaleza donde flotan aun las voces primeras de nuestro espíritu.

No exageramos nada si a los árboles que circundan nuestra heredad llamamos hermanos árboles, ni exageramos si a los guijarros de sus senderos y a las hierbecitas de sus cercados y a los montes de sus contornos gritamos a voz en cuello: ¡oh nuestros hermanos, nuestros queridos hermanos!

Nunca nos duele más la existencia del espacio y el tiempo que cuando pensamos en ese encantador retiro, teatro de nuestra infancia. Entonces más que nunca es enojoso el fatídico espacio que siembra entre nosotros y ese lugar de ensueños una cruel lejanía; entonces más que nunca nos parece enojoso el maldito tiempo que en el tumulto de su corriente ha arrastrado las más bellas realidades de nuestra vida ¡ay! para siempre irreparables.

Porque en realidad de verdad, aunque hoy también podamos retornar al hogar; ya no vemos, ni oímos, ni sentimos lo que veían nuestros ojos de niño, y oían y sentían respectivamente los oídos y el corazón del niño.

Volver al hogar, adulto, cargado con el atadizo de algunos años y penas, ya no es volver al hogar.

Los ojos del peregrino que lleva acabadas algunas jornadas de su camino, en estrictez, ya no encuentra el mismo hogar. Para él sólo queda el consuelo de soñar, de soñar que aún está sentado junto al alar de su casita, de soñar que todavía es niño y, sin pensar en la partida quizá muy cercana, se abriga al calor del mismo sol, compañero eterno de todos los peregrinos. . . .





## Playas de Eternidad ...

Frente a la orilla de la tierra se dibujan los contornos de otra orilla que no pertenece a la tierra. . . .

Y la barquilla de nuestros sueños va hacia allá, hacia la orilla añorada de la eternidad. .

Nunca ha podido retener totalmente a los hombres la engañosa región del tiempo donde nos hospedamos también nosotros, buen lector, que departimos de estas cosas.

Breve es nuestra visita a esta región, muy breve. Pero ni aún así podremos resignarnos jamás a permanecer lejos del castillo luminoso de la otra orilla. . . .

Y no se crea que tan sólo la experiencia de las miserias de esta vida despierte en nosotros las ansias de abordar a esas playas, no; que también las caricias de la vida causan, de

modo maravilloso, el mismo efecto. Tanto cuando nos maldicen como cuando nos bendicen; tanto cuando lloramos como cuando sonreímos; en las horas de desgracia como en los minutos de bienandanza, nuestras delicias son fingir, siquiera fingir, que somos una carabela que se aleja del tiempo y de la materia y todas sus cosas, henchidas sus velas por el soplo de Dios.

Una carabela que se hace a alta mar, rumbo a playas de un nuevo Continente; he aquí el símbolo mejor de las aspiraciones humanas.

El vulgo de los hombres cree que abandonamos la tierra únicamente a los golpes de la guadaña implacable de la muerte, y no sabe que en todo acto noble del espíritu va escondido este instinto, también noble, de abandonar la tierra. Pensamos, y en nuestro pensamiento se oculta un impulso de salir de la tierra. Amamos, y en nuestro amor se encubre un deseo vago de huír de la tierra. Rezamos, y en nuestra plegaria se esconde así mismo, como en el pensamiento y el amor, un anhelo indefinido de emigrar de la tierra, en dirección a la eternidad.

Definitivamente sólo la eternidad es el

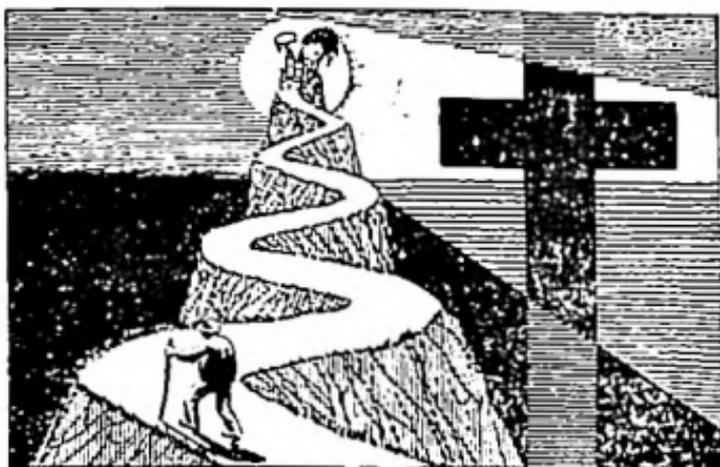
ambiente propio de lo noble. El turbulento vaivén de las cosas que se mudan, y la febril agitación de las cosas que envejecen, y el gigantesco ruido de las cosas que ruedan agitadas por el soplo del tiempo nunca podrán compadecerse con la silenciosa serenidad que exigen el amor y la idea, y será forzoso, si hemos de ocuparnos en algo noble, que vivamos como podamos fuera de la estrecha esfera de la materia y el tiempo.

¡Fuera del tiempo! ¿Quién acusará ahora al Cristianismo de sacar a los hombres de los lindes del tiempo, cuando todo lo noble nos impulsa de suyo a emprender esta jornada?

Lo que hace el Cristianismo es dar consistencia a esta vaporosa veleidad de la pobre naturaleza humana. Lo que hace el Cristianismo es darnos los medios eficaces para emigrar del mundo, aun permaneciendo en cuerpos mortales; emigrar no hacia una ribera ilusoria sino hacia las playas muy reales y verdaderas de la felicidad eterna. Lo que hace el Cristianismo es traernos anticipadamente el perfume inefable de esas playas distantes y musitar al oído el eco de las voces que resueñan en ese Continente y embarcarnos en la

## *VERDADES QUE NO MUEREN*

barca de Pedro, en la barca en que dormita Cristo, para hacer de nuestra vida, a pesar de todas las borrascas, una continua y segura navegación rumbo a las playas de la eternidad....



## Vereda de la Dicha. . .

Los buscadores de la dicha se esfuerzan por no entender una lección sobre la dicha, que nos repite insistentemente el cielo desde el principio de los tiempos.

El símbolo exacto de esa lección es una cruz.

¡La cruz! He aquí la señal, visible de todos los rincones del planeta, que mostrará a los peregrinos, hasta la consumación de los siglos, la vereda de la felicidad; la única vereda capaz de conducir al castillo misterioso edificado desde siempre sobre el peñón altísimo, junto al cual transitan ellos diariamente, con la triste convicción las más veces, de ser él inaccesible. . . .

Acaso ya lo adivinas. La vereda a que me

refiero no es otra que la virtud. Es bien extraordinario cómo en el mundo se ha echado casi al olvido la íntima relación entre la virtud y la felicidad, cuando de hecho son dos cosas tan juntas como sólo pueden serlo el camino y su término.

Y es preciso convenir en que ese mismo mundo continuará soñando vanamente en el advenimiento de la dicha hasta cuando dure este aislamiento.

Entre tanto no puede dejar de ser verdad que lo que nos allega a la cruz, nos allega, por el mismo caso, a la dicha, y lo que nos aleja de la sombra de sus brazos no puede también menos de alejarnos de la dicha.

¡Virtud y felicidad! El único inconveniente es que hay que esperar la eternidad para convencer totalmente a aquellos que no creen en la íntima relación de estas cosas. En cambio, para aquellos que creen, ¿qué dificultad puede tener un aserto como este: lo que nos hace mejores nos hace también más felices?

Los que creen en Cristo, creen forzosamente en la felicidad futura asequible por la virtud.

Los que creen saben que su doctrina, de Cristo, es la doctrina de una felicidad, y que

lo arduo y doloroso que hay en esa doctrina es cabalmente lo arduo y doloroso anexo a la espera de una próxima felicidad.

Ellos saben que la humana existencia no tiene en definitiva otro encargo que aprender a ser feliz.

¡Aprender a ser feliz! En todo rigor, mientras perdono a un enemigo, refreno una pasión, tengo sed de justicia, o me quemo en caridad ¡quién lo creyera! estoy aprendiendo la única ciencia necesaria: la de ser feliz.

He hablado de los que creen. Pero, no es esto todo. Aun los que no creen pueden experimentar parte de la verdad de nuestra tesis. Un poco más de virtud aliviaría el peso del dolor aun de los que no creen.

Siempre he insistido yo en que somos muy más desgraciados de lo que Dios quiere que seamos. Casi en toda frente hay más coronas de punzantes espinas de las que Dios nos ha impuesto. Tarea bien sencilla es sumarse sentimentalmente a las víctimas del infortunio, y culpar de los diarios contratiempos o a Dios que quiere probarnos, como acostumbra con sus predilectos, o al prójimo que intenta dañarnos, como ha sido su costumbre con todos los que envidia....

## VERDADES QUE NO MUEREN

Torpe hipocresía es esta que, en realidad, a pocos permanece desapercibida. A la mayoría de estos seudos mártires, que se nos muestran a cada paso con ojos llorosos y, al mismo tiempo, con la actitud extravagante de quien solicita un aplauso, podemos echarles en cara diciéndoles que esa corona de espinas no es la que llevó Cristo en sus sienes, sino otra bien parecida a la que llevan eternamente en sus conciencias los precitos del Averno.

Inquietudes sembradas por las manos del vicio, e impaciencias florecidas a la sombra funesta de la debilidad: he aquí la desdicha más ordinaria de la humana familia, ¿no es verdad entonces que un poco más de virtud, único antídoto del vicio y fortaleza del espíritu, haría a los hombres un tanto menos desgraciados?.



## Cansados. . .

Los senderos del mundo están sobradamente repletos de seres cansados. . . .

Puedes, buen lector, tomar hacia la dirección que te parezca; puedes examinar desde las carreras más nobles hasta las más viles en que se empeñan los hombres: en todas partes encontrarás lo mismo: multitudes de vencidos por el peso ordinario de la vida estorbando, como sombras agoreras, el paso de la caravana; masas incontables de desertores del trabajo; repugnantes deshechos que abandonan entre las zarzas de todos los caminos las generaciones pretéritas, como para dar un aviso del peligro a las generaciones nuevas. . . .

Es muy doloroso que el rumbo de todas las cimas de la humanidad esté sólo a trechos enormemente distantes señalado por monu-

mentos al trabajo y sembrado, en cambio, profusamente de víctimas del trabajo.

¿Has pensado que no cabe una actitud de indiferencia frente al trabajo? No hay término medio: los que rehusaren ser la glorificación del trabajo tienen por fuerza que ser sus víctimas. Aquellos a quienes no bendicen las espigas doradas no es posible evitar que los execren el arado sin usar y el surco a medio abrir que no tuvo la dicha de ofrecer al cielo flores ni frutos. . . .

No deja de ser interesante volver a dar actualidad en nuestro espíritu a estas cosas tan fuera de duda para cualquiera que acostumbre observar con atención los hombres y las cosas. De este modo es más fácil evitar la desgracia de alistarse quizá inconscientemente en la porción crecidísima de cansados y aburridos.

Pero es indiscutiblemente más interesante indagar la causa íntima de este mismo cansancio y aburrimiento.

Para mí tengo que no es otra en definitiva esa causa que una crasa incomprensión de la esencia de la vida.

¡Incomprensión! Si, ante todo, incomprensión. No es que se crucen totalmente de

brazos esos hombres, ni se eximan totalmente de la ley del trabajo; tanto es verdad que no se los llama de ordinario ociosos, y aún no fuera raro que alguno los tenga momentáneamente por muy diligentes.

La desgracia de los cansados está en que no llegan a penetrar en la médula del trabajo propio.

Es de saber que sólo en el trabajo propio: en aquel que nos impone la divina Providencia por uno de sus caminos numerosos que sólo ella conoce, se halla en una medida inagotable el jugo de que se nutre el corazón en su paso por el tiempo. . . .

Por otra parte no es posible dudar que la alegría, y ni aun siquiera la resignación a la carga del trabajo obligatorio, durará mucho tiempo mientras no se encuentre ese jugo.

Aquí es necesario advertir que no hay trabajo por arduo que parezca, que no contenga un caudal abundante de él como para alegrar cualquier vida. De esto debieron convencernos, aunque faltaran más argumentos, los centenares de años de experiencia con que cuenta ya la humanidad.

Pues bien, los cansados no comprenden o no quieren comprender esta verdad. No tie-

## VERDADES QUE NO MUEREN

nen ellos la suficiente paciencia y energía para esperar la hora de la bendición y se dan a la triste tarea de vagar de charco en charco sorbiendo las aguas escasas que nunca serán suficientes para saciar la sed cada día renovada de los caminantes. . . .

Les falta a los cansados amar su deber y golpear, y golpear con la vara de todo su espíritu en la misma roca aparentemente árida entregada por el Cielo a su cuidado, golpear hasta que salte el agua cristalina. . . .

El trabajo para nosotros; nosotros para el trabajo: he aquí la fórmula que expresa de un modo bien preciso el modo de vivir del trabajo, lo cual es cabalmente lo que falta a esos seres a quienes he querido llamarlos yo cansados.

Si es cierto, como sí lo es, que el hombre ha nacido para el trabajo, y el trabajo está de sí, con la ayuda divina, para perfeccionar al hombre, no hay duda sino que hombre y trabajo tienen que formar una sola unidad perfecta. La energía de la humanidad tiene que bastar para fructificar el trabajo por arduo que él sea, y éste tiene que bastar para todas las necesidades de esta vida y también de la eterna.



*P. IGNACIO M. URQUIZO, O. P.*

El tiene que ser alivio en las penas, ánimo en la adversidad, alegría incesante durante la jornada, y esperanza así mismo inextinguible de horas siempre mejores y más llenas de ventura. . . .



## Sin Rumbo . . .

En las barcas de muchas vidas se echa de menos el viejo timonel. . . .

Nada es de admirar por lo mismo que a la menor tempestad que se desgalfa de los Cielos, y a la menor agitación de las olas de este mundo se conviertan ellas en ridículo juguete de la rabia marítima, y una barca tras otra barca, como impelidas por una fatalidad inexorable, busquen su sepulcro en la profundidad del abismo. . . .

Sí. La gran mayoría de los hombres no naufragan debido a la violencia del oleaje del dolor, sino mejor debido a la inconsistencia de su estructura en que los coloca el hecho de carecer de ese impulso misterioso que al mismo tiempo da fortaleza y dirección certera a la personalidad humana; impulso misterioso que lo he comparado yo con el timonel de las naves, y se llama, con nombre propio: ideal.

Es verdad que son pocos los que tienen en sus días la luz de un ideal. Pocos los que logran barruntar en su propio horizonte un puerto inmutable hacia donde dirigir su marcha tanto cuando los cubre la sombra del infortunio como cuando los ciega la luz deslumbrante de la prosperidad.

Los demás parece que caminaron hacia lo que no conocen. Y esa es precisamente una de las causas más ordinarias de las tristezas profundas que consumen a la humanidad.

Nadie puede dudar que millares de seres vivientes llevan su alma entristecida con una melancolía culpable de lo ignoto. . . .

Los que tenemos la dicha de creer y nos agitamos por lo mismo, al impulso de un grande ideal, y sabemos de algún modo hacia donde caminamos, y presentimos siquiera vagamente las contingencias de la vida, quizá no adivinamos ni de lejos la angustia de los que transitan junto a nuestro mismo lado sin llevar rumbo alguno en su pobre existencia.

¡Caminar sin saber a donde, como un mendigo despedido de su antigua posada; luchar asiduamente sin hallar razón alguna que justifique esa lucha; traer en las entrañas la fatalidad de soñar y no poder concretar esos

sueños ni en la más remota lejanía, y consumirse en el anhelo doloroso de una justicia ya de anticipado reputada imposible, y mirarse apremiado siempre, con carácter de cosa definitiva, por una montaña siempre mayor de miserias sin remedio.... !! ¡Ah! Este es el colmo de las desdichas que pueden acometer a un hombre, y ese es sin embargo el verdadera estado de gran parte de esos seres de apariencia tranquila y hasta venerable que uno encuentra dondequiera....

Si alguno dudara de estas cosas no sería menester sino pedirle gaste un poco de tiempo en examinar el lenguaje que usan muchos hombres, para arrancarle esa duda.

A través de ese lenguaje se constata con toda evidencia que hay una parte bien numerosa de la humanidad que carece de ideal y vive a merced de la fortuna quebradiza.

Que a este le va bien; que ese otro ha conquistado una posesión bien espléndida, mientras aquel es un hombre desgraciado que se debate al borde del fracaso. ¿Qué significa todo esto en el convencionalismo de ese lenguaje? Nada, sino que se vive y se juzga de la vida puestos los ojos solamente en los bienes de fortuna que no pueden constituir un ideal.

P. I G N A C I O M. U R Q U I Z O, O. P. \

Siempre hemos sabido que la fortuna es frágil como no existe otra creatura. Pues bien, nuestra desgracia es que la personalidad humana ha venido a convertirse al presente en un nuevo argumento tristemente irrefragable de esa vieja verdad. . . .



## Vocación

No es mi propósito hablar de esa inclinación innata en todo hombre hacia alguna actividad bien determinada de esta vida. No existe quien discuta seriamente su existencia, ni quien ponga en duda la conveniencia de hacer fecunda esa semilla de bienestar que ha depositado la mano de la Providencia en el surco de cada peregrino. . . .

Intento llamar la atención sobre un aspecto tan sólo de esta otra vocación hacia una actividad sobre humana; sobre la vocación al sacerdocio, misterio oculto en la entraña de la humanidad al cual ha cabido la misma suerte de todos los misterios: excitar la antipatía, cuando no la declarada enemistad o la burla insolente, de los adoradores de la carne, y la indiferencia seminconsciente de los mediocres,

y continuar sin embargo, empujando a una porción selecta de la humanidad hacia la cumbre de un sublime heroísmo.

Quería invitar a reflexionar en la trascendencia social que tiene esa fuerza incontenible que arrebatada al mundo, generación tras generación, corazones de niños henchidos de ideal.

Cuando uno tiene un poquito de fe no es posible dejar de enternecerse ante la visión de unos niños en apariencia vulgares que sin embargo parecen llevar sobre sus hombros todo el peso del mundo, y muestran ya sus manecitas como estremecidas de un contacto previsto de Eucaristía. . . .

¡Oh! ¡Los pechos donde comienza a sentar sus reales la ardua abnegación! Los pechos palpitantes con el fragor de la lucha entre el amor natural a los padres de la carne, y el amor sobrenatural al Padre del espíritu; entre el amor mundano de la comodidad pasajera y el amor inefable de la humillación asidua; entre el amor de la libertad del placer y el amor de la libertad de la cruz!

¡Qué contraste entre esos senderos escabrosos donde uno tropieza a cada paso con los servidores de la tierra, esclavos del dios injusto

to y caduco de la fortuna temporal a quien ofrecen diariamente los terribles desgarramientos de un corazón siempre triste y la esencia integral de una vida casi inútil. Qué contraste entre ese sendero empedrado de aterrorizantes testimonios de la humana flaqueza y estos otros caminos escondidos por donde deambula constantemente una porción selecta de la humanidad proclamando con la fuerza irresistible de los hechos el abismo de generosidad de que es capaz un corazón de niño.

A aquellos que desprecian nuestra especie quisiera ver qué piensan ante el espectáculo de cuerpecitos inquietos que se ríen de toda la prudencia, prudencia carnal, de sus viejos familiares, y se abrazan, con una fuerza que excede a sus años, a esta locura del espíritu, que es la cruz de Cristo.

Pocas cosas debe haber en el mundo que nos hagan palpar más claramente la grandeza de la humanidad; pocas cosas deben haber que nos hagan barruntar mejor la energía de la gracia, como las victorias que tiene ganadas la eternidad en las almas de los niños contra las seducciones del tiempo.

Pocas cosas hay sobre todo, que deban

agradecer más los hombres como la vocación de un niño al estado religioso, y era esto principalmente sobre lo que pedía un poco de atención.

Oblación de un número determinado de justos, tributo humano de sacrificios vivientes exigió Dios a las consabidas ciudades malditas como precio de su perduración. No pudiera demostraros de un modo riguroso, pero sí es presumible que en la porción de tributos vivientes que al presente exige Dios al mundo se cuenten en primer término los sacerdotes. Tampoco pudiera demostrar de un modo riguroso que las calamidades individuales y sociales tengan su relación próxima con esta porción de elegidos. Mas sobran razones que justifican fundadamente el temor de que las desgracias individuales y sociales sean testimonio bien evidente de que faltan también ahora, en un número suficiente, esos elegidos que no encontró Abraham para contener el azote divino de la destrucción.

En este caso, a través de cada uno de esos niños inquietos, como todos los niños, que, impulsados por una fuerza divina, corren hacia un Convento, nuestros ojos iluminados por la fe tienen derecho a barruntar la salva-

ción de toda una familia y un factor divinamente poderoso para la regeneración de un pueblo.

Sea lo que quiera, en nuestra patria nadie puede dudar que la felicidad individual y social ha estado en relación bien estrecha con el número de vocaciones que han florecido en su suelo.

Sólo cuando habíamos llegado al colmo respecto al poco aprecio a la vocación. Sólo cuando habíamos llegado hasta la absurda apatía ante las vocaciones que nacen y las vocaciones que mueren, debíamos llegar también hasta la absurda apatía ante nuestros propios dolores.

Si somos hoy tan desgraciados en todos los aspectos en que se puede serlo, no hay que olvidar que somos también un árbol que no carga ya casi frutos para Dios. . . . Lo cual justifica nuestro temor de que en tiempos no lejanos vuelva a pasar el Maestro por los campos desolados de nuestra Patria, como antaño por los campos de Judea, y fulmine una maldición contra la higuera estéril. . . .

Menos mal que este temor parece que comienza a traducirse en un clamor que pide al Cielo tenga un poco más de paciencia mien-

tras nos esforzamos por dar grosura a esta tierra que sustenta a la higuera desmedrada....

Menos mal que parece comenzar a perfilarse un nuevo entusiasmo que partiendo de la Sta. Sede pretende invadir el mundo como una corriente eléctrica que agita las almas.

Ojalá ese entusiasmo logre avivar la conciencia de la responsabilidad que pesa sobre las familias de no oponerse a la voluntad de Dios cuando ella exige el atributo de una vida consagrada a su servicio.

Ojalá vuelva a comprender la humanidad que no tienen derecho a sentirse muy dichosos los hogares que en muchas generaciones no lograron inclinar la divina misericordia para que volviera a alojarse el Cristo en la substancia de su sangre....



## El Trabajo

El trabajo! Ya sé, buen lector, que esta palabra, si no llega a horrorizarte como a los degradados de la humanidad, a lo menos no suscitará en tu espíritu una imagen bastante halagüeña.

Acaso, al conjuro de esta palabra, piensas en las manos encallecidas por la tosqueidad de la herramienta, en las epidermis ennegrecidas por la inclemencia continuada del sol y los vientos, en los rostros horadados por la corriente ardorosa del sudor, en las espaldas encorvadas por el peso y fatiga del día.

Pero, si no piensas más que en esto, no has llegado aún a comprender totalmente el trabajo.

El trabajo es algo más, mucho más que mera pena. Tras del aspecto penoso del trabajo, tras de esa corteza repugnante a los sen-

tidos, se esconde su esencia exquisita, que consiste en ser encargo divino, misión de todo hombre que ha venido a este mundo, exigencia de la vida terrestre y una de las columnas de ese castillo de nuestro destino.

Verdad es que Dios, como castigo de la infidelidad primera, despojó al trabajo, de su veste primitiva, que debió ser del todo alegre, para embosarlo con ese manto de maldición que lo ha vuelto enemigo de la tierra.

Verdad es que en tal forma ha quedado el trabajo, después de la hora menguada de hace cuatro mil años, que la tierra que pisamos no le reconoce por hermano y le vende el pan que pide al precio que se lo vende al esclavo. . . .

Pero, en lo esencial, el trabajo sigue siendo el mismo. Hoy, como en los días felices del paraíso, el trabajo es una de las bendiciones con que quiso bendecirnos el Padre de los Cielos. Hoy, como entonces, persiste el encargo divino: "guardar y cultivar" nuestro huerto: el huerto del espíritu y el huerto también de la materia. Hoy, como entonces, no tenemos otro testimonio que dar a Dios de nuestra obediencia que el trabajo integralmente pleno.

## VERDADES QUE NO MUEREN

Entendiendo por trabajo toda actividad humana, que es la acepción en que lo venimos tomando, ¿qué hiciéramos de nuestra vida, de esta fuente fecunda de energía impaciente que hay en cada uno de nosotros, si no le diéramos el cauce del trabajo?

Por esto realmente no comprendo cómo haya hombres que anhelan no más que una visita de la fortuna les ahorre para siempre la pena del trabajo.

Me explico muy bien que haya hombres que se quejen de la suerte que no puso en sus manos el libro o la pluma, sino el cincel, el martillo, la azada; me lo explico muy bien, porque ellos no comprenden el rigor de la vida interior, ni el dolor de pensar. Mas ¿cómo es posible que existan aun quienes cifren su ideal en la cesación completa del trabajo?

Esos merecen realmente ser compadecidos.

Pero pensemos también nosotros, pensemos mucho más en la esencia integral del trabajo; no sea que la rutina y el cansancio de la labor cotidiana sumerja en el olvido el aspecto noble y honroso del trabajo, que es el aspecto cristiano.

*P. I G N A C I O M. U R Q U I Z O, O. P.*

Mientras una mano empuña la herramienta más trivial, la otra sostenga en alto la antorcha de la fe, que es la única que pone en claro todo lo que vale el trabajo.



## Juventud

¡Oh juventud, flor de las cosas, espíritu del mundo! Oh vivientes del planeta! ¿Quién no os bendice?

Los niños se os acercan, los viejos se os alejan: vosotros sois la vida a donde marchan los que vienen, de donde parten los que se van.

Desde el principio de los tiempos, se os espera ¡oh jóvenes, Virgilio, Platón, Alejandro! De vosotros dijeron los antiguos: «ya vendrán».

Todos los sueños de los soñadores y el tesoro que le queda al hombre de su suerte primera y eso poco que ha conquistado en su larga peregrinación: todo esto es al presente patrimonio vuestro. Mostradlo vosotros a la faz del Universo. Dejad que rece el santo que

hay en vuestras almas, no sofoquéis al héroe que palpita en vuestras venas, no turbéis el éxtasis del sabio que lleváis, dad pronto una lira al poeta que bulle en vuestro ser.

¿Por qué esconder la plenitud rebotante de la vida? Dad libre curso a la sonrisa: pintad otra vez de blanco nuestro mundo. Cuando llegue la otra juventud, que asoma ya en el horizonte, que no digan de nosotros, «cuando vivían ellos, el mundo era triste». No olvidéis a los niños ni a los viejos. Plantad para ambos el árbol frondoso del bien, el árbol que dé mañana frutos de inmortalidad a los niños de ahora, el árbol que dé a los viejos de hoy y de mañana el misericordioso bordón. . . .

No olvidéis a los niños ni a los viejos: vosotros también fuisteis niños y seréis bien pronto viejos. Dad la mano izquierda a la inquieta niñez, extended la diestra a la ancianidad temblorosa y el corazón vaya al cielo. . . .

¡Oh! ¡Los pobres ancianos! Haced de vuestros brazos el pasamano de su cuerpo encorvado; que pasen sin caer el puente que enlaza la vida que muere con la vida que no muere. . .

Bien está que ellos descansen; tienen derecho: terminaron ya su carrera, la misión de traeros la antorcha que hoy lleváis vosotros.

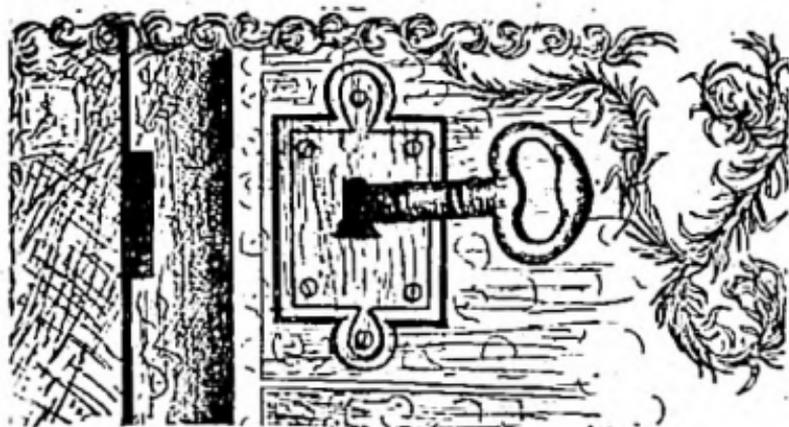
## VERDADES QUE NO MUEREN

Bien está que se recuesten bajo el manto de la tierra, con los ojos hacia el Cielo, y sigan mirando desde abajo a los que pasan ahora por su antiguo camino....

Mas la muerte no estorba la vida. Hoy es vuestro, muy vuestro el honor del esfuerzo. Venga el trabajo tras cuyo velo se esconde lo grande, venga el dolor desde donde os atisba la gloria. Y ante todo, ante todo venga la idea optimista, ¿por qué morir antes de que llegue la muerte? Venga la idea optimista, el pensamiento profundo e integral, el pensamiento eterno, sal de toda carne, el pensamiento que eterniza a todos los que fueron jóvenes y lo serán todavía hasta el día de Dios....

# PARADOJAS





## El poder de pedir . . .

El poder más formidable del hombre no es el vigor de sus músculos; no es la energía de su amor; ni el vuelo de su pensamiento; no el encanto de su verbo o la extensión de su influjo: menos aún, mucho menos el valimiento de la autoridad, o el prestigio quebradizo de una metálica riqueza.

El poder más formidable de este ser de utopía que llamamos hombre, ¡quién lo creyera! es mejor la fuerza insospechada de su nativa miseria, el ascendiente absurdo, y sin embargo omnipotente, de su propia nada. . . .

Por de contado, no es cerca de los hombres donde tiene la humana miseria el poder formidable de que acabo de hablar, sino en la misericordia de Dios.

Por demás sabemos lo que valen delante de nuestros semejantes los andrajos de nues-

tra pequeñez; nada más que mucho de desprecio, mucho de sarcasmo y excesivamente mucho de indiferencia y olvido.

No así ante el Ser Supremo. La miseria, con mayor fuerza que aleja a la estimación humana, atrae hacia sí a la divina misericordia.

Pero hay algo más extraordinario que esto, y es que a la misericordia de Dios sigue infaliblemente también su omnipotencia.

Aquellos son verdaderamente poderosos en la tierra, de quienes Dios se compadece.

De quienes Dios se compadece? Quizá fuera más exacto decir: que imploran compasión a Dios. Porque verdaderamente la miseria que mueve al Cielo es la miseria consciente; la miseria conocida y humildemente sentida; la miseria que implora ayuda; la miseria que ora.

¡Oración! He aquí en una sola palabra expresadas todas las condiciones que pueden transformar la debilidad humana en fortaleza divina.

¡Oración! He aquí la petición a la cual nada resiste; la llamada que no deja de tener contestación; las llaves que abren infaliblemente las puertas del tesoro....

Quien lea estas líneas puede acaso suponer que, al hablar de poder, me refiero tan sólo al poder en las cosas del espíritu, ante el cual suelen los mundanos alzarse de hombros cuando no sonreír. Hablo del poder sobre todo el universo.

Verdad es que el mundo temporal ha sido entregado a la disputa de los hombres. Pero esto no quiere decir que este mundo temporal con todas sus disputas no entre también en la economía de Cristo, en la cual economía es la oración el factor principal.

Siempre nos han temido un poco los dueños del mundo; mas, es bien probable que no se hayan cuidado ellos mucho de reflexionar sobre la fuerza que nos hace temibles. Sépanlo que es la fuerza de orar, el poder de pedir.

¿Temibles? Sí, y podemos serlo mucho más; hasta el grado que se quiera, porque nadie puede poner medida a nuestra petición.

El Cristo no ha querido acabar radicalmente con nuestra connatural impotencia; pero nos ha facilitado un medio por el cual puede ella llegar a convertirse en una verdadera omnipotencia: es el acto de enderezar esa impotencia al Cielo y pedir. . . .

El Cristo no ha dejado a su Iglesia ni

ejército, ni montes de oro, ni otra fuerza material formidable, como para hacer temblar a la tierra. Sin embargo, un solo cristiano que pide, un solo cristiano que ora puede desbaratar la máquina bélica de todos los ejércitos; contrapesar con ventaja al oro del mundo, y cambiar en un instante la faz del universo.

Según el criterio del mundo, que ignora la eficacia de esta fuerza, son las victorias decisivas, son los hombres de genio, los milagros de la diplomacia y más causas de este género lo que forma la trama complicada de la historia y explica su curso.

Mas, a la luz del Cristianismo, hay una causa más íntima que da o también quita valor a estas causas visibles: es una lágrima, es el clamor que un ser imperceptible lanza a los cielos. . . .

El mundo no lo sospecha; pero no tendría nada de extraordinario para un creyente, que una viejezuela, acurrucada en un rincón de su cabaña, esté sencillamente cambiando los reyes de la tierra con la fuerza infinita de sus pobres rosarios. . . .

En todo caso, es evidente que aun no nos temen, cuanto debieran los soberanos del tiempo.

Bien es verdad que somos los cristianos los primeros en haber dado pie a este menosprecio, porque hace mucho tiempo que hemos relegado esta arma al lugar de las cosas gastadas y pasadas de moda.

El poder natural del hombre aumenta hasta lo increíble; la eficacia de la máquina toca proporciones no soñadas, y hasta la palabra, hasta la pobre humana palabra realiza tales prodigios que una sola casi sobra para agitar la tierra. . . . Lo extravagante de todo esto es que el cristianismo parece haber creído que su poder propio, el de la oración, ha sido superado por esta energía deslumbrante de la palabra y la máquina, y ha corrido a la mesa de los dueños del mundo para esperar pacientemente las migajitas de esa energía. . . .

No digo yo que haya que despreciar los medios materiales, pues al fin y al cabo el cristiano también es hombre. Pero, que haya olvidado y despreciado su propia fuerza, por el brillo de una flaqueza deslumbrante. . . . ! ¿Acaso hemos olvidado que, al entregarnos Dios el poder de pedir, ha hecho de anticipado nuestra pequeñez infinitamente más eficaz que toda otra energía hasta el fin de los tiempos?

He insistido bastante en el poder cristiano de pedir. Para los que se extrañen de lo paradójico de este poder, bueno será recordar que no es gran novedad que se funde nuestro poderío en la humillación de la súplica; que también se funda en la súplica, a pesar de toda su soberbia, el poderío de los hombres.

Nada fuera el sabio, el filósofo y el artista, si les fuera vedado pedir a los hombres, a la naturaleza y a los libros. Hasta el capitalista no pudiera valerse de sus millones si no pidiera, también él algo a los otros. Hasta el magistrado; hasta el magistrado, sobre todo en los pueblos democráticos, no empuñara el cetro del poder sino quisiera antes recurrir a la consabida petición inocentemente oculta bajo las formas de la moderna propaganda...

Lo único extraordinario, y es todo lo que podemos conceder a nuestros enemigos, es: que ellos piden a las miserables creaturas, y los cristianos, ante todo, al munífico Dios.



## Complicidad

Cada hombre que delinque, cada hombre que cae derrocado de las alturas de la inteligencia, me parece una terrible acusación contra todos los que permanecemos o creemos permanecer todavía en la cumbre.

La menor reflexión sobre el influjo misterioso que ejercen entre sí los actos de los hombres nos lleva a concluir que la gran mayoría de los malvados se pasea impunemente por el mundo.

Uno o dos o pocos más penados en las cárceles es lo que queda de un crimen según las leyes humanas. Pero este antiguo instinto de justicia, vivo y palpitante en todo pecho, a pesar del ambiente de injusticia que lo oprime, nos grita que la sombra de cada crimen alcanza a otros muchos más de entre el acervo de los indiferentes. . . .

Uno, dos, tres... pocos son los que la miopía del vulgo divisa caer en el abismo de la iniquidad. Pero basta un tanto de atención para descubrir que bien cerca de esos pocos que caen se alzan muchas manos culpables, de algún modo, de esas mismas caídas.

¡Manos indolentes de los impasibles a las miserias del prójimo. Manos sañudas de los implacables con las faltas ajenas. Manos fatídicamente entreabiertas en gesto de desprecio. Manos cerradas para la misericordia. Manos que nunca se extendieron para el don de caridad, ni apretaron las ásperas manos del pobre, ni se abajaron para salvar al náufrago o levantar al caído! ¡Oh! Vosotras también tenéis bastante culpa en los desafueros del mundo! !

Es terrible pensar en la ingente responsabilidad que pesa sobre cada hombre que ha venido a la vida. La suerte de gran parte de la humanidad puede ser decidida por acciones al parecer insignificantes que no tienen sanción en la tierra.

Nadie recuerda al final del día las veces que negó la limosna al mendigo; las veces que festejó alegremente las miserias ridículas de un transeunte; las que lanzó una bofetada al

impotente como quien hace una broma; las que dijo un vituperio al araposo o se negó a contestar al pobre mugriento que tuvo la presunción de dirigir un saludo....

Nadie recuerda estas cosas al cabo de unos instantes, porque son triviales, tan bajamente triviales que ni siquiera merecen recordarse.... Sin embargo, sin embargo quizá una de estas cosas tan triviales fue la que puso el cuchillo en manos de un asesino, decidió al ladrón a perpetrar su maldad y acabó por convencer a otro incauto que quebrara con sus propias manos el ánfora de su existencia....

¿Qué queréis? Estos seres extravagantes que somos los hombres nos movemos infinitas ocasiones, a pesar de nuestra nativa grandeza, por cosas diminutas.

Pero ¡ay de aquellos que siembran la superficie de la tierra de esos tropiezos insignificantes que precipitan a los hombres en las simas más profundas!

No arguyamos con que fueron libres esos malvados. Precisamente el hecho de serlo aumenta aun más la responsabilidad de los otros. Precisamente por ser libres pudieron los malvados ser precipitados a una elección

ilícita por una fuerza tan débil como es el humano desprecio.

A diario se repite aquella tan conocida cantinela de que el número de los malhechores de un pueblo es un índice verídico del grado de moralidad. Principio sobradamente verdadero; lo que dudo es que piensen aquellos que lo dicen en la razón de este principio. Dudo que piensen en que los malhechores no dan a conocer el grado de moralidad de un pueblo sino porque son ellos mismos, las más de las veces, obra en alguna manera social, fruto, hasta cierto punto, de esas acciones que nuestra inveterada injusticia continúa reputándolas más o menos inocentes. . . .

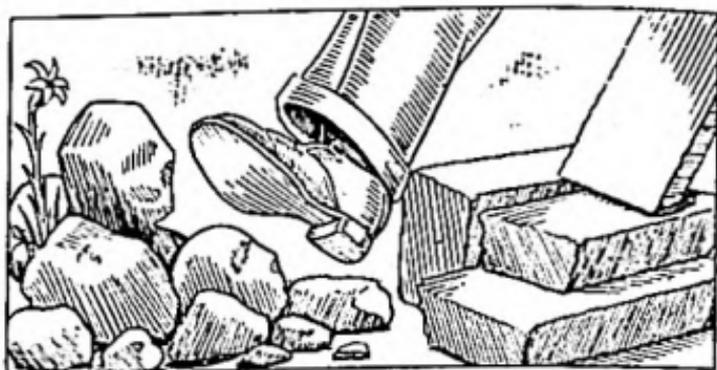
Bastante nos gusta gloriarnos de haber producido en tal o cual siglo un genio extraordinario. Un tanto indiscutible me ha parecido siempre, a pesar de todo lo que enseña la vieja teoría de Taine, el título de propiedad que suele alegar la familia humana respecto al genio. Lo que sí me parece incontestable es nuestra relativa propiedad de los malvados. . .

Esta reflexión debiera acernos ruborizar ante aquellos que en presencia de un genio tienen la petulancia de exclamar: qué grandes somos! Mas sincero y razonable es el ac-

to de sentirnos, cada vez que encontramos un malvado, mucho más pequeños. . . .

No sé en resolución cuanto podrán valer nos el día de la suprema cuenta los trofeos del tiempo ostentado en las personas de los genios. Pero sé que nos han de empecer muy mucho los patíbulos, los cadalsos y las cárceles con que se acerque la tierra al tribunal de Cristo.

Oh ¡Los patíbulos, los cadalsos y las cárceles! Protestas son ellos, terribles protestas, no sólo del vicio de algunos, sino también de la poca virtud de la generalidad de los hombres.



## Vidas olvidadas

Hay en el Cristianismo un hecho, entre tantos, maravilloso que bastara él sólo, a ser mejor conocido, para proclamar solemnemente en el fondo de todas las conciencias la peregrina y sobrehumana grandeza de la Religión del Cristo. Es el hecho de dar cabida en su seno a las más oscuras vulgaridades.

No dudo yo que es magnífica recomendación de la sublimidad de esta Religión el haber engendrado, a través de los siglos, los mayores genios que alumbraron la tierra. Pero quizá es título mayor de gloria no temer ella un punto el contacto con la mediocridad del vulgo de los hombres.

Esto quiere decir, como lo sabe cualquiera, que no cuenta ella para perdurar con la calidad de los hombres. Y esto quiere decir además (cosa que apenas parece ser entendida por pocos) que intuye ella en las sombras de las

humanas medianías el valor que no han podido vislumbrar los centenares de generaciones que han ocupado sus vidas en escudriñar en las sombras. . . .

Siempre ha sido una cosa del todo insólita en el mundo lo que es ordinario en el reino de Cristo: respetar a los seres que carecen de renombre y no conocieron en su vida lo que es un título, una distinción o un aplauso; conceder sentido real, y más aún, una misión real a todos aquellos que parecen arrastrarse por la tierra como el menosprecio mismo hecho humana substancia. . . .

Verdad es que también en el mundo se ha reverenciado de cuando en cuando a uno de estos seres sin nombre, cada vez que sus andrajos han dejado traslucir demasiado claramente la silueta del santo, del sabio, del héroe o del artista allí ocultos. Lo extraordinario de la Religión de Cristo es ver ella continuamente, entiéndase bien continuamente, a través de todas las insignificancias, el mérito inmortal que puede florecer, sin excepción de personas, en el día de Dios. . . .

Sí. El mundo también lo sabe que en las piedras con desdén aladeadas por el pie del transeunte se entalla de cuando en cuando el

busto que maravilla y se labra la sillar que sostiene el edificio. Pero lo olvida bien presto, y es el cristianismo precisamente quien tiene que recordarlo. ¿Recordarlo? Lo es el mismo un monumento vivo de las existencias preteridas; el eco cada vez más agigantado por el choque en el muro de los siglos, de la palabra de Dios: «no es eterno el olvido a que el mundo condena a los pobres» . . . .

Desde que la Vida Esencial se escondió, y, diría mejor, se confundió con ese polvo impalpable de sendero que llamamos ufanamente «hombre», es forzoso, según la doctrina de esta misma Religión, acercarse con reverencia a todo lo diminuto, a lo desvalido humanamente, a eso que casi no alcanza a divisar la miopía de la pobre razón.

No es difícil notar en la actitud del cristianismo, frente a cada trivialidad que alienta, frente a cada polvillo que se agita con el estremecimiento de la vida, uno como inveterada expectativa de inefables revelaciones. . . .

¡Oh! yo no sé como no nos conmueve hasta enternecernos su generosidad para los que somos insignificantes. Igual que en la naturaleza, en su seno el sol que calienta a los ex-

celentes, no se nos niega también a los triviales!

A él no ha llegado el error bien funesto que conduce al mundo, quizá inconscientemente, a sus aprecios y desprecios de ordinario extravagantes: el error de confundir la existencia del mérito con la manifestación del mérito, como si no pudiera darse en el tiempo aquella sin ésta.

De intento he dicho en el tiempo. Verdad es que el mal y el bien de las almas parecen reclamar con urgencia su plena manifestación, y es el cristianismo el primero que lo proclama. Nada quedará oculto, grita él desde sus libros santos, como una profecía, al mismo tiempo, consoladora y terrible. El toque está en comprender que el tiempo no es sino la oportunidad para el atesoramiento de bendiciones o de ira, y luego vendrá, después del tiempo, la oportunidad cumplida de la total manifestación....

Entre tanto ¿no es muy racional esperar todavía grandes sorpresas de entre los seres que emigran calladamente a la eternidad, ocultos bajo el manto gris de los peregrinos ordinarios....?



## Arma secreta . . .

¿Arma secreta de una nación, arma como las en uso, para instaurar el dominio de la injusticia y segar vidas de inocentes? No. Nada de eso.

Hablo de una arma universal, siempre nueva, a pesar de ser la más antigua y permanecer secreta únicamente para los hombres que no alcanzan el sentido de la economía divina; hablo del arma que sale por los fueros de la justicia y venga la sangre de los inocentes.

¿Adivinas? Me refiero al terrible poder de las lágrimas arrancadas injustamente, al poder de la sangre derramada sin razón y al de los ayes en que obliga a proferir la violencia.

No te extrañes, buen lector. No sólo existe el acero en la tierra para defendernos de nuestros enemigos, ni ha acabado por lo tanto, toda esperanza para los inocentes cuando el acero se declara impotente para defenderlos. Puede en el campo de los inocentes cesar el disparo del fusil, el tableteo de la metralla, el estallido de las bombas y el tronar de los aviones, y quedar todo como para siempre en un silencio de muerte. Pero desde esas mismas ruinas surgirán, más terribles que nunca, los proyectiles que han de acabar por dar al traste con las fortalezas inexpugnables al acero y con los enemigos más invencibles en el combate; surgirán los proyectiles del dolor que clama al cielo, con voz potente, pidiendo venganza. . . .

Es una vieja convicción mía que no se ha meditado suficientemente en las causas del derrumbamiento de tantos imperios como se han sucedido en el curso de los siglos. Se acude, para explicarlo al lugar común del poderío mayor; del mal gobierno o de la corrupción de los ciudadanos. Pero estos tres decantados caminos de la ruina de los imperios me parecen más que nada tres pretextos que en un caso particular pudieron haber sido sustituidos por

otros. Mas razonable creo decir que esas gigantescas naciones de la antigüedad rodaron por el polvo, sea cualquiera el pretexto, derrocados por la fuerza de las lágrimas de los inocentes vencidos. . . .

¿No nos prueban acaso esto mismo los ingentes pueblos desaparecidos en el Oriente, y el efímero mundo que un día llamóse de Alejandro, luego de Roma, después de Napoleón para terminar de nuevo por ser de nadie?

A la madre de San Agustín dijeron un día que no podía perecer su hijo, pues se habían derramado por su vida tantas lágrimas. De ciertos imperios que han instituído en la tierra los hombres podíamos profetizar cabalmente todo lo contrario, es a saber: que no pueden vivir tales engendros por cuya muerte se han derramado tantas lágrimas. . . .

¡Ah, sí! Algo significan el llanto de las madres, la orfandad de los niños y la extrema miseria de tantos hombres que se quedan sin pan. . . .

Y, ¿Qué? ¿No tendremos nosotros derecho, ante la visión de tanta miseria como dejan cada día las guerras, de confiar, aun más que en el acero, en la fuerza antigua del corazón que sangra herido por la injusticia. . . .?



## Año Nuevo

¡Treinta y uno de Diciembre! Otro año que se va, otro año que se aleja camino de los muertos. . . .

Un muerto más en el cementerio del tiempo, enterrado sin llanto, y aún más, con regocijo.

Mañana recibiremos los rayos del nuevo año, sonrientes, cual si nos hubiéramos rejuvenecido y arrojado de nuestras espaldas un manto viejo.

Sin embargo, sin embargo la verdad es que somos nosotros los que hemos envejecido otro año y dejamos terminada otra jornada en el camino de la tumba.

La triste ficción de que es el tiempo el que envejece y no nosotros mismos, nos propor-

ciona el placer de poder sonreír en el advenimiento de otro año.

¡Oh si meditáramos que cada año nuevo es en realidad un nuevo golpe de la guadaña de la muerte asestado a nuestra vida!

El vulgo festeja con carcajadas el término de un año y se burla estrepitosamente de la vejez de éste, sin caer en la cuenta que es del final de un período de su propia vida de quien se burla.

Pero, al fin, la vida terrena vale tan poco que es mejor olvidar lo que se nos ha restado de ella. Por eso la humanidad prefiere abrir su corazón a la esperanza, siempre más prometedora que el instante presente; prefiere enumerar las sorpresas agradables que le reserva el nuevo año. Hasta ayer, en el año que hoy fenece, el infortunio le ha arrancado muchas lágrimas; ¿por qué no ha de esperar mañana, en el nuevo año, le sea más propicia la fortuna?

Como quiera que sea, hay razón para que saludemos en cada nuevo año que llega, un nuevo don de Dios.

En los días nuevos que nos depara el Cielo, también habrá dolores, habrá lágrimas, sin que falten tampoco las caricias de la vida.

¿Quién lo duda?; todavía vamos a continuar viviendo sobre el mismo planeta. Pero hagamos votos porque en las caricias y en las lágrimas nos mostremos generosos.

Obligación primordial nuestra es saludar a los vencedores de cada nuevo año, a los que, por el dolor y el gozo, irán siempre adelante; siempre en pos del ideal.



## El pobre

El pobre del mundo nuevo, renovado por Cristo, no es el ser que los judíos consideraban maldito, ni el que reputaban los paganos una escoria, ni siquiera es el hombre a quien nuestros flamantes descreídos bendicen sin amar, y alaban sin comprender.

El pobre de la Nueva Ley es algo más hermoso que lo que descubren los ojos, algo más íntimo que el miserable harapiento que se arrastra por las calles. Hay que tener fe para saber lo que es el pobre.

Desde que un Dios apareció entre los pobres, todo pobre auténtico es un ser sagrado: un monumento vivo de Dios—pobre, una voz que grita en el mundo: «así fué Cristo».

La gente piadosa de antaño solía fijar una cruz de madera en las cimas de los mon-

tes, en los recodos de los caminos, en los puntos más altos de sus casas modestas. Era el intento de esa buena gente recordar a Cristo a todas horas, mirarlo en todas partes en la insignia de su muerte.

Hoy queda poco de esa tierna costumbre.

Pero hay un memorial que Dios mismo coloca en nuestras calles: es el pobre, el pobre para que sigamos viendo a Cristo en la insignia de su vida.

¡Oh! ¡El pobre, el pobre! Se comprende que la mayoría de los hombres no quieran ni mirarlo. Ese ser mínimo, que rozan dondequiera nuestros hombros, es terrible para el mundo. Su estadía en la tierra, su misma presencia entre los hombres es un sermón sináptico, una protesta divina contra todos los que olvidan que viven en el tiempo, contra la multitud que ya no se acuerda del Padre que está en los Cielos, porque cree fatuamente que no lo necesita. Todo pobre que nos mira es un trueno que repercute en las conciencias en este eco inextinguible: «mirad en mí lo que es el hombre, reparad en la inestabilidad de la fortuna y en la amenaza que guarda para todos la hora próxima».

Yo no sé cómo puede inclinarse aun la

balanza de la vida hacia el platillo de la soberbia, si está echada en el otro la inmensa pesadumbre de tantos andrajos. ¿A dónde descendería la loca humanidad sin el contrapeso de esta humillante miseria? ¡y se sueña en una tierra sin pobres! ¡Ay de la humanidad si le faltara esta dádiva del Cielo, que se resiste a recibirla, la dádiva del pobre!

Sin el pobre, sin los ojos del pobre que miran hacia arriba, se hubiera ya perdido para muchos la brújula del Cielo. Sin el pobre, desconocerían otros tantos la miseria más terrible que es la miseria del alma, ¿y no quedarán, sin el, como dormidas nuestras más bellas virtudes?

No sé qué sería de la tierra sin esas dos actitudes, hijas de la connatural pobreza, que resumen en sí todas las relaciones pacíficas entre hombres: la noble actitud del que extiende la mano para dar, y la humilde, conmovedora y bien humana, del que se inclina para recibir.

Afortunadamente tenemos la promesa de Cristo de que no nos faltarán pobres hasta el fin de los tiempos.

Pero es indispensable ante todo que el

pobre de la Nueva Ley se sienta realmente pobre de la Nueva Ley.

También el pobre, si es bueno, tiene derecho a un poco de felicidad aquí en la tierra, y a la definitiva en la eternidad. Pero es indispensable que comprenda no ser forzoso que deje de ser pobre para que comience a ser feliz. Esta es precisamente la novedad de Cristo: haber proclamado incorporados al gremio de los felices a los pobres de espíritu.

El Cristianismo nunca ha ofrecido a la humanidad hacerla rebosar de bienes de fortuna; pero sí ha prometido hacerle feliz, con la simple condición de que se alisten todos en la legión del espíritu.

Es anacrónico y viejo pensar que los ricos son mero favor de la suerte y los pobres únicamente tiranía de las circunstancias. La riqueza y pobreza en la edad del Cristianismo no pueden ser sino oficios diversos que el Rey eterno impone a los ciudadanos de la Ciudad también eterna.

Ricos o pobres, lo que importa es serlo dentro del plan divino: serlo de espíritu.

¡Pobres de espíritu! Pobres que reciben su pobreza con la afición del que cumple un

## VERDADES QUE NO MUEREN

deber, con voluntad, con amor con espíritu. Esos son los pobres de Cristo.

¡Pobres de espíritu! He aquí los pequeñitos que beben el vaso de agua ofrecido al Señor y comen el pan con que intentan los fieles calmar su hambre y se cubren con el manto que ponen sus amigos sobre su cuerpo azotado....

¡Pobres de espíritu! He aquí los pobres de la Nueva Ley.





## Siempre niños . . .

Volver a ser niño! ¡Volver a simplificar esta vida terriblemente complicada por el paso ya prolongado de los años, y sentirse otra vez mimado, como todo lo nuevo, por la simpatía de las cosas! ¡Olvidar en un recodo cualquiera del camino el fardo viejo de desengaños, como si de verdad ignoráramos la serie interminable de tristes experiencias que depositaron en nuestras almas los días, y poder sinceramente sonreír, mientras recogemos las flores que brotan en la tierra. . . . ¿No es un sueño muy bello?

Pues bien, esto que pudiera creerse un mero sueño, en la Iglesia de Cristo es plena realidad, una realidad a que se nos invita insistentemente como condición previa e indispensable para poder entrar en el Reino de Cristo.

He aquí un aspecto del cristiano en que se repar de seguro excesivamente poco.

¿Habéis meditado que todo cristiano verdadero, precisamente a título de tal, era de veras un niño? En todo caso será bien que no olvidéis esa simple enseñanza evangélica que puede descubrirnos, talvez con su simple enunciación, nuevos y bellos horizontes...

Soy niño. ¿Qué me importa entonces el curso del tiempo, el vaivén de la suerte, la malla intrincada de pasiones, y todo lo demás, que agita a la pobre masa de los que gimen sobre el planeta?

Soy niño. ¿Por qué inquietarme por la malicia de los hombres? Desperdicia por ventura un niño las pocas horas que le concede el Cielo en profundizar en el sentido de los gestos desagradables y las palabras disonantes?

Soy niño. Luego tengo de ser alegre; a pesar de todas las calamidades que me sobrevengan; no puede destruirse en mí ese fondo de alegría connatural en todo niño.

No me arguyáis con que la vida es difícil y los reveses de fortuna cuotidianos, muy amargos. ¿Toma acaso un niño siempre en serio todos los lances de la existencia?

¡Niño! Este carácter nuestro de niños nos impone también una de las más bellas obligaciones que tenemos que cumplir aquí abajo, es a saber: impedir que envejezca la humanidad. Cada día tiene la humanidad que renacer en los cristianos, y sonreír por sus labios e imprimir por sus almas un impulso nuevo a los pobres rezagados.

Pronto celebraremos una nueva Nochebuena. Pronto, como todos los años, va a conmover los espíritus esa corriente de alegría y renovación, que nace de Belén. Pues bien, todo cristiano verdadero tiene algo que hacer con esa corriente de alegría y renovación, y es: no dejar que se pierda ella en el mundo; prolongar la Nochebuena hasta que amanezca para todos el día esperado de la eternidad...



## Deudas del rico

En la esfera de lo creado, no se concede a nadie una prerrogativa, sin una obligación adjunta.

Hijos de Dios como somos, y miembros del universo, ningún bien se pone en nuestras manos, si no es bajo la condición forzosa de ofrecerlo ante todo a nuestro Padre, y luego también, de partirlo en cierta manera con todos los hombres. El reverso de todo don concedido a una creatura, tiene que ser irremediamente una deuda a Dios y una deuda al prójimo.

Nadie es por lo tanto grande en el mundo, sin tener al mismo tiempo obligaciones grandes en el mundo.

El sabio, que es honrado con el nombre de maestro, tiene conjuntamente el oficio de

doctor. El soldado, que es oficialmente llamado defensor de la Patria, tiene que defenderla aun a costa de su vida. Y así de los demás.

Pues también ese otro grande, que hallamos dondequiera, el grande que decimos "rico" no olvide que, junto con el dinero, le llegó un nuevo deber.

La riqueza es un deber, como es un deber en el sentido arriba dicho, la sabiduría, el poderío y las demás prerrogativas.

La riqueza es también un deber y lo seguirá siendo, aunque lo hayan olvidado la mayoría de los ricos.

Los ricos también tienen una nueva deuda, por el mismo hecho de serlo. Tienen una nueva deuda a Dios y una deuda a los hombres.

No fueron depositados esos bienes, en sus arcas, para dar únicamente brillo a su linaje. No puso Dios grandes caudales en manos de esos hombres, para que sólo trataran de hacerlos mayores. Ni puede ser el exclusivo encargo de los ricos dejar millonarios y multimillonarios a sus hijos. Ni se justifica plenamente la riqueza, con decir que, quien la

posee, dejará mañana una cantidad ingente para obras de beneficencia.

El rico debe saber, como también los otros hombres, que es deber suyo crear a sus hijos una posesión ventajosa; más nadie puede exigirle que los deje sofocados en el vapor del oro.

El rico debe saber, como también los otros hombres, que el dinero es sólo un recurso, un medio, un camino hacia el fin. De donde, poner exclusivamente la atención en acrecentar las riquezas, acrecentarlas y acrecentarlas hasta el aliento postrero, es una torpeza tan irracional como la del que gastara toda su existencia en mejorar el camino que ha menester, sin nunca trajinarlo.

El rico debe saber, así mismo como todos los humanos, que no honra mucho al hombre acordarse de cumplir su deber tan sólo un segundo antes de espirar, y que no es un acto idealmente virtuoso desligarse uno, con la firma generosa, del oro que, después de un instante se ha de desligar de uno, con el gesto implacable del desprecio.

Toda la vida tiene que ser igual a la muerte, en resoluciones y generosidad.

El rico debe saber, por último, que su

grandeza y el brillo de su linaje no es tener suficientes riquezas para librarse, según cree fatuamente el mundo, de todos los deberes. Al contrario, el lustre del rico consiste precisamente en el lustre de su deber.

El deber del rico es dar, socorrer, ayudar, y ¿dónde deber más brillante?

Pero la dádiva, el socorro y la ayuda han de ser voluntarios para ser meritorios. ¿Qué decir entonces de aquellos ricos que siempre han de ser los últimos en las obras de misericordia, cual si las hicieran por fuerza?

¿Por qué la mayoría de los ricos han de contarse entre los solicitados, nunca entre los de la iniciativa?

¿Por qué ha de ser la miseria la que busque a la riqueza, y no la riqueza la que vaya en pos de la miseria?

Es bueno recordar a algunos ricos que no toda petición es petición; a veces sólo es una apelación modesta al deber olvidado. . . .

Es bueno recordar a ricos y pobres que esta frágil vida terrena es un plazo, breve e improrrogable por cierto, para cambiar la moneda terrena, que llaman los hombres pobreza y riqueza, con la moneda única que circula en la eternidad, que son los actos virtuosos.



## Sonrisa y lágrimas . . . .

Nuestras lágrimas y sonrisas son tan efímeras, como todas las cosas de esta vida terrena.

El curso halagüeño de los acontecimientos me deja hoy sonreír y agregar una nota de júbilo en el concierto de las cosas. Quizá en cambio mañana no podré excusar las lágrimas, y la voz espontánea de mi alma será un triste sollozo. Pero me consuelo de antemano con saber que también ese sollozo será sólo de un día, y vendrá después otro día en que pueda a mis anchas volver a sonreír...

No defiendo ahora, querido lector, que esto que acabas de leer no sea verdad muy trivial, sino que no es tan aprovechada, como debiera serlo, en nuestra peregrinación. Una prueba más de la indolencia con que adminis-

tra la humanidad su hacienda compuesta de las diarias y sobremanera beneficiosas experiencias que le suministra la vida; porque el hecho es que aun existe una multitud cada hora mayor de mortales que se abrazan de esta ventura deleznable, como de una roca inmóvil, y olvidan que nunca está la dicha en nuestra casa sino como huésped transitorio. Todavía existe además la otra inmensa multitud de los que abandonan las fuerzas de su espíritu a merced de los impulsos de la pena, y adoptan, al momento de la tribulación, el porte de un esclavo atado para siempre a la carroza del infortunio.

Es realmente bien extraordinario que al cabo de centenares de años, como son los que lleva ya el hombre de enfrentarse con el dolor y la alegría, no tome ante ellos una actitud de más reserva.

¡Y eso que Cristo, el Maestro supremo de la vida, enseñó ya al mundo la única conducta a tono con las alegrías y el dolor del tiempo!

En la escena más gozosa de su vida terrenal, en medio de los resplandores del Tabor, ¿no conversaba él tranquilamente acerca de su próxima salida de este mundo? Y así mis-

mo, en el suceso más triste de toda su existencia, en el suplicio del Calvario, ¿no departía con el buen ladrón sobre su entrada inmediata en el Reino de la gloria?

Y he aquí lo que tienen que ser el dolor y la alegría del pobre mortal: un dolor del Calvario y una alegría del Tabor; un dolor que nos permita hablar aun del gozo futuro, y una alegría que no excluya como cosa imposible el acceso de las penas.

Tabor y Calvario son los faros que han de iluminar por igual nuestra peregrinación por la tierra.

No me hables de tristezas que no sean alumbradas de un rayo del Tabor. Ni me hables, mientras nos llamemos mortales, de extrañas bienandanzas a donde no llegue el dulce resplandor de la cima del Calvario. . . .

El tiempo no es aun el Cielo; menos el infierno, para que pueda convertirse en mansión de gozo puro o tristeza consumada.

Precioso don es la libertad, tan digno de ser defendido del incurso de violencias injustas, como del vulgar acometimiento del dolor que abate o el bienestar que enajena.

¡Oh la libertad! La libertad, sí. Pero no sólo la de hacer este bien o aquel otro, des-

contada por absurda la de perpetrar los males, sino también la libertad de proclamarnos más grandes que la sensación placentera de los bienes y la experiencia dolorosa de los males; la libertad de poder atisbar, como Cristo, el patíbulo de la cruz, desde el fondo mismo de las transfiguraciones, y poder mirar de hito en hito la gloria a través de la sangre y las lágrimas. . . .

¡Qué por lo menos pensar en cosas tristes mientras nos visita la dicha sea amenguar nuestros goces ya por sí mismos pequeños? Cierto. Pero ¿qué vamos a hacer, si sólo así temperado es el gozo conveniente a nuestra miseria; si sólo a este precio se obtiene un gozo humano? Además no hay otro arbitrio para hacer menos triste el instante que sigue a la sonrisa; no hay otro arbitrio para lograr que no suceda una tarde de cielo nublado a la mañana plácidamente llena de sol. . . .



**CLAVES . . . . .**





## Sobre arena. . . .

El equilibrio mundial está roto.

Ese equilibrio fundado en discursos, promesas y amenazas, el equilibrio entre el oro y el plomo, está otra vez quebrantado, otra vez deshecho.

Y los filósofos mundanos empiezan ya a afanarse por dar con las fuerzas mal calculadas que originaron la flamante catástrofe.

No será raro que estos señores encuentren la causa de todo esto en la falta de tal o cual firma, en el fracaso de una declaración o en la inexactitud de la cantidad de dólares y cañones.

No será raro. Ellos edificaron el pobre mundo moderno sobre estos miserables y estúpidos fundamentos, y es bien lógico que recurran al examen de los fundamentos, cuando se va al suelo su obra.

## VERDADES QUE NO MUEREN

Pronto nos darán éstos oráculos la explicación del desastre, la cual desgraciadamente satisfará a las dos terceras partes del mundo. Terminará un día esta guerra inevitable, vendrá el momento de reconstruir este edificio. Entonces se los tendrá en cuenta a ellos para volver a levantar la fastuosa construcción, que verá rodar de nuevo la generación que nos sigue.

¡Pobre mundo! Si es muy triste su estado actual de guerra, no era menos triste, a los ojos del filósofo cristiano, el estado de paz que lo precedió, y acaso no será mejor, si Dios no hace un milagro, la paz que nos deje el silencio de los cañones.

Ya es hora de que la humanidad realice un examen sincero de las bases sobre las cuales asienta actualmente sus obras.

Ya es hora de que cristianice los cimientos de todo lo suyo.

Hay algunas verdades que sabe cualquiera y que han convenido criminalmente la mayoría de los hombres en relegarlas al olvido. Pero, únicamente esas verdades arrinconadas al rincón de la indiferencia, como libros viejos y pasados de moda, explican los absurdos actuales.

Hélas aquí. El cristianismo no es solamente patrimonio de los individuos, es también ley impuesta a las Naciones. El Cristianismo tampoco es mero anhelo o tan sólo una creencia, es además una práctica. Anhelo, creencia, práctica. Dondequiera haya una función humana, allí ha de estar el Cristianismo para redimirla.

Por eso esta sacrosanta religión tiene una palabra que decir, para cada face individual y social de los hombres.

Pues, acerca de la paz, prosperidad y progreso material, que tanto preocupan hoy al mundo, tiene para decir el cristianismo que no es posible conseguirlos sino como secuela, como corolario del Reino de Dios.

Buscad primero el Reino de Dios, y las demás cosas os serán dadas por añadidura: he ahí un mandato, una oferta y también, todo juntamente, una profecía amenazante.

Americanos, el Cristianismo, como vosotros, y más que todos vosotros, anhela que tengáis prosperidad, tranquilidad, paz y los otros bienes del tiempo. Pero no puede menos de haceros saber bien claro que no podéis conseguirlos de una manera estable, íntima y satisfactoria, si prescindís del Reino de Dios.

Debéis saber que el Reino de Dios es condición indispensable de toda dádiva de lo alto. Debéis saber que en la actualidad el bien material está dependiente del sobrenatural, y no hay que olvidar que el tiempo es fámulo de la eternidad.

Por eso el filósofo cristiano no se maravilla de las pérdidas de conquistas temporales que presenciarnos. ¿Qué hay de admirar? Ya he dicho que el único apoyo firme de los bienes terrestres es el bien del Cielo, es el Reino de Dios. Pues si este Reino no se busca, ni aun se piensa en él, era de esperar que se hunda todo.

Es ésta la mejor contraprueba de la palabra de Cristo, que he citado; es el cumplimiento de ese mandato profético. "Ya que no buscáis el Reino de Dios, lo demás os ha sido quitado por añadidura", decía Agustín Cochin.

América, esta joven y ya desventurada América, en presencia del hundimiento de la otra parte del mundo, junta nerviosamente todas sus fuerzas y trabaja febrilmente por hacer invulnerable el monumento de su cultura naciente.

Pero un cristiano que mire a la luz de

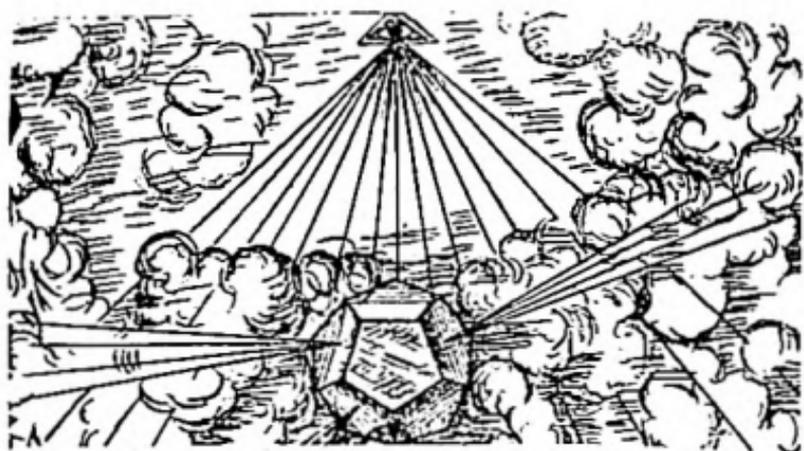
Cristo este afanoso empeño de la pobre América, no puede menos de entristecerse al ver el torpe y desmañado camino por el cual intenta arribar a esa meta nuestro Continente.

Es incomprensible que ni aun nosotros queramos comprender la verdadera causa de la calamidad. Es incomprensible que ni aun los americanos acabemos por dar fe a la palabra, hoy mismo comprobada, de Cristo.

Se acude al lugar común de la sonora palabra "solidaridad continental", y se invita a congresos internacionales e invoca los principios humanitarios . . . . . y nada más. Entre tanto ¿quién repara que se va echando, con esta mentirosa política, los mismos cimientos de arena, que acarrearón la ruina presente a Europa?

Comprendamos ya que lo meramente natural, que lo meramente humano y terreno no podrá soportar el edificio de la prosperidad que buscamos.

He aquí la única política razonable para todas las Naciones hasta la consumación de los siglos: buscar ante todo el Reino de Dios y su justicia. . . .



## Facetas de las cosas

Nuestra vida gira interminablemente en derredor de las cosas.

No sólo vamos envejeciendo cada día y adelantando sin cesar por el camino de la tumba, sino también tomando cada vez posesiones nuevas con relación a los seres.

El mundo donde habemos de realizar nuestra completa peregrinación no varía gran cosa en el curso de los años prefijados a cada uno por la divina Providencia. Pero, eso no obstante, todo sucede como si diariamente renaciera el mundo para el hombre.

El Cielo que ayer, cuando sólo contábamos un lustro desde el llanto primero, se mostraba a la tierna fantasía como la curva azul donde parpadeaban las estrellas cada noche, cual ojos de un amigo que nos hiciera un guiño, ahora, en plena juventud, parece se hubie-

ra transformado en el plano superior que aguarda nuestras plantas, en el peldaño nuevo de la escala de la Divinidad. . . .

Mas, pasarán cuatro, cinco. . . . diez lustros, y el cielo quizá ya no sea ni el arco de estrellas, ni el peldaño nuevo, sino la bóveda inmensa que retiene al espíritu en la cárcel del espacio. . . .

Joven que esto lees, la tierra pudo ser para tí, ayer que fuiste niño, nada más que un sustentáculo de flores graciosas. Hoy en cambio es, de seguro, la senda caprichosa por donde deambula disfrazado el ángel de la gloria. . . . Pero. . . . ¿quién sabe si mañana vendrás a reputar a esta misma tierra un fúnebre hacimiento de polvo de muertos. . . . ?

Nadie tiene derecho a concluir de todo esto que nuestras ideas sean ilusorias, sino que las humanas pupilas no pueden ser lo suficientemente vigorosas como para abarcar totalmente la realidad de las cosas desde cada rincón de la vida.

No digo yo que sea únicamente verdad lo que descubre en las cosas la vista cansada de un viejo. No. Pero tampoco es toda la verdad lo que sorprenden en el universo las pupilas

## VERDADES QUE NO MUEREN

inquietas del niño o las pupilas luminosas del joven.

Cada vez me convengo mucho más que la realidad finita del mundo en que vivimos no puede ser comprendida sino en el ciclo dilatado de la vida completa,

Francamente tanto me sorprende oír a los viejos burlarse de lo que piensan los niños y los jóvenes, como oír a los niños y jóvenes menospreciar fatuamente la ciencia de los viejos.

Quizá ello no agrade ni a los unos ni a los otros; pero no puedo menos de decir que es harta petulancia exigir para una sola edad de la vida el derecho exclusivo del acierto en la verdad.

No es posible a nuestra miseria de seres temporales vivir simultáneamente las tres edades de la vida. Mas, esto no es argumento de que niños, jóvenes y viejos han de ser como tres frentes enemigos, sino más bien, de que esos tres grupos tienen necesidad de hacer juntamente la jornada de la vida. El oficio más natural de cada edad es servir a las otras de uno como lente con que puedan barruntar aquello que aleja del hombre la ley inexorable del tiempo. . . .

Una cosa es el universo para el sabio, otra cosa para el artista, y otra cosa finalmente para el filósofo. Sin embargo, nadie puede decir que uno tan sólo llegue a la verdad y queden los otros en las tinieblas del error; lo que hay es que la realidad es fecunda, y son distintos los puntos de vista desde donde contemplan el universo el sabio, el artista y el filósofo.

De modo parecido, los diversos conceptos que abrigan de las cosas el niño, el joven, y el viejo no arguyen sino que son variadas las facetas de las cosas, y variados también los puntos de vista.

No sostengo que valga lo mismo lo que ven los niños y jóvenes, y lo que ven los viejos. Pero, al fin, algo vale lo que se distingue desde cada época de la existencia.

Han pasado algunos años desde nuestra aparición sobre la tierra; llega la juventud con sus sueños dorados y sus esperanzas indecisas. Nada hay de extraordinario en esta sucesión de edades. Pero hay algo muy raro en lo que respecta al aprecio de lo que termina y lo que llega: la nueva verdad que descubrimos a la luz del sol de la juventud nos cautiva en tal

forma que nos parece forzoso despedirnos de la niñez casi con un gesto de desprecio....

Los días se acercan apresuradamente al final de su cuenta. La vejez sucede a la juventud. Pero....¿Quién creyera? También esta vez acontece una escena extravagante: de tan nueva manera nos muestra al mundo la luz desvaída de ocaso que acabamos por maldecir descaradamente a la extinta juventud.

Creo que lo que nos falta es reflexionar que nada pierde su valor porque haya otra cosa que valga un tanto más. Todo valor intrínseco es de veras eterno. Y es indispensable comprender que en cada edad de la vida hay ciertamente un valor intrínseco.

Ay algo en el niño, que debe perdurar: la sencillez, la alegría, el candor. Hay algo también en el joven, que no debe morir con los treinta años: el entusiasmo nunca exhausto y las esperanzas siempre frescas.

En los caminos de la vida nadie puede disputarme que una de las impresiones más tristes que nos causan los prójimos es la de mostrarse esclavizados a la fuerza de los años. ¡Niños aun sin asomos de la prudencia de los viejos. Jóvenes que no guardan nada ya de

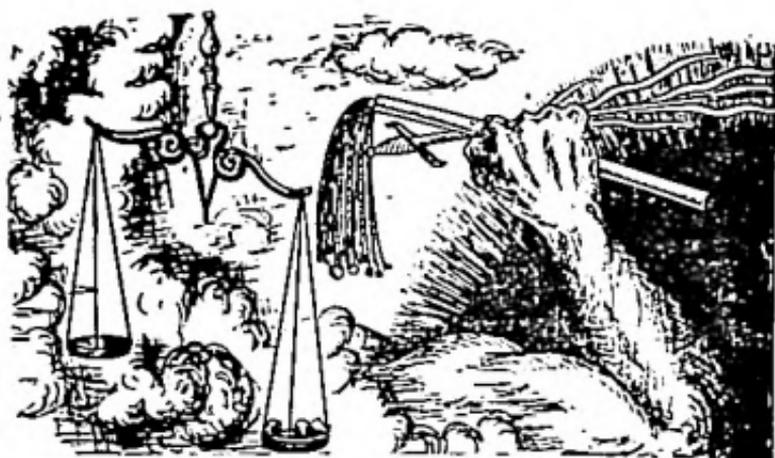
niños. Viejos que no tienen nada ya de jóvenes: cuán triste es mirarlos. . . . ! !

En cada hombre debiera quedar para siempre indeleble lo mejor de las edades.

Quién sabe si no sea también una de las causas de que no se entiendan gran cosa los hombres entre sí este hecho precisamente de no hablar cada uno sino el idioma de su edad: el niño el idioma de los niños; el joven nada más que el idioma de los jóvenes; los viejos exclusivamente el idioma de los viejos. . . .

¡Qué hermoso fuera que en cada corazón no faltara la resonancia bien clara, o por lo menos la simpatía de la adivinación para toda armonía que llegue hasta nosotros de horizontes distantes. . . .

Si la humanidad no está aun educada para tanto, pudiéramos por lo menos pedir al Cielo que comencemos por este principio de respeto a Dios y a la naturaleza que pudiera así formularse: desde cada rincón del tiempo contemplan los hombres cada vez una nueva faceta de ese poliedro enorme que constituyen las cosas. Sólo Dios abarca desde su eternidad el valor total de la realidad creada. . . .



## El peso del pecado

Se va generalizando, hoy como nunca, la compasiva inquietud por disminuir, hasta donde sea posible, los padecimientos de la humanidad.

Legítimo es este deseo. Lástima que no sea así mismo bien dirigido.

La mayoría de los factores de la cruzada en pro del mínimo de dolor parecen olvidar toda la historia y la filosofía auténticas del dolor.

Para lograr su propósito piensan esos señores que basta acabar con tal o cual hombre, tal o cual política; que basta anular a un partido determinado; poner fin a la serie de abusos del poder o del dinero.

¡Destruído ese régimen; muerto ese hombre; cegada definitivamente esa fuente de in-

justicias, comenzaremos ya a ser felices. . . .!! Qué triste es hallar esta vana convicción en una humanidad que cuenta con millares de años de asidua experiencia! ! ¡Qué triste ver que trata de consolarse de sus males con una esperanza pueril que se convertirá bien pronto, para acrecentamiento de sus males, en un nuevo desengaño!

Pensar de esta manera sobre el problema más delicado del tiempo y de la eternidad es sencillamente pensar con superficialidad.

No niego yo que sea unas veces un hombre, y otras veces una política, o un partido, o una serie de abusos el conducto ordinario de las calamidades sociales. . . . El error está en creer a todas esas cosas la causa, y no un simple instrumento, del dolor de la humanidad.

Otro es propiamente el principio de nuestras tribulaciones. Otro el origen íntimo de la sobreabundancia actual del dolor en la tierra. Es a saber: el desorden general de las conciencias; el desorden del pecado.

Por ley necesaria de la divina justicia, junto al pecado va el dolor. Ciertamente que el dolor tiene también otro oficio. Además de ser castigo, es también testimonio de predilección

en sus escogidos. Pero al tratarse de la humanidad en general, es preciso prescindir un tanto de este oficio del dolor, y atenernos principalmente al de castigo por el pecado.

¡El pecado! He ahí nuestra verdadera desgracia; la desgracia espiritual que retorna sobre nosotros mismos convertida más tarde en torrente de lágrimas, en el azote de las tiranías, en las calamidades del hambre y la enfermedad.

No importa gran cosa el instrumento por el cual se nos aplique el dolor que atrae hacia nosotros el pecado; mientras éste perdure, perdurará también el dolor.

Si el caudal de culpas es el mismo, ya pueden derrumbarse unos tronos y surgir otros tronos; ya pueden borrarse unas fronteras y trazarse otras; ya puede toda la industria mortífera de los hombres deshabitar una parte del planeta y cambiar totalmente la geografía de las partes que quedan habitadas: con admiración de todos, el dolor continuará el mismo. . . .

No hay remedio. Junto al desequilibrio engendrado por las culpas en la balanza de las conciencias, se levantará continuamente

la mano de la justicia fulgurando, no sólo hacia el horizonte de la eternidad sino también en las regiones del tiempo, la maldición del dolor.

Yo no sé cómo puedan olvidarse de estas cosas quienes piensan en acrecentar un tanto la felicidad temporal de los hombres y disminuir sus desdichas.

¡Cuánto diera porque no se olvide a lo menos que el problema de la felicidad de los hombres es un problema de espíritu, incapaz por lo tanto de ser resuelto sino es por las vías del espíritu.

Esto hará comprender que hace mucho más por el bienestar del mundo quien procura el mejoramiento de costumbres que todos los buscadores de fórmulas para una transformación económica.

Bién están todos los discursos y todas las humanas exterioridades; pero es forzoso que se encaminen ellas al espíritu so pena de ser inútiles y también funestas. . . .

De aquí que lo que hay propiamente de real en nuestra condición; lo que está por de pronto fuera de toda duda, de toda discusión

## VERDADES QUE NO MUEREN

es que urge desarmar, aun antes que a las naciones, a la justicia divina.

Los cristianos tenemos para esto un medio (medio que tiene la historia el oficio de comprobarlo hasta el final de los siglos, ser propiamente el único de eficacia): las buenas obras y el voluntario sacrificio....



## Senderos de la Providencia

La vida más oscura, la más insignificante tiene en su fondo impenetrables misterios.

Nuestros ojos sin luz pueden llegar a divisar trechos más o menos cortos y aislados de este camino de la vida; más sólo Dios conoce plenamente la complicada trayectoria de cada uno de esos polvillos impalpables que se llaman «hombres».

Quizá sea el sentimiento de nuestra libertad, ciertamente verídico, pero también, por desgracia, más de una vez petulante; el sentimiento de nuestra libertad, de que estamos más que henchidos, lo que nos haga falsear el concepto integral de nuestra estadía sobre la tierra.

Nadie puede negar racionalmente que seamos libres. Pero sería también una candidez pensar que agote nuestra misión humana la actividad formalmente libre.

¿Libres? Sí. Pero además somos un instrumento en manos de la divina Providencia para el cumplimiento de sus ocultos designios; un instrumento valioso o insignificante ante los ojos de los hombres, pero, en todo caso, instrumento imprescindible, por voluntad divina, en el engranaje eterno del gobierno universal.

¡Oh! Y si acabáramos de persuadirnos que lo mejor de nuestro destino es precisamente intervenir en ese engranaje!

¡Paradoja insospechada! Los seres insertibles en la comedia valadí de los hombres siguen siendo indispensables ante la divina Providencia. Paradoja, y también gran consuelo para todos los pequeños. . . .!!

Pequeños he dicho? Aun me quedo corto. Todo hombre necesita, sea cualquiera su valía, afianzar su ánimo y entusiasmo por la vida más allá de los hombres, más allá de estas playas engañosas donde nace y muere cada instante la estima y desestima por los prójimos.

Esta sencilla convicción me lleva a compadecer a aquellos desventurados que, engañados por cierta escuela hoy tan en voga, pretenden mantener inmarcesible el presunto rosario de la vida, merced al yugo de meras consideraciones terrenas.

Francamente no pueden ser menos de insuficientes todas las consideraciones si falta la de la divina Providencia, y engaña miserablemente a la humanidad el escritor que no lo dice pronto y de un modo bien claro.

¡Mentira! Es una criminal mentira afirmar que se puede sentir largo tiempo entusiasmo por la vida, sin levantar los ojos al cielo y aceptar con alegría, o por lo menos con resignación el camino trazado en él para cada hombre.

Necesario es siempre levantar los ojos al cielo y acatar los divinos designios; pero aún lo es más necesario de tiempo en tiempo, cuando se anuncian en el horizonte las sombras de un involuntario fracaso. ¿A quién de los que se halle en casos semejantes no lo esforzará grandemente saber que suceda lo que suceda, si no falta es claro por nuestra parte, nunca somos seres fracasados en la economía universal de la divina Providencia?

## VERDADES QUE NO MUEREN

No cabe duda que nuestras excesivas pretenciones de seres libres nos perjudica tanto como pocas cosas pueden perjudicarnos en el mundo.

Conviniera recordar que nuestra pobre libertad no puede alterar el curso del pensamiento divino.

Evidentemente fuera menos inquieta nuestra vida si quisiéramos dejar de luchar en vano contra la fuerza que, sin quitarnos la libertad, tiene que conducir a todo el universo. Menos inquieta, si cesáramos de forcejear por no dejarnos conducir por los caminos que delineá la mano eternamente amiga, ora en el resplandor de los soles, ora en la lobreguez de las sombras impenetrables para la pobre razón. . . .

Está bien que trabajemos; mas, ¡ay de nosotros! la hora que olvidemos que en la médula de nuestro trabajo está palpitante el decreto de la divina Providencia que unas veces lo hace fructificar en el tiempo y otras, no; pero que, en todo caso, lo hace fecundo para el día de la eternidad.

Nadie puede reprobar sino alabar que intentemos escalar todas las cimas. Pero no es lícito olvidar que tras esas mismas cimas se

## VERDADES QUE NO MUEREN

oculta la mano del Poder Supremo que nos las acerca y nos hace coronar fácilmente; o, al contrario, nos las aleja y torna casi inaccesibles, siempre, eso sí, en preparación del final y definitivo engrandecimiento, a donde Dios gusta de levantarnos unas veces desde la espléndida figuración terrena, y otras veces desde la obscura y humillante vulgaridad.



## Bautismo de sangre

El mundo no conoce otro bautismo que el de la sangre y las lágrimas.

Un día tras otro día nuestras manos manchadas de pecado destilan tal negrura que la tierra fuera sólo un inmundo deshecho, si esa corriente purificadora no volviera cada vez a lavar su superficie.

En el transcurso de los siglos se han esforzado los hombres por limpiar esas manchas por todos los medios cómodos que podía sugerirles una imaginación compasiva. Pero la experiencia se ha encargado de demostrarnos que no gusta recurrir el Cielo sino a este único medio: el de la sangre y las lágrimas.

¡Sangre y lágrimas! ¡jugo sagrado uno y otro de la vida, vosotros que regenerais cada

instante el organismo habeis también de remozar de tiempo en tiempo la faz del planeta!

Diríamos que la economía actual de la divina Providencia se resume en esta frase: la vida como sanción de la vida.

La vida: los desafueros de la vida son la la mancha que oscurecen al mundo. ¿Pues he aquí que también la vida: las lágrimas y la sangre que son como la esencia de la vida, han de ser las que laven la tierra.

Es una cosa bien puesta en uso, y en verdad muy cómoda para quienes no tienen cuenta con la virtud de la sinceridad, echar las humanas miserias sobre las espaldas de la tierra, como echaban las suyas los judíos al macho cabrío de la expiación, y luego hablar de las faltas y pecados de esta tierra miserable, encogiéndose de hombros, cual si se tratara de un ser totalmente extraño con quien nada tuviéramos de común. ¿Quién no ha oído hablar a los mismos ladrones de las grandes injusticias de la tierra, y a los mismos lascivos de la corrupción general?

No es este el sentido en que hablo yo de la purificación de la tierra por la sangre y las lágrimas. Es a los hombres del mundo a quienes

me refiero cuando digo que el mundo está manchado. No quiero que nos excusemos con el fácil arbitrio de culpar a la tierra. Son los crímenes humanos los que atraen sobre la tierra las tempestades torrenciales de sangre y lágrimas que nos anegan cada día.

No se pretenda hallar un testimonio de inocencia personal en el hecho de que no se bañe al presente en la tierra la sangre de nuestra gente. Una familia formamos la humanidad entera ¿y no paga a veces en la familia un miembro cualquiera la culpa de toda ella?

El viento de la divina Providencia ha empujado hacia otros países los negros nubarrones. Lejos de aquí se desgalgan las tempestades sangrientas. Mas no es esto decir que no tengan que ver con ellas nada los charcos permanentes de nuestras iniquidades. . . .

Esto me parece ante todo lo que no se tiene en cuenta cuando se maldice tan rigurosamente la guerra, y no se sabe detestar el vicio; cuando se compadece las lágrimas de todos los inocentes, y se continúa perpetrando exactamente las mismas iniquidades que tarde o temprano, un tanto más lejos o más cerca vuelven a desencadenar la misma corriente de sangre y lágrimas.

No sé hasta que punto sean sinceras las declamaciones de los hombres contra las guerras actuales. Pero sí es evidente que no son todo lo eficaces que pudieran ser. Por lo menos no cabe duda que lo hicieran mejor si por cada maldición a la guerra realizaran un acto de caridad, y por cada protesta por la violación de algún derecho hicieran de nuevo otro acto de caridad.

Se debiera recordar que así como las guerras son efectos más o menos remotos de un conjunto general de injusticias, así también la paz es el efecto más o menos remoto de un conjunto de actos de justicia y caridad.

Pues si todos hemos tenido parte en las guerras con nuestras injusticias, no podemos así mismo cooperar por la paz sino con nuestras justicias y caridades.

Entre tanto conviene no olvidar el precepto terriblemente irónico de Cristo: quien esté limpio de pecado arroje la primera piedra.....

Precepto que al propósito pudiéramos traducir diciendo: quien con sus crímenes no sea culpable en algún modo, de esta guerra ya puede apedrear a todos los beligerantes.....

La memoria de este viejo precepto quizá

*VERDADES QUE NO MUEREN*

acallara un tanto la algarabía de las discusiones y las censuras, y tiñera nuestro rostro, ya no con el rojo encendido de la cólera y el encono, sino con el rubor de sentirse víctima de una inveterada hipocresía. . . .



## Pechos vacíos

No es verdad que el tormento actual del mundo sea el tormento del hambre. No es verdad que el gemido desgarrador que se levanta del oleaje embravecido de los pueblos lo produzca la mengua de dinero. No es verdad que tantas lágrimas sean el rito fúnebre por las vidas sin cuento que troncha la muerte. No es verdad, porque nunca han sido los hombres tan viles que se dejen abatir por la exigencia de una función vegetativa, o por la escasez de un metal despreciable o por el cumplimiento prematuro de la ley ineludible de la disociación de los humanos elementos.

Ya sé que, si interrogais a la multitud doliente el origen de sus infortunios, os responderá diciendo ser el hambre, la pobreza o el espectáculo aterrador de tantas tumbas -Pero no creais. No podeis en esto darle crédi

## VERDADES QUE NO MUEREN

to, porque no os puede decir la verdad. La causa verdadera es indiscutiblemente algo más grave y más recóndito; algo que engendra recelo declararlo y es costumbre encubrirlo bajo una razón cualquiera. . . . . Adivináis? La causa es la penuria lamentable de amor verdadero. . . .

Esos descontentos que transitan a centenares por las calles, más que famélicos o indigentes me parecen miserables desheredados del amor.

Mi imaginación los ve simbolizados no por cierto, en un rostro macilento o abatido que implora socorro, sino en una faz hozcamente exasperada que hace presumir un pecho vacío. . . .

Doctrinas malignas, injusticias sociales, poca virtud, todo ha contribuido a la obra bien ingrata de persuadir a aquellos desventurados de que no hay para ellos cariño en el mundo.

En este pensamiento me afianza el hecho de que la cualidad característica de esa legión de desgraciados que uno encuentra donde quiera es principalmente el odio, el odio que no nace sino en la ausencia del amor. . . .

No hay en el siglo actual persona cons-

ciente que no sepa poco o mucho de la gravedad de ese problema que ha dado en ser llamado, por antonomacia, social. Pero fácilmente se comprenderá ser él más grave de lo que aparece si se piensa que tiene su origen en la terrible añoranza de amor verdadero...

Creo que esta idea sobre el origen del problema ha de servir grandemente para barruntar el camino de su solución; porque, si es el convencimiento de una clase de la humanidad de ser despreciada y desamada lo que ha causado el gigantesco conflicto de la sociedad, está evidente que sólo una nueva convicción, es a saber: la de ser otra vez amada, será capaz de poner fin al conflicto.

Esto hace que para la salud del mundo, hoy, como siempre, valga más una sonrisa que una moneda; más la palabra cordial que la ayuda económica; más, mucho más, la mirada cariñosa que la promesa de toda una fortuna.

No niego que es improrrogable el deber social de asegurar a los hombres abundancia de pan; más, para la total solución del problema, es menester que ese pan sea sólo uno de los testimonios del renacimiento del amor....

## VERDADES QUE NO MUEREN

Todas las dádivas, sino tienen este carácter, quizá lo recrudezcan antes que resolverlo. Sin quizá, el mendrugo que se arroje sin amor a los mendigos jamás podrá acabar con esa hambre horrible que, más que a los cuerpos, pertenece a las almas. . . .

Acabo de decir que la idea sobre el origen del problema ha de servir para barruntar el camino de su solución. Hay que añadir que esta misma idea dará a entender a los pobres e impotentes que esa solución no es incumbencia solamente de los ricos y poderosos. Nadie puede cruzarse de brazos ante el espectáculo triste de centenares de hombres desgraciados, porque nadie es incapaz de llevar un poco de amor, y ya hemos dicho que lo que piden ellos ante todo es precisamente un poco de amor.

Tanto más que, tras ese problema, hay una común amenaza. Problema es este, ya lo he dicho, de odio, y no olvide ninguno que jamás se han resuelto en el mundo los problemas de esta índole sino es por el amor o por la sangre. . . .

Los cristianos podemos ver en esto todavía algo más solemne, y es: que el problema actual, como todos los que han conmovido los

siglos, es un testimonio más de nuestra vieja tesis de que todas las humanas miserias llaman con insistencia a Cristo.

Los miserables de nuestra edad piden amor, y es bien sabido que sólo la sacrosanta Religión del Cristo es por esencia ese amor.



## Esta guerra . . . .

Esta guerra no es nuestra. Esta guerra no es nuestra. No tiene el Cristianismo la culpa de esta guerra.

He aquí la declaración que todo cristiano se hace a sí mismo en el retiro de su conciencia, y la declaración también que hace al mundo la Iglesia en la liturgia.

Por lo menos, este es el sentido espontáneo que toma actualmente la palabra dos veces milenaria de Cristo resurrecto: "pax vobis".

La Iglesia no ha mudado su conducta en medio del fragor de esta guerra, ni tampoco ha alterado en nada el ritmo solemne de su vida, y hoy, como en los días de bonanza, no ha dejado de exclamar, al conmemorar la victoria del Crucificado, el antiguo saludo pascual: "haya paz para vosotros".

Pero esta palabra dicha en pleno campo de batalla del mundo, coreada por el estampido de las bombas y el retumbar de los cañones, no puede menos de ser una solemne protesta de la inocencia de la Iglesia y un reto al poder miserable de los hombres; porque ahora, como en todos los tiempos, mientras el Vencedor de la muerte no vuelva a manifestarse en el cenáculo de esta nueva Jerusalén deicida, y pronuncie la palabra salvadora "pax vobis", ya pueden seguir llamando a la paz todos los políticos de la humanidad; que a su requerimiento no contestará sino el alarido de los moribundos y el sordo aleteo de la muerte. . . .

Esta guerra no es nuestra. Mas, no creáis que está por eso fuera de la esfera del gobierno de Cristo. ¿No recibió acaso Jesucristo el dominio de toda criatura?

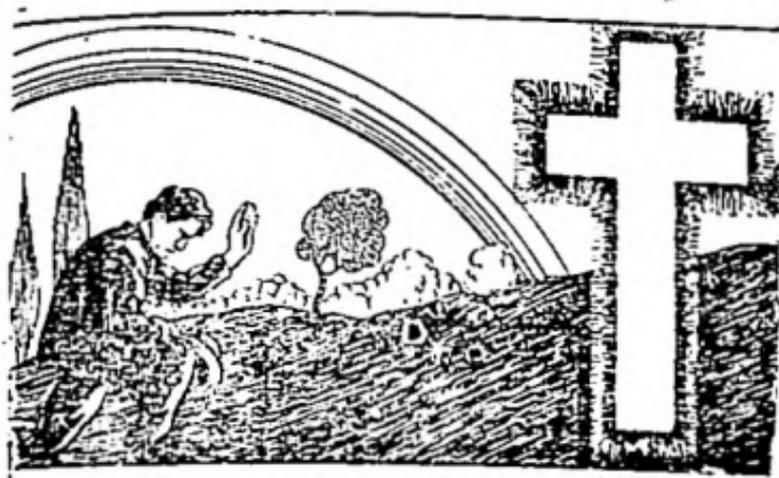
Y he aquí que hay en el Evangelio otra palabra que puede explicar muy bien, dentro de la política de Cristo, la guerra de esta hora; oídla: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Yo os pregunto, ¿cómo puede haber paz para los hombres en la tierra, si no hay al pre-

sente gloria (la que nosotros tenemos que darle) para Dios en las alturas?

La tierra está pendiente de las alturas de los Cielos. De la tierra ha de subir al Dios de las alturas gloria, para que de las alturas descienda a los hombres de la tierra paz. Hoy se ha puesto la condición contraria; hoy sube a las alturas principalmente el clamor de la indiferencia, la ironía y el sarcasmo infernales, ¿no estaba ya previsto que había de bajar a los hombres el fuego de la guerra?

Esta guerra cristianos, no es nuestra. Pero, según lo antedicho, nosotros podemos más que las ayudas, las alianzas y los ejes, hacer que ella termine. Nosotros podemos alabar a Dios por todos los que le vituperan, y elevar un clamor de bendición al cielo más vigoroso que el griterío de los que le maldicen. Podemos congregarnos todos los discípulos con tanta caridad, que se mueva Jesucristo a manifestarnos, como a los discípulos de aquel tiempo, el gran poder de sus manos y pies traspasados y haga oír finalmente en medio del horrendo fragor del combate su verbo salvador: "pax vobis".



## Paz . . . .

Desde el fondo de todo lo que existe se levanta, como ola rugiente de un mar embravecido, un clamor formidable que dice: paz!

Paz piden la caridad y la justicia suplantadas actualmente por el odio y la falsía. Paz piden las ciencias y las artes detenidas en su curso por aluviones de fuego. Y hasta los montes blanqueados con los huesos de tantos cadáveres, y hasta el ambiente rasgado a cada instante por el filo acerado de los proyectiles, y la serie de todas las cosas sin vida, turbadas en su silencio por el estertor de los inocentes que abate la guerra, parecen insistentemente clamar pidiendo paz. Lo extraordinario es que aun los hombres, tan amigos en todo tiempo de la guerra, vuelven a prestar su atención a esta vieja idea de la paz.

## VERDADES QUE NO MUEREN

La rutina de los días y el hábito de lo convencional y ficticio había embotado el gusto por las cosas naturalmente bellas, y casi se ignoraba ya el encanto del que vive su vida con menos esplendor, es cierto, pero también sin muchos cuidados de los ataques alevosos de su prójimo. Hoy se comienza a añorar ese don del Cielo, tan poco agradecido....

El mundo parece orientarse definitivamente hacia el conocimiento de que, más que todas las ambiciones de todos los grandes jamás ni en parte notable cumplidas, vale un poco de paz. Conclusión, por cierto, ésta muy trivial, y sin embargo excesivamente costosa. Torrentes de sangre corren por la tierra desde hace centenares de años y correrán todavía, como precio de esta pobre verdad.

¡Oh! ¡Y que esta verdad que debía ser punto de partida de nuestra jornada venga a tener la apariencia de una conquista! !

¡Qué triste es pensar en el gran desperdicio de lo mejor de las humanas energías! Porque no es que ha trabajado y llorado tanto la humanidad por los obstáculos que tenga el camino de la felicidad, sino mejor por las dolorosas excursiones que ha emprendido ella en todo tiempo hacia los caminos de la desgracia,

para concluir, al cabo de tanto desasosiego, por vislumbrar y eso no del todo claramente, dónde comienza el camino verdadero de la felicidad. . . .

Hoy estamos privados del primero de los bienes. El tronar general de los cañones nos certifica que hemos perdido hasta la última apariencia de esa paz, que en realidad estaba ya perdida mucho tiempo antes, es a saber: cuando se perdió el imperio de la justicia y la caridad.

Misión del cristiano es aprovechar de este flajelo y dirigir esa añoranza de la paz de que hablábamos. No sea que nos contentemos con aspirar al silenciamiento de las armas de acero mientras continúe a sus anchas vomitando fuego la rebeldía de las almas.

La paz verdadera no es sino una dulce irradiación del orden, y orden no hay en el mundo sin el imperio de la justicia y la caridad.

Sepa pues la humanidad que su anhelo de paz para ser sincero ha de ser anhelo de justicia y anhelo de caridad. Definitivamente no es concebible otra añoranza de paz que la que nos lleva otra vez a postrarnos delante de la Cruz. . . .



## Dementes . . . .

Existe una locura en el orden sobrenatural, no menos locura, ni menos desgracia que esa que sepulta a los hombres entre las paredes de los manicomios. . . .

Locos son estos que discurren por las calles libremente; que conviven con sus prójimos sin que nadie los tema, ni haya pensado, ni por asomo, en la necesidad de recluirlos. ¡ Raros dementes que piensan, sienten, hablan, y hasta de ordinario obran como seres racionales !

Sin embargo hay que llamarlos en todo rigor dementes. Y es lo extraordinario del caso que lo son precisamente porque piensan, sienten, hablan y proceden nada más que como racionales.

Los reclusos de los manicomios no han merecido ese lugar sino por no hacer uso de

su facultad suprema; porque ya no les alumbraba la luz de la razón. En lo demás no se diferencian en gran cosa de los cuerdos: vegetan como estos, y usan de sus sentidos poco más o menos también como los cuerdos. Una vez más, sólo son locos porque no pueden ya valerse de la suprema facultad en el orden puramente humano.

De modo exactamente igual, los malos cristianos, los cristianos tan sólo de nombre, y meros hombres en sus sentimientos, en sus pensamientos en sus dilecciones, tienen que llamarse locos, locos en todo el rigor de la palabra, ya que tampoco estos se sirven de lo que hace las veces de suprema facultad en el cristiano, es a saber: de la fe.

El hombre privado del uso de la razón y el cristiano que no vive de su fe son exactamente dos cosas iguales.

He hablado hasta aquí, para expresar mejor mi pensamiento, del puro hombre en contraposición al cristiano. Pero no se vaya a entender esta distinción como la de dos realidades separables.

De hecho, no hay sino una sola realidad; el hombre, fiel o infiel a este divino llama-

## VERDADES QUE NO MUEREN

miento; el hombre cuerdo o demente en el orden sobrenatural.

Será bueno tener en cuenta que, a título precisamente de este llamamiento, todo lo que prescinde de la fe, por mucho que aparente, viene escaso para la humana medida; es cosa baladí para su capacidad sublimada; vergüenza para su carácter de grandeza.

Gran desgracia es evidentemente esta locura de que venimos hablando; pero sin duda la nota más triste de esta desgracia es el tinte de soledad en que debe aparecer teñido, al faltar la fe, todo el universo.

Sabemos de sobra que las criaturas juntas, a pesar de sus apariencias gigantescas, no son capaces de llenar cumplidamente un palmo del planeta. Me aterroriza, según esto, pensar en la funesta soledad en que se convertirá toda la tierra cuando para llenarla hay, en derredor, sólo creaturas. Me aterroriza pensar el desierto en que han sentado sus tiendas esos nuevos dementes que no viven más vida que la de sus facultades naturales.

Es que sólo Dios puede henchir los espacios, y nadie más que el que cree puede sentirlos henchidos. La fe la que barrunta caminos de luz donde la razón nos muestra abis-

mos. Es la fe la que corta una flor donde la razón halla un erial. Es la fe, el eterno rey de Oriente que divisa una estrella en medio de la noche; distingue claramente las sombras milagrosas de las sombras ordinarias, y adivina a Cristo a través de las vallas de un pesebre miserable.

¿Te extraña acaso, buen lector, lo que acabo de decir?

Sea lo que quiera, lo que no puede dejar de maravillarte es que esta locura es precisamente la que tilda de locura, desde los tiempos de Saulo, a la doctrina de la Cruz. . . . Lo que tiene que maravillar y entristecerte además es que esa rara demencia de los que creen se vaya constituyendo poco a poco, con la cooperación de los mismos cristianos, en el vez que falla inapelablemente en todas las causas. . . .



## Libertad . . . . .

Parece que en los tiempos que corren no pudieran adoptar los hombres sino dos actitudes frente a la libertad: o embriagarse hasta la inconsciencia o sentir de ella sed hasta la agonía.

Hemos sido tanto tiempo esclavos, que se reputa un crimen el hecho sólo de pensar en la posibilidad de volver a serlo. . . .

Sin embargo, al filósofo que contemple la situación actual del mundo desde su rincón incontaminado de intereses terrestres es bien probable que le acometa, ante el espectáculo de millares de hombres que ovacionan con frenesí a la libertad, un ímpetu incontenible de gritar: ¡qué! ¿es verdad que todavía hay libres en el mundo?

Vieja cuestión es ésta de la libertad, vie-

ja como la que más. Pero francamente nadie podrá convencernos de que su excesiva vejez basta para abonar el prurito hoy en boga de hablar de ella sin haberse tomado jamás el trabajo de entenderla.

Todos hemos visto cómo, para muchos, tener libertad es sinónimo de tener los pies expeditos para ir a un espectáculo; los brazos desembarazados para cruzárselos, y los labios sin obstáculo para mascullar todo cuanto puede ocurrírsele a una imaginación desenfrenada. . . .

Hasta creo que no falta quien conciba la libertad como la facultad de poder conducir el carro de su destino hacia el despeñadero de la desgracia.

Lo peor del caso es que resulta casi imposible hacer comprender a la mayoría de estos predicadores de la libertad calumniada que la libertad verdadera tiene por fuerza que ser un poder de hacer el bien, so pena de convertirse inevitablemente en una solemne mentira; y supuesto que sea lo primero, que no sólo la repugnante violencia de la fuerza, sino también la engañosa caricia del dinero o la seducción disimulada del placer pueden aca-

rrearnos tarde o temprano la desgracia de la esclavitud.

Si alguno quisiera negar la veracidad del dilema arriba apuntado, si alguno pretende incluir en la esencia de la libertad también el poder de hacer el mal, he de confesar sinceramente que no comprendo en ese caso el regocijo de los pueblos que se sienten libres, y menos aun, la actitud lastimera y suplicante de aquellos que nos cuentan, entre lágrimas, que carecen de libertad.

¡Qué! ¿Será digno de la humana grandeza alegrarse del poder de la maldad? ¿Digno de la humana grandeza reclamar llorando este mismo poder cuando se lo tiene por perdido?

Nunca será demás repetir, en las circunstancias actuales del mundo en que la libertad es la línea divisoria de los hombres y pueblos desgraciados y los hombres y pueblos venturosos, que un concepto falso de esa misma libertad pueda hacer despreciables a los primeros y ridículos a los segundos.

Hay otra cosa bien importante en este asunto, que sería criminal no decirlo: el mundo, en realidad de verdad, se ha aprovechado muy poco de su libertad. Ojalá las angustias

actuales de su pérdida o el temor de perderla estimulen a la humanidad a tratar de aprovecharla un tanto más.

Es preciso saber definitivamente que la libertad por si sola no es un título que nos haga acreedores a la gratitud de los hombres; es el recto uso de la libertad; es la práctica (la actualización decimos nosotros) de esa facultad de hacer el bien lo que puede hacernos grandes en el tiempo y en la eternidad.

Y será bien que lo mediten esto aquellos que parecen alegar la libertad como un timbre cumplido de gloria, cuando de hecho no es sino una condición previa, y mejor, el ambiente propicio para todas las aptitudes, mientras sobrevenga el día esperado, más allá del tiempo, en que alcanzemos la inefable y deleitosa necesidad de empeñarnos en el bien...

Entre tanto conviene no perder de vista que, durante las sombras temporales, el hombre libre y nada más que libre, sólo representa el valor de la semilla de una grandeza inminente



## ¿Hacia el fin? . . . ?

Un reino contra otro Reino. Una Nación en lucha contra otra Nación. ¿Estamos acaso ya al fin de los tiempos?

Cada uno de vosotros, queridos lectores, puede responder en parte a esta pregunta auscultando su propio corazón. El índice cristiano capaz de indicarnos si hemos llegado o no al fin, es el grado de caridad que actualmente anime a los hombres. Al término de los siglos debe sobrevenir un enfriamiento general de la caridad. Por eso os digo que cada uno de vosotros puede en parte responder a esa pregunta.

Para saber con mayor seguridad si nos acercamos al final de la gran comedia universal, mire cada uno si está o no apagado ya en su pecho el fuego de la caridad.

Sólo la caridad, sólo este amor sobrenatural a Dios y a las criaturas en Dios, es la razón de ser del universo.

Si todavía no se derrumba esta máquina ingente, es porque aun asciende de ella el suficiente perfume de caridad, que aplaque al Dios vilipendiado por los pecadores.

Cuando parezca extinguirse la caridad en el mundo, estará por demás la existencia del mundo, y será el fin.

¿Para que se quiere en una mesa una flor sin tintes ni perfume?, ¿y para qué quiere Dios el universo que no ame ya a Dios? Toda criatura vino al ser por el amor con que el Señor quiso distinguirla. ¿Qué mucho que exija ahora el amor de las criaturas capaces de amarle, para conservar el universo?

¡Amor, amor! No queda más que amar a Dios si queremos que tarde aun, cuanto sea posible, el cataclismo postrero.

Toda la humanidad fija al presente su mirada en el odio desbastador del Continente Europeo, y se pregunta temerosa si acaso sean esas las últimas guerras que anunció Jesucristo.

Pero volvamos también los ojos sobre nuestras conciencias; y preguntémonos si son

éstas las conciencias heladas con la ausencia del sol de la caridad, que contemplaba tristemente el Profeta de Judea, al describir la venida del Juez.

Es ridículo y farisaico lavarnos las manos ante la próxima destrucción del mundo. ¿No hay acaso en nuestro Continente tanto desamor y odio como en el Continente Europeo, y no somos por lo tanto tan culpables nosotros, como los habitantes de Europa, de la destrucción que se avecina?

Nuestro odio mata hoy por hoy menos gente. Pero esto no arguye quizá que odiamos menos, sino que carezcamos de cañones.

Todo ese galimatías por lo tanto, de palabras injuriosas contra uno u otro bando de los que se asesinan en el Viejo Mundo, puede reemplazarse, con mayor fruto, con actos de caridad. Uno y otro bando, despreció prácticamente a Dios. Atacantes y atacados renegaron de Cristo, nada es de admirar lo que después ha sucedido.

En esto conocerán las gentes que sois mis discípulos, decía el Maestro, en que os amáis los unos a los otros. El recíproco de este principio tiene que ser también verdadero, y ya podemos saber que quedan muy po-

cos discípulos de Cristo allende los mares, cuando nos dan tantas muestras de que se odian, cuando son tales las guerras desencadenadas allá, que nos hacen temer sea ya llegado el fin de los tiempos.

Esta falta de caridad del Viejo Mundo exige mayor Caridad del Nuevo Mundo, para que no sufra mengua la cantidad total de caridad, que pide Dios del Universo, como condición de su existencia. Por cada acto de odio a Dios, nos incumbe a nosotros, americanos, emitir un acto más de amor a Dios; por cada atropello a nuestros hermanos, es forzoso que acrecentemos en un punto la estima a los hermanos; por cada negación de un derecho, de una conquista, de un ideal, urge que formulemos nosotros una afirmación rotunda y sincera del mismo derecho, de la misma conquista y del mismo ideal.

La conservación del mundo está hoy, en este sentido, en manos de nosotros, los americanos. Estamos por eso en la obligación de amar a Dios, cuanto sea posible para la conservación del universo.

En este aspecto si que no admite discusión que podemos rejuvenecer al mundo. El

*VERDADES QUE NO MUEREN*

mundo envejece, según Jesucristo, por el odio,  
y re remoja por la caridad.

¡Caridad, caridad! Americanos, amad pa-  
ra que salveis al mundo.



## Valor de la sangre

Siempre ha exigido Dios para sí mismo la ofrenda de lo que hay de más noble en el universo, como es la vida.

Desde los albores del mundo, no son los metales, ni las piedras preciosas, ni siquiera las flores y perfumes, sino lo viviente, el holocausto por antonomasia que pide Dios.

Aunque sea Señor de todo lo que existe, es más de su agrado que proclamemos su soberanía con la inmolación de la vida, y confesemos su nombre silenciando con nuestras propias manos una nota del concierto que forma lo animado.

Por eso inspiró el mismo Dios a nuestros primeros padres, que le ofrecieran hostias vivas para implorar sus gracias. Habían de sacrificar una vida para pedirle mercedes, y lo

## VERDADES QUE NO MUEREN

mismo para agradecerlas, y para implorar perdón por los pecados cometidos.

Y esto no es sólo propio de la Ley Antigua. Ahora, como entonces, la vida sigue siendo la víctima que reclama el Cielo. Aun más. En la Nueva Ley, el sacrificio de la vida es el único sacrificio agradable al Altísimo. La superioridad de la Nueva Ley sobre la Antigua consiste precisamente en esto; en que, al presente, Dios quiere y acepta únicamente la inmolación de la vida de Cristo.

El sacrificio de Cristo, tipo y figura de todos los sacrificios realizados desde el principio del mundo; el sacrificio de Cristo, el sacrificio infinito, perfecto y eterno: he ahí el sacrificio que llena la edad de la gracia, y ha dado valor, mediante la fe, a los sacrificios de animales de toda la edad de Moisés.

Pero en todo caso es la vida, la vida que se destruye y consume, la oblación que Dios pide de su universo. La vida es el eterno rescate de la deuda divina.

De aquí es que la sangre, que es como el jugo de la vida, fue, es y será la ofrenda necesaria del mundo a su Creador.

¡Sangre, sangre! Es indispensable la sangre para el culto de Dios; es indispensable la

sangre para la gracia y el perdón. Esas gotas calientes de grana, ese licor rubio como fuego líquido, es necesario para la salud del mundo.

Pablo pudo muy bien decir: «no hay perdón sin efusión de sangre».

Mas, no perdamos de vista que, si en la Nueva Ley no es acepto sino el holocausto de la vida de Cristo, no puede tampoco aplacar hoy a Dios sino la sangre de Cristo.

Por eso la sangre de Cristo es como el culto del N. Testamento. Ella salvó un día al mundo, y ella misma la regenera cada día. Si la humanidad persiste todavía, a pesar de sus infinitos pecados, que cada instante se levantan de la tierra, como voces que claman su aniquilamiento, es porque corre por ella el río que nace en el costado de Cristo, el cual pide, más fuertemente que todos los pecados del mundo, perdón para el hombre.

¡Oh! No existiera ya el mundo sin el Calvario y nuestros altares que aplaquen a Dios. Los políticos traman complicados sistemas; los filósofos fingen nuevas extravagantes teorías, y aún no faltan infatuados gobernantes que se glorían de tener en sus pobres manos los destinos de la tierra.

Sin embargo, sin embargo, más que toda esta vana y pretenciosa algarabía de los hombres, hace, por este planeta miserable, el desconocido sacerdote, que, todas las mañanas, ofrece al Padre el cáliz de la sangre de Cristo.

Dije hace un momento que la sangre de Cristo es como todo el culto del N. Testamento y es preciso llamar la atención sobre este pensamiento.

Que esto sea así queda probado con recordar que el sacrificio es, en cierta manera, todo el culto. Siendo pues la sangre de Cristo el único sacrificio de la Ley de gracia, es claro que esa sangre divina ha de constituir al presente como todo el culto del mundo.

De aquí es que todo lo santo de nuestra Religión tiene relación estrecha con la sangre de Cristo. Los sacramentos allá se enderezan: el Bautismo es la inmersión en esa sangre; la Confirmación es la unción también con esa sangre; el Matrimonio es el pacto sellado igualmente con la sangre de Cristo; la penitencia es la nueva inmersión en el sagrado líquido; la Eucaristía consiste precisamente en esta divina bebida; la Extrema unción se la administra con el óleo del costado abierto del Crucificado, y el Sacerdocio finalmen-

te no es sino el ministerio de la misma preciosa, divina sangre de Cristo.

A ella también tienen por meta y suprema mira los mandamientos, consejos, virtudes y dones. La razón es que todo esto se ordena a la Caridad, y no hay caridad, para los pobres que peregrinamos en cuerpos mortales, sino por la sangre de Cristo.

Ese hilo dorado, que nace de su pecho, es el que enlaza a la humanidad con su Dios.

No podemos llegar a Dios sino por Cristo, y no hay más vía para ir a Cristo que el río de su sangre.

Amo a Cristo, y a Cristo crucificado, sangrante en un patíbulo: es la única expresión integralmente verdadera de la Caridad del hombre regenerado.

Pero no hay que olvidar que, para que nos sea saludable este licor celestial, tenemos de alguna manera que hacerlo nuestro. Si para tener el precio infinito que tiene, es necesario que esa sangre sea la de un Dios hecho hombre, para que sea verdadero holocausto por nuestros pecados, es indispensable que nosotros, pobres pecadores, formemos una sola cosa con ese Dios-Hombre.

## VERDADES QUE NO MUEREN

De aquí la necesidad de incorporarnos a Cristo, de unirnos a él como miembros de un mismo cuerpo, por medio de la gracia. Sólo con esta condición será posible que el sacrificio de Cristo sea también sacrificio nuestro, y la Oblación del Hijo de Dios sea rescate del miserable hijo de Adán. Sólo estando íntimamente, estrechamente, inseparablemente unidos al Crucificado, es posible que la sangre de su pecho, abierto por la lanza, salpique a nuestro pecho, para lavarnos de sus pecados.

Ahora comprenderás plenamente, buen lector, todo lo que significa la comunión, esa comunión de que tanto hablamos.

Se trata, es claro, ante todo de la comunión eucarística con la sangre de Cristo, pero después de esto, también de la comunión mística con Jesucristo, en toda nuestra vida: en los pensamientos, en los deseos, las palabras y las obras.

Comunión quiere decir participación mutua, unión a otra cosa, como haciéndose parte de ella. Nosotros pues, para recibir todos los frutos de la sangre de Cristo, tenemos necesariamente que comunicar con la sangre de Cristo, disolvernos continuamente en ella hasta identificarnos en cierta manera con Cristo.

Esta es la única forma de hacer fructuosa esta sangre, aun más, ésta es la única forma de evitar que nos sea desastroza.

En la escena criminal de la condenación de Cristo, el pueblo judío pronunció, a voz en cuello, una sentencia que tendrá eternamente su cumplimiento en todas las Naciones del mundo: «su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Pues la sangre de Cristo tendrá necesariamente que caer sobre nuestras cabezas, pero de nosotros depende que caiga como maldición o como bendición; de nosotros depende que descienda como una lluvia de flores o como un fuego abrasador.

El rito principal de la Ley de Moisés para consagrar los altares y ordenar sacerdotes y bendicir con solemnidad al pueblo, era rociarlo con sangre de la víctima. Esa víctima era una figura de la Víctima del Gólgota: pero lo demás es lo mismo: hoy también la bendición más auténtica, la bendición que obra por sí misma, se la da con sangre.

Un día dijo Dios a los hijos de Israel, oprimidos por los egipcios: mojad las puertas de vuestros hogares con la sangre del cordero pascual: porque únicamente al ver huella de sangre, pasará adelante el ángel exterminador

de los malvados. Este mismo aviso está dado a todo hombre. El ángel exterminador se acerca a nuestras puertas para ser el balance definitivo de los hombres. Puede llegar hoy mismo; puede llegar mañana; mas ninguno puede dudar de su llegada, porque él es compañero de la muerte, que no faltará a nadie. Lo que importa es que rociemos profundamente nuestro ser con la sangre del cordero immaculado: que pensamientos, obras y deseos ostenten esa mancha rojiza de los amigos del Dios de Israel: que nuestra pobre pecadora alma se tiña con la sangre de Cristo, para que pase adelante el ángel del exterminio.

Ya se comprenderá que esto que acabo de decir no es una mera alegoría, ni figura literaria alguna. Como suenan las palabras, tenemos que teñir nuestro interior con la sangre, real y verdadera, guardada en los tabernáculos; precavernos del castigo de los egipcios, con la señal eucarística. No hay otra garantía de salvación y vida eterna. Sólo del cuerpo y sangre de Cristo canta la Iglesia: «esta es la prenda de la gloria futura».

La misma voz que oyó Moisés, la víspera del castigo egipcio, se deja oír hoy de todo espíritu. Es ahora la voz divinamente potente

que se levanta desde los tabernáculos. Es la voz de la misma sangre de Cristo: aquella que tantas veces suplicó San Pablo a sus fieles que la escucharan, la voz que nos está recordando lo que significa esa sangre, es a saber: el establecimiento de la nueva y eterna alianza entre Dios y la humanidad.

Donde quiera que se celebre una misa vuelve Jesús a recordar por labios del sacerdote, ese pacto sagrado, sellado en la Cruz.

Este es el cáliz de mi sangre, misterio de fe del Nuevo y Eterno Testamento; este es el cáliz de mi sangre, misterio de fe del Nuevo y Eterno Testamento»: repetimos los sacerdotes en toda la faz de la tierra, con una insistencia que tiene carácter de amenaza a todos los remisos.

Esta frase que repetimos se parece a aquella otra de fuego de la misma Escritura: «la sangre de tu hermano me clama desde la tierra». Es verdad que la sangre de este nuevo Abel, de este nuevo hermano nuestro, que es Jesucristo, lo que pide desde la tierra es perdón y misericordia, pero ¿quién no sabe que el reverso de la misericordia despreciada es la justicia más terrible?

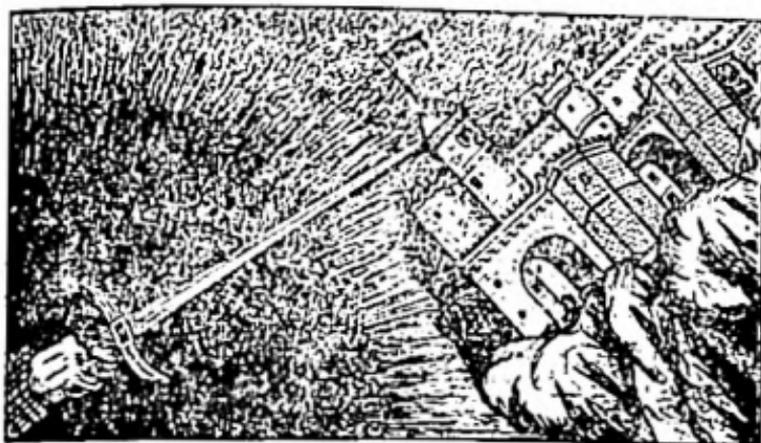
La sangre de Cristo dije que ha de ser

## VERDADES QUE NO MUEREN

nuestra salud o perdición, no nos queda otra cosa que declarar, con una vida ejemplar, que somos inocentes de la sangre de este Justo. Inocentes de la sangre de este justo, no por cierto con la estupidez del Pilatos del Evangelio, que se golpea el pecho y perpetra la iniquidad, se lava las manos y condena al Justo, sino con la humildad del buen ladrón, que salpicado con la púrpura del corazón de Cristo, grita desde el fondo de su espíritu: «acuérdate de mí cuando te halles en tu Reino».

# ESPEJISMOS





## Fragilidad de la fuerza. . . .

Me obsesiona una idea que no dudo hiciera bastante bien a los hombres si quisieran ellos, no sólo repetirla con los labios, sino también sentirla en su interior: es la idea de que la naturaleza es como un organismo perfecto que destruye sin cesar lo que no sintoniza con sus tendencias genuinamente espontáneas.

Las obras que contradicen radicalmente a esas tendencias pueden deslumbrar un momento con el brillo de una robustez aparente; mas quien las examina despacio puede descubrir en ellas el germen de la muerte.

No es la vida lo único que existe sobre la faz del universo; pero, al fin y al cabo, sólo la vida posee un principio de perpetua renovación capaz de contrarrestar victoriosa-

## VERDADES QUE NO MUEREN

mente a este germen de aniquilamiento latente en lo creado.

Lo que no es vida, ¿a dónde han de recurrir, en demanda de persistencia sino a la vida?

A ella han recurrido; de ella han bebido inmortalidad las obras valiosas que ha producido el genio siglo tras siglo.

Estamos tan familiarizados con la inmortalidad de esas obras, que es bien probable que la mayoría de los hombres abrigue la creencia de que ellas perduran por sí mismas, en virtud precisamente de su propia grandeza. En realidad no hay nada de eso. Su perpetuidad se debe a nosotros; a una vinculación entrañable con las aspiraciones genuinas de la vida.

Sed implacable de infinito; tendencia persistente hacia lo bueno; añoranza indecisa de la dicha; ensueños de grandeza; anhelo inmortal de verdad; afán convulsivo de verter en los signos del idioma los encantos de la naturaleza o las delicadezas del alma.....he aquí las irrupciones incontenibles de la vida con que parecen haberse identificado para siempre las obras renombradas; siendo cabal-

mente esta identificación el principio de su inmortalidad.

Una vez más. Sólo lo espontáneo camina serenamente hacia las playas de lo inmutable. Lo demás es preciso que se adhiera a él como condición imprescindible para librarse de la muerte.

Lo que acabo de decir pondrá ya en claro la causa propia de la caducidad de las violencias injustas que era el tema central de este artículo.

De intento he dicho violencias injustas, porque quiero prescindir ahora de las violencias justas, que en rigor no debieran llamarse violencias, cual es la violencia legalmente coercitiva y otras de esa laya que no contrarían a la ley de la vida.

Entiéndase pues de las violencias injustas cada vez que hablo de violencias sin otra especificación.

Con esta salvedad ya podemos afirmar que la escala de las cosas violentas es tan grande que coincide con la escala del pecado.

Talvez no todos reparan en que, así tomado, lo violento no viene a ser otra cosa que un mero aspecto del pecado.

El pecado tiene dos aspectos: es contra-

dicción a Dios, y además también contradicción al universo. Pues lo violento contempla preminentemente este último aspecto, el aspecto que lucha, que es dique (frágil por supuesto) que intercepta la corriente de la vida, y nota discordante en el concierto universal de la ley de amor que gobierna las cosas.

No tiene, según esto, nada de extraordinario que día tras día se derrumben tantas instituciones de los hombres, y en un espacio bien corto los monumentos destinados a perpetuar la memoria de una conquista se conviertan como por encanto en una señal de cementerio.

Ya sé que no estamos preparados, aunque hayamos vivido ya veinte siglos, para comprender plenamente la ley de inestabilidad de las obras cuyo fundamento es la violencia. Pero, es hora que acabemos de comprender siquiera lo efímero del edificio que se asienta sobre la nefasta soberanía de la fuerza. Por lo menos, por lo menos no debiera ya existir un solo hombre que crea todavía en la fuerza, sea ésta hipócritamente oculta o descaradamente manifiesta.

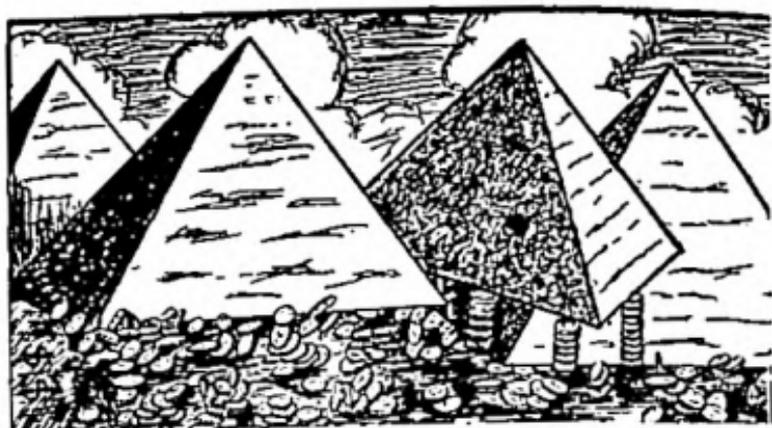
Es insufrible que después de tantos siglos de guerras y más guerras, continúe sucedien-

do todo como si de hecho no supiéramos nada de la filosofía de la violencia.

No hay para qué repetir ahora que puede haber, en determinadas circunstancias, guerras contenidas, siquiera en su origen, dentro de los límites de esa violencia lícita que había insinuado hace poco que no tocaría en este discurso.

Pero hayan nacido como quiera ¡cuán pocas son las guerras que no acaban en el consabido abuso de la fuerza!

Que triste es comprobar que tantos sacrificios de los pueblos no conducen sino a una nueva expectativa de los mismos horrosos sacrificios. . . .



## Sobre montones de oro . . .

Pirámides que se alzan sobre columnas de dinero. Pirámides, soberbias pirámides que se derrumban por la poca consistencia de las columnas del dinero. . . .! Sin embargo, no creáis que voy a hablaros sobre la fugacidad connatural a las obras que se asientan sobre la debilidad del oro. Ya he hablado sobre lo efímero de la violencia en un artículo titulado «fragilidad de la fuerza», y bastaría poner «influjo metálico» donde se lee «violencia de la fuerza», para decir cuanto creo hay que decir sobre ese aspecto del dinero.

Mi propósito al presente es discurrir acerca de una calamidad común, bien que en grado diverso, a todas las naciones; la calamidad de haberse establecido en el mundo, casi como una ley tiránica, el hecho de que ha de ser el oro la base obligada de cuanto quiere levantarse en la tierra sobre el nivel ordinario, y el

que se cuente entre las aventuras dignas de leyenda el caso, por cierto no muy frecuente, de que la escasez de oro no haya prohibido a un hombre ascender a la grandeza.

Nuestra flamante sociedad gusta enormemente de notar las aberraciones, reales o supuestas, de los hombres distantes de nosotros algunos centenares de años. ¡Con qué fruición saca a lucir el bastante generalizado convencionalismo medioeval de exigir, como condición previa a toda distinción, la calidad del nacimiento!

Lo curioso, y también muy triste, es comprobar que el trabajo de tantos siglos de cultura no parece a veces haber logrado otra cosa que cambiar de nombre o de color a las mismas injusticias.

Por lo menos en lo que respecta a la distinción entre pequeños y grandes no se necesita ser sabio para comprender que simplemente una forma de convencionalismo ha sustituido a otra forma del mismo convencionalismo.

Si no es esto, yo no sé que puedan enseñar esas dos series de escenas que se alternan sucesivamente dentro de la sociedad y la van dividiendo sin cesar en dos bandos irreconci-

liables. Ahora es un cualquiera, con o sin talento y vocación para grande, que gracias a un capricho del dinero, tiene posibilidad de asistir a las escuelas; que consigue de cualquier manera un título o grado; obtiene luego, como corolario de su grado, un matrimonio con una persona distinguida, y deja tras sí una descendencia distinguida así mismo por muchos años, si no es caso que se quiebre la frágil base de los montones de oro. . . . Ahora es un renuevo de rancia nobleza o es un hijo tan sólo del bajo pueblo; desheredados en todo caso de dones de fortuna; hombres pobres cuyos hijos, hasta las remotas generaciones, aprenden un oficio, so pena de morir de hambre, y casan con hijas del pueblo a título de menestrales, y dejan para un tiempo inmemorial una descendencia obscura. Salvo, eso sí, que también esta vez otro capricho de la fortuna venga de improviso a torcer el curso ordinario que sigue la pequeñez. . . .

Estoy hien lejos de defender con esto la absurda aspiración a una igualdad imposible en bienes de fortuna. Mi tesis es propiamente que no puede ser normal un estado de la sociedad en que no se garantice a todos los capacitados el acceso a la grandeza.

Tiene que haber hasta el ocaso de los días esos dos elementos de la humana armonía: grandes y pequeños; ricos y pobres; excelentes y mediocres. Pero no puedo resignarme a contemplar la descarada simonía de los valores terrenos.

No puedo creer que sea normal un estado de la sociedad en que se abran las puertas del honor y distinción al mágico retintín del oro, y permanezcan inexorablemente cerradas a todos los aldabazos del mérito intrínseco y la valía personal.

¿Qué alma sincera puede soportar el espectáculo de trivialidades que ascienden, aclamadas, por escalas de oro, y excelencias condenadas a permanecer siempre abajo por carecer de esas escalas?

¿Quién puede sufrir que continúe persistiendo la absurda proporción entre los lauros y los millones?

Al fin y al cabo, la sociedad no puede presentar otra justificación de su existencia sobre la tierra que el estar destinada a dar cabal cumplimiento a la vocación de los individuos. Mal cumple, por lo tanto su obligación primordial cualquier sociedad que haga poco o nada porque se realicen en los asociados los

divinos designios expresados más o menos claramente por las aptitudes personales.

No pudiera yo en un simple discurso ni siquiera insinuar someramente los caminos por donde puedan las sociedades corregir este hierro. Pero sí puedo una cosa, y era mi intento principal al escribir este artículo: reclamar a los grandes que reparen un tanto más en la última diferencia que los separa, en los tiempos actuales, de la generalidad de los pequeños.

Reclamo tanto más necesario cuanto más se ha generalizado el prurito absurdo de identificar totalmente el hecho de ser grande con la vocación, el derecho, los dotes y los recursos para llegar a ser grandes.

Siempre han tenido los grandes obligación de ser humildes; pero creo que nunca como ahora han abundado las razones para ser humildes. . . .

Bien pudiera que pocos o muchos de aquellos que vuelan en alas de la fama, lo tengan perfectamente merecido; pero una cosa es merecer la fama, y otra, y esto es lo único en que insisto, otra presumir excesivamente de la exclusividad en la grandeza.

Todo mi pensamiento pudiera quizá resumir en este sencillo imperativo: «cuidado, poseores sea justa o injustamente de todas las grandezas temporales, con despreciar a los pequeños. Entre vosotros, como en todos los estados tiene cumplimiento aquel viejo adagio: ni son todos los que están; ni están todos los que son. Tanto más que entre los que están y los muchos que no están media en los tiempos actuales, las más de las veces, sólo una diferencia de dinero; diferencia por cierto que no es para dar pie al desprecio a nadie.



## Insignias de grandeza . . .

Irremisiblemente toda corona tiene que ser en el mundo una corona de espinas, y todo cetro, una endeble caña. . . .

Soñad si queréis en las guirnaldas de flores o ramos de laureles, y en los cetros de oro fino tachonados de diamantes. No puedo ser tan cruel que me oponga a que soñéis. Lo único que os aviso es que no pueden alcanzar esos sueños lisonjeros realización en el tiempo

Si me decís que sois grandes, no os contradigo. Yo no os recrimino, si reclamáis una insignia que testifique ante los hombres vuestra peregrina grandeza. Mi insistencia no va más allá de esta simple insinuación, es a saber: que reflexionéis que la tierra no tiene para daros sino corona de espinas y cetros de caña. . . .

Desde las grandezas provisionales, como pudiéramos llamar a la riqueza y a aquellas otras que los hombres depositan en manos de otros hombres al constituirlos por tiempo limitado en sitial de autoridad, hasta las grandezas fundadas en los títulos más íntimos, no hay en el tiempo una excelencia que no tenga como reverso la figura del dolor. . . .

¿Recordáis el trágico y dos veces milenarrio cuadro del pretorio? ¡Un hombre ceñido la frente de corona de espinas, llevando en la mano un trozo de caña! Pero lo más notable es que esa actitud tan extraña, con que la estúpida soldadesca quiso simbolizar al rey de un pueblo vil ha sobrepasado el sarcástico intento de los tiranuelos romanos, y ha adquirido una significación tan trascendentalmente exacta que jamás pudieron soñar sus menguados cerebros. Hasta el fin de los tiempos, esa misma corona descansará sobre las sienes de cuantos merezcan el nombre de reyes de este pueblo también despreciable llamado humanidad, y la caña consagrada una vez por el tacto de la mano de Cristo, quedará en la tierra como emblema forzoso de toda forma de grandeza.

Esto debieran conocer no sólo los gran-

des sino también el vulgo, el anónimo vulgo, que ha soñado a través de las edades en ser él también grande; pero grande, no por redimirse de su pequeñez degradante sino por librarse del dolor que acompaña aun a la misma pequeñez. . . .

La grandeza no está desprovista, como no lo está ser alguno, del arma que la defiende de sus enemigos; teniendo en cuenta que sus enemigos no son otros que los indignos. Esa arma es precisamente el gran peso del dolor anexo a toda grandeza.

De propósito digo: el gran peso del dolor; porque nadie ignora que ya un poco de dolor hay incluso en todo don que pone el Cielo en mano de los hombres. Pero es necesario repetir que ese caudal de dolor no disminuye sino antes bien crece cuanto el don es mayor.

¿Cuándo se llegará al convencimiento de que la vocación a la grandeza de cualquier género que sea es vocación a un dolor extraordinario, y que el sacrificio es patrimonio no sólo de los que sirven sino también de los que imperan?

Reíos si queréis, de todo esto. A mi me basta que llegue a vosotros esa verdad aunque sea en medio de sonrisas de desprecio.

Por otra parte, bien reconozco que aquellos que no se persuaden de esta verdad no tienen del todo la culpa; pues ¡se ha hablado en el mundo tan poco, tan sumamente poco de este aspecto de la grandeza!

Mi convicción es que los intelectuales no hacen ni la mitad de lo que pudieran hacer por conjurar de las naciones la desgracia; pues, no hablan de muchas cosas que callarlas es un crimen.

El pueblo es en todas partes un elemento maleable. Luego la miseria nace principalmente del otro elemento de la sociedad; nace de la corrupción de los grandes, tomada esta palabra en toda su extensión como hasta aquí, corrupción que hay que atribuir, como a una de sus causas principales, a la falta de vocación a esa misma grandeza. Sabios, artistas, autoridades, ricos y demás grandes restantes que suben al monte del Señor sin ser llamados: he aquí una de las fuentes más fecundas de desgracias.

Bien está que declamemos contra todas las ambiciones cuando los males han llegado a consumarse; pero todavía sería mejor tratar de precaverlos hablando una y otra vez de este aspecto de la grandeza, con el fin de

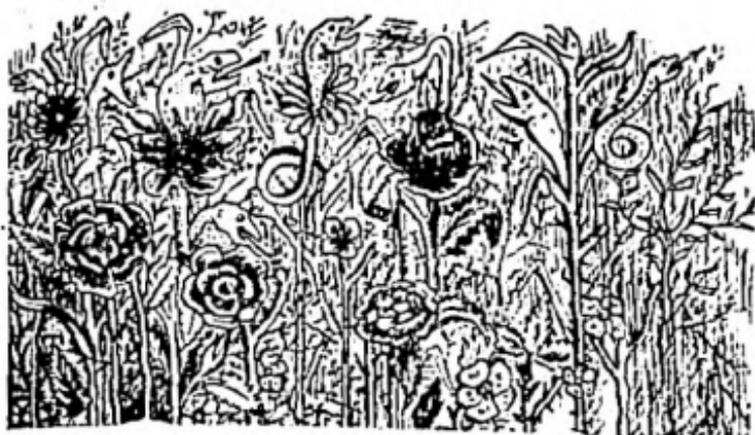
## VERDADES QUE NO MUEREN

que desistan los indignos hasta del deseo de aquello a que no están deputados.

Sin que queramos alejar de la grandeza a los elegidos; que en ellos se equilibran ya espontáneamente el amor a la grandeza y el amor al sacrificio.

Pues por eso termino precisamente repitiendo la insinuación del principio, es a saber: que si queréis una corona, la busquéis con el presupuesto de que no hay en la tierra sino coronas de espinas; que, si tenéis a bien, esperéis la gloria, pero sepáis, eso sí, de antemano que no llegará ella coronada de flores como la pinta la ignorancia, sino ceñida una guirnalda de espinas y empuñando con su diestra una caña endeble. . . .





## Flores engañosas . . .

Que seamos enemigos acérrimos de toda alegría, y no descubran nuestros ojos a través del encanto de la flor que sonrío sino las fauces ponzoñosas del mal que nos acecha?

Falso! Nadie mejor que los cristianos amigo de la alegría; nadie mejor que los cristianos amante de la naturaleza y sensible a los hechizos del arroyo que canta, la brisa que se queja, las estrellas que nos miran y los ojos que se perlan de lágrimas al golpe despiadado de las penas o la caricia inesperada de la dicha. . . .

¿Cómo no hemos de ser los cristianos accesibles a los encantos de las criaturas si sabemos cierto que son ellas hermanas nuestras, que Dios las trajo a la existencia para hacer compañía bienhechora a nuestro espíritu en la brega del tiempo?

## VERDADES QUE NO MUEREN

Ya la razón nos manifiesta suficientemente que somos centro del universo. Mas desde que nos lo dice también la fé, para nosotros los cristianos pasa a ser una verdad del todo indiscutible. ¿Y no es una conclusión bien legítima de esta verdad que cuanto aparece triste o alegre, o bello, o repugnante en las creaturas que conviven con nosotros, es por nosotros por que se muestran tristes o alegres, bellas o repugnantes? Si. Por nosotros llora la naturaleza que llora, y es también por nosotros por quien ríe la naturaleza que ríe. . . .

Pero uno es afirmar que amamos la naturaleza, y otro, decir que debemos precaver-nos de los engaños que se ocultan de ordinario entre los pliegues de esa misma naturaleza.

Bien que no son las cosas de culpar por esto sino nosotros: la inveterada malicia de los hombres que pervierten el destino de las cosas.

Buenas son las cosas en todo su ser; nuestro mal está en buscarlas en aquello que no son.

Es nuestra maldad, por lo mismo; son

nuestras manos las que ponen en las corolas de las rosas la ponzoña que nos daña. . . .

No está de sí el alcohol para embriagar a los hombres; no los perfumes para pasto de la vanidad; no los tintes delicados para la mentira del disfraz. . . .

¡Oh! ¡Qué difícil es en todo caso arrancar una rosa sin exponernos a ingerir un veneno.

La cautela en esto necesaria pudiera quizá reducirse a esta simple ley: no buscar ni esperar de las cosas sino aquello que pueden darnos.

Ya sé que a primera vista puede esto aparecer como un asunto bien fácil; más, bien mirado, se halla que pocos son, como él, difíciles. Para ello es necesario nada menos que poseer todas las virtudes.

Sólo es menester un poco de sinceridad para confesar que cada uno de nuestros vicios es un lente mentiroso que nos hizo ver lo que no hubo ni jamás podrá haber.

Sólo es menester un poco de sinceridad para sentir que gran parte de nuestras desdichas lo constituyen precisamente los recuerdos de los dolorosos desengaños de que está jalonada nuestra pobre existencia.

Dichas esperadas de donde no podían

venirnos; fidelidad exigida a la volubilidad hecha esencia; perduración atribuida al instante pasajero; fiestas presuntas que no llegaron nunca; minucias vulgares convertidas por la fantasía en grandezas sublimes; miserias brillantadas con el resplandor ficticio de la humana fama: ¿quién puede asegurarme que no sean de esta laya las más sangrantes de nuestras penas?

Y he decir una vez más que no tienen las cosas la culpa de estas penas. Nunca ha dicho el sol que no había de morirse cada tarde. No aseguró la primavera que duraría todo el año. Ni juraron los amigos que dejarían de ser hombres. . . . No se le ocurrió al dinero fingirse omnipotente. Ni siquiera ha mentido que era dios. . . . Es el hombre quien se deleita en soñar esos absurdos que los va después de un día reconociendo con dolor. . . .

Un bien nace de este desastre moral, y es: la necesidad imperiosa de admitir que la virtud no sólo es necesaria para el heroísmo de aquel que, en aras de un anhelo más doble desprecia los bienes caducos, sino que también es necesaria para el vulgo de la humanidad que quiere henchir su espíritu de ellos.

En definitiva, sólo los buenos, los que se empeñan de todas veras por aprender el camino de la felicidad eterna, aprenden, por el mismo caso, aprenden la ciencia de ser felices también al presente, en la medida que lo permiten las ligaduras de la tierra.

Sólo los buenos, en fin de cuentas, están en situación de cortar las flores de la vida sin que les puncen las espinas, ni les dañe un punto la ponzoña del mal....



## Sonidos vacíos . . . .

Los hombres están sembrando la tierra de mudos jeroglíficos. . . .

Mudos jeroglíficos, no son otra cosa nuestros vocablos más delicados, destituidos como han quedado, merced a la humana saña, de su propio sentido.

¡Nobleza, rectitud, libertad, optimismo, justicia. . . ! Todas estas hermosas palabras no sabemos ya, las más de las veces, qué signifiquen en los labios que las profieren. . . .

No sabemos de fijo su significado, porque con ellas se quiere expresar todas las cosas.

No podemos saber la acepción de nobleza, cuando nos hablan de ella, como de cosa propia, muchos ruines. No la acepción de libertad, puesto caso que acuden a ella a guisa de auto apología, los mismos opresores. Peor la de justicia, si nos consta que sus mejores defensores no son siempre los más justos. Aun

menos nos es dable penetrar en el tan repetido «optimismo», después de que ha pasado a ser recurso favorito de todos los fracasados...

Todavía sirven estos conceptos para arrancar infaliblemente un aplauso de la manera más barata y cómoda. Pero no puede esto ser un consuelo para nadie; bien al contrario, es un nuevo motivo de alarma. ¡Ay del mundo, si la belleza de la virtud, por ejemplo, no hace suspirar y golpearse el pecho a los viciosos sino sólo aplaudir!!

¿No sabéis que el espíritu de las palabras, el hálito divino que las vivifica, es la idea que ellas llevan a la mente de aquel que las escucha?

Pues bien, si la armonía de estas palabras soberanas, destinadas a evocar lo más noble que podemos imaginar sobre la tierra, no inspiran la vergüenza de ser malos sino el entusiasmo de tornar a escucharlas, bien podemos temer fundadamente que vayan quedando en nuestras manos sólo cadáveres de palabras....

¡Cadáveres de palabras, sonidos vacíos, jeroglíficos mudos....! ¡Qué desoladas ruinas de parte muy preciada de la humana heredad!

Ya sabíamos desde antes cómo eran ca-

paces los hombres de falsear y corromper las cualidades mejores. Nos constaba por la historia cómo puede transformarse tan fácilmente la bizarra bravura de los tiempos heroicos en la debilidad fanfarrona de los tiempos decadentes; cómo en un plazo muy breve la cortesía más refinada viene a parar en un amaneramiento extravagante: y cómo la elocuencia pasa a ser charlatanería; el mérito, vanidad; la ciencia, insubstancial galimatías; la virtud, hipócrita apariencia. Pero no hemos estado acostumbrados a contemplar una corrupción general de los mismos conceptos fundamentales de toda civilización.

Al fin y al cabo quien falsifica en su propia persona un valor cualquiera, es malo sólo él; en tanto que, al adulterar las mismas ideas, que son como las columnas del edificio del humano aprecio a lo noble y santo, pone al vulgo, que lo forma la mayoría, en condición de malearse calamitosamente.

¿Qué puede hacer la masa infortunada, si los que piensan y hablan trabucan del modo más criminal todos sus pensamientos y palabras?

Nadie ignora que los tiempos que corremos parecen destinados a dar en sí cabida a

todos los extremos tanto en el orden del bien como en el orden del mal. Pues en lo que respecta a las palabras, el extremo del perjuicio que podía inferírseles es precisamente éste: el de arrebatárseles su sentido legítimo, atribuyéndoles en cada caso el que mejor cuadre a los intereses del que habla. . . .

Ya se podía fundadamente esperar el desorden a que asistimos. Nunca se han resignado los mediocres a ser hallados cortos según la medida terrible de la razón inmutable, y se han dado mañas para alterarla siquiera hasta el punto que estuviere en sus manos. Hoy lo han hecho mejor; pues son tantos los empeñados en esa obra que han podido fácilmente ocultar esa medida debajo de abundancia de apariencias vacías. . . .

Lo único que han olvidado esos señores es lo efímero de su triunfo.

Nunca en el mundo ha durado mucho mentira alguna. Poco tenemos que esperar hasta que la verdad vuelva a lucir de nuevo, y la virtud torne a denominarse virtud; y la grandeza, grandeza; y la civilización, civilización. . . .



## Sembradores de espinas . . . .

Hombres que martirizan a los hombres? Sí. Mas no por eso es mi deseo atizar la hoguera, ya de sí muy viva, de las mortales venganzas.

Ni siquiera intento repetiros expreso el viejo precepto de la cristiana paciencia.

Mi tema puede reducirse a solas dos palabras: son pocos, si los hay, los enemigos verdaderos. La mayor parte de los que la ordinaria ligereza cuenta entre los tales, no lo son; o por lo menos, cabe disputar. Lo que si es cierto en esta materia, es: que pesa una ley bien dura sobre todos los hombres, respecto al dolor: la ley de que ha de ser cada uno el crisol ordinario donde se purifiquen los otros. . . .

No hay ser humano sobre la tierra que no mortifique alguna vez a sus prójimos.

Puede una persona ser todo lo inteligente que se quiera: puede ser un artista, un sabio, un héroe, puede ser hasta un santo; mas no por esto ha de ser excepción de esta regla penosa.

¡Mortificar a los prójimos! ¡Aun sin pretenderlo, sembrar de cardos la senda por donde transitan indefinidamente nuestros propios hermanos! encargo es este impuesto a todo mortal, casi excesivamente duro para creada flaqueza. . . .

No hablo, como se ve, de la malicia voluntaria, jamás ahita del dolor de los prójimos. Ya ello es demasiado manifiesto y demasiado asiduo para tener que recordarlo.

Lo que sí hay que recordar a la mayor parte de los hombres es este encargo anexo por la Providencia a la misma condición de hombres, el encargo de ser, sin quererlo, entendiéndose bien, sin quererlo, un manojo de espinas. . . .

Nunca dejaré de abrigar la esperanza de que este recuerdo amaine un tanto las tempestades de ira, siempre a punto de desencadenarse.

Quien dude de la existencia de esta ley que acabo de indicar no tiene sino que con-

vertir su memoria hacia los sucesos cotidianos que complican nuestra vida. ¡Cuántas veces offendimos a un prójimo cuando menos lo pensábamos! ¡Cuántas veces la palabra enderezada a su obsequio, abrió en su espíritu, con asombro nuestro, una herida incurable. . . .

La enseñanza de estos hechos es que no hay porque enojarse con el otro que, a pesar de sus cautelas, tiene la desgracia de parecernos repugnante. No hay por qué blasfemar contra el de más allá, si a pesar de su bondad, se muestra inútil. ¿Y por qué escribirle en nuestra lista negra al menguado que no alcanza a pensar cosas sublimes; al burdo que contesta torpemente; al rico que no ve razonable prestarnos su dinero; al superior que halla injusta una queja, o al cualquiera que se atribuye de buena fe el derecho de ser juez. . . . ?

Es cierto que todos aquellos amargan excesivamente la vida. Pero no tienen por eso culpa. Si nada ha hecho su voluntad para dañarnos, más que castigo por offendernos, merecen compasión por su impotencia, impotencia común a todos por cierto, en prevenir el dolor de sus prójimos.

No. Los hombres, lo mismo que las rosas,

no tienen siempre la culpa de las espinas que les circundan. . . .

Bueno sería además tener en cuenta que estas espinas arrojadas ante nosotros, sin voluntad, por los prójimos, forman parte de la porción de dolor entregada a cada hombre por las manos de Dios.

¿Quién ignora que cada mortal, así como tiene que hacer algo bien determinado en la vida, tiene que soportar también sobre sus hombros parte determinada del peso de la tribulación de la humanidad, necesaria para contravalancear, siquiera un tanto, el peso del pecado de esa misma humanidad?

Pues bien nunca mejor que cuando padecemos sin que intervenga la voluntad de un enemigo, podemos estar seguros de que es llegada la oportunidad de pagar nuestro tributo de dolor por el don de la vida. . . .

Esta palabra que me desagrada; esta persona que me repugna; este desprecio, ese contratiempo que vienen sin voluntad creada, por un choque imprevisto de circunstancias múltiples, al parecer, hasta por mera casualidad, pregunto yo: no nos traen nítidamente, sin que lo enturbien los humanos designios, el mensaje divino de la eternidad. . . . ?



## Dos coronas

Dos coronas germinan juntamente sobre el haz de la tierra: la corona del tiempo y la corona de la eternidad.

Mas no porque germinen juntas, su duración es la misma. Pueden ellas ciertamente aparecer una hora por igual lozanas. Pero el paso de los días se encarga de demostrar con claridad su profunda diferencia.

Todo lo que ha echado sus raíces en el tiempo es efímero y se carcome con el tiempo, y pocas cosas como la gloria mundana están del cielo para probar esa verdad.

Sí. La gloria mundana; la corone que coloca el mundo sobre sus elegidos imita en su existencia el ritmo del tiempo: ayer fue; hoy apenas es, ¿quién sabe si mañana acaso no será?

Y es que la gloria terrena se sustenta, y

esta es su desgracia, sobre los hombros de seres así mismo transitorios.

Diríamos que a cada recodo del camino acecha a la gloria terrena el olvido, y es el hombre, el pobre hombre quien ha de redimir la cada vez:

Pero aun fuera bastante si lograra identificarse siempre la duración de esta gloria con la duración de los hombres que la defienden del olvido. De ordinario no dura mas que el tiempo de un febril entusiasmo o una impresión pasajera; porque no es lo que más vale lo que recuerdan más los hombres sino mejor aquello que más fuertemente los impresiona.

En todo caso es tarea bien triste, meditada despacio, aquella de servir a la menguada gloria nacida en la tierra. Bien triste empeñarse en solicitar el recuerdo de quienes se nutren como de connatural alimento, del jugo del olvido. . . .

¡Oh! ¡Esperar de estos hombres que pasan apresuradamente por las calles empujados por la expectativa de un lucro pecuniario. Esperar de estos hombres que hojean sin descanso librajos de cifras en la cárcel de un Banco; esperar de los hombres que se atropellan sin cesar en los mercados de cosas cadu-

cas; de los hombres que gastan impacientes sus días en la tardía aparición de las mieses que han de llenar sus trojes; de los hombres ocupados totalmente en aniquilar sus enemigos y aprovechar de sus amigos; esperar de estos hombres la consagración de su memoria para inmortalizar a otros hombres. . . .!!

No es mucho que esta corona del tiempo necesite repararse diariamente, tras cada sol que agosta algunos de sus ramos y los echa a rodar por el suelo. . . .

¿Quién no recuerda a Napoleón quejándose descaradamente después de pocos días de uno de sus triunfos mas sonados estar ya raída su gloria y serle por demás urgente otro triunfo igualmente sonado?

¡Inquietud torturante, temor de perecer confundido con el vulgo!, puede esto, Dios mío, llamarse siquiera «la gloria»?

Si es esta verdadera, es fuerza que se presente ante el alma como un premio; no como un trabajo nuevo, ni un sobresalto que se sume a los demás para hacer más gravosa la malicia que tiene cada día.

Y he aquí como en definitiva, sólo la gloria eterna merece propiamente el nombre de

gloria. La otra es tan sólo una apariencia mentirosa de gloria.

Sólo la corona de la virtud es corona inmarcesible. Sus ramos no se secan con el sol, ni vuelan con el viento.

Es verdad que también esta corona germina en el tiempo, pero no echa sus raíces en el tiempo sino en los senos de la eternidad.

Fortuna es suya no tener cuenta con el recuerdo, ni el olvido de los hombres. La flor que estuvo ayer en esta corona, cuanto es de sí, está también hoy y lo estará mañana; porque es Dios ante quien nada sube de precio por ser más reciente, ni más impresionante, como tampoco se torna despreciable por ser más viejo o humilde; Dios quien teje esa corona con cada acto bueno, y la conserva fresca hasta el día de los días de cada hombre. . .



## Carácter

Hay en el mundo una palabra, sonora como pocas, de que se sirven los hombres para canonizar sus vicios y aun negar implícitamente su misma libertad. Esa palabra es el carácter.

Con decir que ese es su carácter cree el grosero y patán haber convertido su descortesía en una de las virtudes. Para el antojadizo y voluble está ganada la partida si logra convencer a los circunstantes que también su flaco tiene la explicación en su carácter, y el liviano, el irascible, el vanidoso, igual que todos los depravados de la tierra, pueden ya cruzarse de brazos con aire de plena satisfacción cuando se decidan ellos también a pronunciar la frase mágica «ese es mi carácter».

¡Oh! Francamente no comprendo la can-

didez de los procedimientos de la humanidad en su afán eterno de engañarse. Me explico que tengamos la debilidad de ser malos. Pero ¿cómo es posible que lleguemos a persuadirnos de que basta cambiar un nombre para forjarnos la ilusión de que hemos obtenido con ello una nueva realidad? ¿Cómo es posible de que nos avergoncemos de proclamarnos incorregible, irresponsablemente perversos, y no sintamos el menor rubor en defender nuestras deficiencias con el recurso del carácter? Porque en realidad en labios de todos estos farsantes no tiene más oficio el carácter que el de publicar como incorregible e irresponsable su propia maldad.

He dicho de propósito: «en labios de estos farsantes»; pues en sí mismo el carácter es cosa bien distinta; algo muy noble y estimable: una perfección humana que definiera bien diciendo: la valiente fidelidad en todos nuestros actos a los principios morales de conducta.

Perseverante fidelidad de la voluntad, por una parte, y auto-imposición, por otra, de normas honestas para la vida práctica: he aquí los dos constitutivos del carácter.

A quien falte uno de estos elementos hay

que calificarle hombre sin carácter. Hombre sin carácter el juguete de la versatilidad de las pasiones; hombre sin carácter el que renueva sus ideas y propósitos con la luz de cada día.

La masa ignorante del vulgo, como siempre, rigurosa con los pusilámines e indulgente con los altaneros, se ha solidarizado con los últimos llamándolos «hombres de carácter», mientras tilda sin empacho a los primeros de «hombres sin carácter».

La verdad es que todo vicioso merece este epíteto; absolutamente todo vicioso: desde el apocado que se queda culpablemente indeciso a cada lance de su vida, hasta el maniático que se aferra también culpablemente a un viejo prejuicio.

No cabe duda que es indispensable que se acreciente un tanto más la solicitud de la humanidad por el sentido íntimo de las palabras vulgares entre las cuales figura en primer término el carácter.

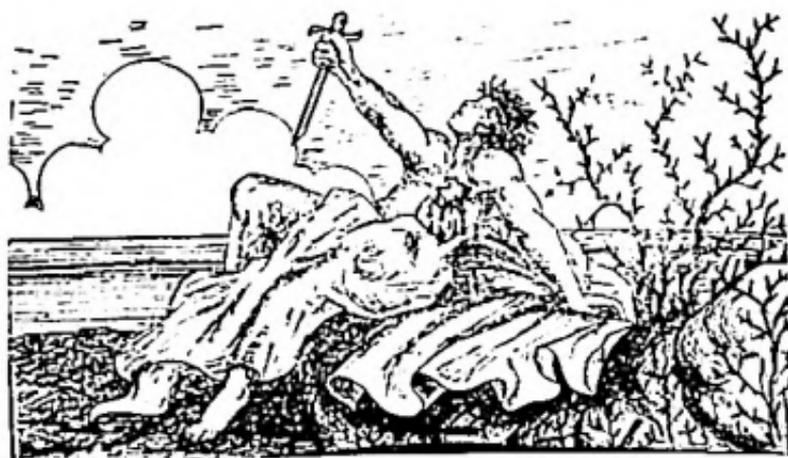
No sé hasta cuando acabaremos de persuadirnos de que no es hombre de carácter sino el hombre constantemente fiel a un noble ideal.

Quizá para merecer este dictado no nos

P. I G N A C I O M. U R Q U I Z O, O. P.

falte tanto un ideal cuanto la energía de la fidelidad. He aquí por qué nos incumbe ante todo excitar a la voluntad a seguir la ruta que nos muestra ese ángel humano que llamamos ideal. Allá, en las reconditeces de la conciencia oímos resonar con claridad su voz; en los sueños de la fantasía vemos erguirse constantemente su silueta; sólo nos falta que en los vericuetos de la vida sigamos sin desmayar a dirección que delinea su mano....





## Falacia del dolor . . .

No cabe duda que somos mucho más desgraciados de lo que Dios quiere que seamos.

Que ha repartido Dios el tesoro del dolor, tan valioso como el de sus dones, entre todas sus creaturas, es cosa bien evidente. Tampoco admite réplica que esté sembrada toda senda, en variada profusión, de espinas aceradas.

Pero es insufrible que se eche la culpa al cielo o a la tierra por toda espina que hiere, y se presuma infaliblemente una mano extraña tras todo puñal que lastima. . . .

Cuanto a mí, se decir que lo más triste de las humanas calamidades no son precisamente las calamidades sino el no estar los hombres bastante inocentes del advenimiento de ellas.

¡Qué hermoso sería, en medio de las má

fieras tempestades que amenazan anegarnos, como única explicación de todo, dirigir resignadamente los ojos al cielo, o señalar con cristiano estoicismo en el horizonte de nuestra vida el punto negro de la humana malicia...! Mas, por desgracia, sucede lo contrario. Son infinitas las veces en que hemos menester mirar hacia nuestro propio ser para dar con la causa verdadera de los padecimientos. Si. Somos nosotros los que nos arrojamos libre y espontáneamente en los brazos de la desgracia; nosotros mismos los que esparcimos en el camino las espinas que harán bien pronto sangrar nuestras plantas, y no es ajena la mano que empuña el puñal para traspasarnos el pecho....

Por esto es mi estribillo que somos más desgraciados, mucho más desgraciados de lo que Dios quiere que seamos.

Esta consideración me ha sugerido la angustiosa idea de que no somos de ordinario tan dignos de compasión como nos gusta aparecer.

He insinuado, a través de estos brevísimos artículos, varios de los absurdos convencionalismos que se han convertido poco a poco en el fondo común de recursos para tergi-

versar elegantemente el sentido genuino de la vida. Entre estos ridículos embustes creo que hay también que contar el talante conmovedor y gesto lastimero de esos mártires fingidos que uno encuentra donde quiera.

¡Oh! ¡Y cuántos de aquellos que andan por el mundo publicando el rigor de la suerte no son sino calumniadores de la divina Providencia que encubren sus delitos con el manto de los Cielos....!

No son tantas las tristezas bajadas de Dios como instrumentos de probación de los hombres. Mayores son las tristezas que ascienden como un pesado vapor, de las charcas inmundas del pecado....

He dicho otra ocasión que «el carácter» pasaba entre los hombres como una palabra mágica que hacía inculpables y también irremediables las humanas fierezas..... Quiero ahora añadir que desgraciadamente no es ese el único arbitrio con que el vicio ha entrado a malsalva en posesión del mundo. Quizá tan en uso como aquella patraña del campanudo «carácter» está esa otra de la humilde «desgracia».

Con proclamarse irremediabilmente desgraciado, presa predilecta del infortunio, víc-

tima de las persecuciones de los hombres, o alguna otra cosa parecida, se imagina cualquiera sobradamente excusado de examinar su conducta, ni enmendarla en un punto, como si no pudiera convertirse también ella en fuente inagotable de martirios. . . .

Hay que confesar que mucho debe faltar la sinceridad en el mundo para que haya quien, en medio de los hombres que aunque no lo digan ni sean tampoco mejores se comprenden bien mutuamente, se atreva a hacer ese papel ridículo de «desgraciado» . . . .

¡Qué cómodo le es y placentero a esta clase poco conocida de suicidas traspasarse torpemente el pecho y tenderse luego en mitad de la vida en espera de una compasión inútil. . . .

Así y todo, debemos compadecerlos. ¡Pobres! Tanto más necesitados están de compasión cuanto que ni siquiera la merecen. Pero nuestra mano de samaritanos no será suficientemente benéfica si, antes de derramar óleo y vino sobre esas heridas voluntarias, no invitamos primero a su alma enferma a que sea sincera. . . .



**CLAMOR DE  
ULTRATUMBA**





## La Romería a la eternidad

¡Día de los muertos! ¡Día de aquellos que el mundo ha dado en llamar muertos!

Dos de Noviembre. Instante que nuestra avaricia concede a la gran mayoría de la humana familia. Visita irrisoriamente breve a la parte más venerable y numerosa de nuestra progenie.

Una sola familia, una sola gran familia formamos los hombres de todos los tiempos. Y el solar de esta familia no es la tierra miserablemente obscura. Es la eternidad. En la tierra quedan solamente los rezagados de la caravana. . . .

La eternidad, esa morada de la vida plena, es también la habitación definitiva y más auténtica de la descendencia de Adán.

## VERDADES QUE NO MUEREN

Hacia la eternidad se encamina la romería doliente. Los más de ellos arribaron ya a la Patria. Los menos la contemplan aún lejana, desde las cumbres del monte de la vida, o descienden ya hacia ella, entre las caricias del último crepúsculo y los resplandores de un día nuevo....

Diez, veinte, treinta años, y nos veremos juntos bajo la cortina reverberante de otro sol. Pero mientras llega el instante de salvar, en alas de la muerte, el abismo que nos separa de esa Patria, pasemos hoy día a ella por el puente del amor.

No sabíais que el amor tiene tendido un puente sobre el abismo del sepulcro? Pásemos por él al país de los muertos, que será bien pronto el de todos los hombres, y sentémonos a departir un momento con los padres de nuestros padres, junto a la lumbré de la eternidad.

Esta conversación silenciosa de los que callan ha de sernos más útil que todos los discursos de los idólatras del bullicio. Entonces sabremos—a vosotros os hablo, oh cristianos—sabremos que la muerte no es enemiga de los cristianos, sino nuestra aliada, porque

ella y nosotros somos igualmente amigos de la verdad.

Y podremos oír, de los labios sellados de los muertos, que la muerte es el golpe más formidables asestado a la mentira. Todos nuestros argumentos, con que nos esforzamos por demostrar las vanidades de los vivientes, son rasguños, nada más que rasguños al gran velo de escarlata en que está embozada la miseria de la tierra. Mas la muerte rasga de arriba a abajo ese velo deslumbrante. . . .

No. La muerte no es una enemiga de los hijos de Cristo. Antes bien, ella es el arma invencible que nos venga definitivamente de los burladores de la verdad.

Poco se sabría de la vida, si no fuera por la muerte. ¿Cómo conoceríamos el sendero del Cielo a no ser por la estela que dejan los difuntos?

Ni siquiera se hablara jamás en la tierra de la grandeza de los hombres, si no desaparecieran un día con la desaparición de la muerte; porque aquí abajo se estila tan sólo la apología de los ausentes. . . .

Y si faltara la muerte ¿quién nos mostrara el reverso del vicio, que es el fuego del infierno?

¡Qué es muy triste que se nos arrebaté de los brazos los seres que amamos, y que hace llorar la soledad en que nos dejan los compañeros de la vida?

Cierto. Pero no olvidemos el significado natural de esas lágrimas, para ser en la vida consecuentes con ellas.

Los que hoy parten (lo sabemos bien) no podían menos de partir. No queremos, por otra parte, alejarnos de su lado. ¿Qué es entonces nuestro llanto sino la impotencia actual de acompañarlos, la obligación aun impuesta de la triste estadía?

Pero si lloramos porque nos mandan quedar en la tierra, ¿no es justo que estemos preparados para el instante en que nos deje al cabo Dios partir....?



## El Misterio

El cuerpo es para el espíritu como una venda ceñida a los ojos.

Muy poco reflexivo ha de ser quien no reconozca que aun no alumbrá la luz a nuestro espíritu como alumbrá a los ojos materiales.

Hablo del misterio en toda su extensión. No me refiero solamente a las verdades sobrenaturales que no puede alcanzar el pobre entendimiento. Quiero, buen lector, además insinuarte que sobre las cosas más triviales, sobre las que el vulgo cree saberlas del todo, se tienden también las sombras del misterio. Es satisfactorio el poder decir que casi la misma experiencia proclama al presente esta verdad. Los mismos nuevos conocimientos que ha adquirido la ciencia sobre esas cosas que habían sido ya abandonadas como secas cirternas

¿no es otro desengaño acerca de la plenitud de nuestra ciencia, y por lo mismo otro testimonio en favor de la universalidad del misterio?

¡Curiosa paradoja! Aquello mismo, que en sentir de cierto género de sabios, iba a traer el desprestigio del misterio, ha acabado por reafirmarlo más solemnemente.

Después de las novedades que nos revela diariamente la ciencia sobre las cosas más viejas ¿quién presumirá haber dado con el confín del saber?

Lo que ha hecho propiamente el progreso en la cultura es derribar nuestra pobre presunción de sabios y obligarnos a echar por el suelo esas ridículas columnas de Hércules que había erigido la petulante ignorancia.

El golpe ha sido tan recio que ya no es de creer que se intente restaurar esas columnas ni cerca ni lejos de las cosas. . . .

Cuando apenas sabíamos nada, podíamos engañarnos con la pobre ilusión de estar saciado nuestro apetito de ciencia. Los nuevos y grandiosos conocimientos que hemos conquistado en los días que vivimos nos han descubierto que nunca habíamos ni medianamente cumplido el insaciable anhelo de saber. Las

tierras recientemente descubiertas nos han traído, de modo no acostumbrado, más que la alegría por el hallazgo, afanes convulsivos por los países aun ignotos. . . .

El sabio, el sabio de verdad, ha dejado de ser el estoico bienaventuradamente apacible de la leyenda; han acabado definitivamente los sabios satisfechos. . . .

¿Que, en fin de cuentas, vemos algo de las cosas? Cierto. Pero si las queremos seguir con la mirada, muy pronto se esfuman sus contornos; después brillan un momento; luego vienen las sombras; en pos las tinieblas. . . luego la tersa y tranquila llanura del mar infinito del misterio, donde se pierde, como un guijarro caído de lo alto, la humana ciencia. . .

La ciencia humillándose así misma a fuerza de ser ciencia. La ciencia acercándose espontáneamente hacia esa ventana, antes despreciada, desde donde era posible barruntar las comarcas de lo ignoto. . . .

¡Oh! ¿No es esto el comienzo del triunfo total de la verdad?

Pero ¿y aquellos de los incrédulos a donde no ha llegado la luz del progreso?

Tampoco ellos están libres de la fuerza del misterio. Sobrados interrogantes están

patentes en todos los caminos para inquietar su espíritu, y ante todo ¿no está constantemente delante de sus ojos el misterio de ultratumba, la sombra pavorosa que se levanta cada día en el horizonte de las humanas existencias, lo intrincado y abscondito de la postrera despedida de la muerte?

Pero, no quiero que se pierda de vista que ya se trate de sabios como de ignorantes, las sombras del misterio que se ciernen sobre el mundo ejercen siempre una benéfica influencia.

He dicho que el misterio a que conducía el saber había hecho adoptar a los sabios un porte sinceramente humilde. Este otro misterio, el de la muerte, exige de todos los hombres, sin excluir a los sabios, una común actitud de mutua cordialidad.

Caminamos hacia la clave única de nuestras vidas. Caminamos de modo inexorable hacia el supremo peligro del humano viviente. Algunos dan ya el paso último y recorren el velo del templo de lo ignoto; otros van cerca de ellos, y otros un tantico más lejos; mas no hay hombre a quien falte sitio en el desfile sin término ¿Cómo entonces no unirse bien estrechamente ante la común amenaza? Los

que vagan en las sombras buscan instintivamente, ante el presentimiento de un abismo, la mano de un prójimo en que fincar su propia mano. ¿Sólo los que temen cada instante hundirse para siempre en el abismo de la muerte rechazarán la mano cariñosa de un hermano?

Yo no sé. Yo no comprendo cómo un ser que camina a la muerte no se junte de corazón a sus hermanos. Casi tan misterioso como el misterio de la muerte es el misterio del que odia a sus prójimos.

Que es menos que insignificante la humana ayuda y que a nadie ha librado de la muerte la mano de un prójimo? Cierto. Pero ¿quién me negará que dispone maravillosamente para este supremo acontecimiento el amor de los prójimos?



## Junto a los muertos. . . .

Dos de Noviembre.

Hoy como todos los años, irán en romería interminable los vivientes de toda la tierra a visitar a sus muertos en esas ciudades silenciosas ornadas de cruces. Irán una vez más a decir un «Padre Nuestro» y depositar otra corona sobre una de esas fosas abiertas no hace mucho tiempo para recoger a un muerto.

Pero hoy mismo, hoy mismo apenas entrada la noche, retornarán a sus casas los vivientes, que ya sabemos no se avienen nunca a hacer por largo tiempo compañía a los muertos, y en todo el cementerio quedará, igual que antes, sólo la sombra de las cruces, como única caricia a los hombres dormidos ya definitivamente debajo de la tierra. . . .

Y esto es para mí un símbolo, un símbolo bello y muy exacto. Sólo Cristo acompaña a los muertos. Sólo la Verdad, y esto es bien explicable, no teme a la muerte. . . .

¡Qué triste sería, ¡oh! qué solitario el país de los difuntos antes de los tiempos de Cristo!

Hoy, en realidad, ya no lo es tanto. En la ciudad del olvido, en la ciudad del desamor e ingratitud se levanta ahora, como un desagravio a los desaparecidos, el signo más auténtico de un amor imperecedero: el signo de la cruz. .

Nuestra Sacrosanta Religión es plenitud rebosante de vida; pero precisamente por esto no puede menos de arrostrar serenamente a la muerte, que en definitiva, sólo es un adversario de la caducidad de la vida, no de su verdadera plenitud.

El cristianismo no es una Religión melancólica, sin embargo nada le es más familiar que el misterio de la muerte. ¿Qué hay en esto de admirar, si una parte importante de su misma doctrina no tiene su total explicación sino en el recinto de los cementerios? Ciertas palabras de la Buena Nueva adquieren su total resonancia sólo al chocar con las lápidas pétreas que cubren las tumbas. Y dónde se

aprende mejor la primera virtud del Cristianismo, la santa humildad, que junto a los huesos carcomidos, a las coyunturas y tendones rotos, a la carne deshecha y a la sangre podrida detantos cadáveres? ¿Cuándo es más palpable la nadería de la humana gloria que al inclinarnos a esos horámenes de la tierra donde queda apenas un puñado de polvo como ruinas de las grandezas un día deslumbrantes?

No. No son los sepulcros lugares extraños a la Religión de Cristo. ¿Cómo pueden serlo si ellos han realizado a través de los siglos ese tierno ideal del Maestro que parece casi una utopía en las casas de los vivos, el ideal que le arrancó lágrimas ante la visión desoladora de la capital de su patria, el ideal siempre fallido de cobijar bajo sus alas a los dispersos en el mundo por sus odios recíprocos?

Cristo se resarce un tanto de este triste espectáculo que presentan los vivientes, con la sumisa actitud de los difuntos que, olvidadas las ficticias jerarquías que los distanciaban hasta entonces, se acogen unánimemente a su sombra amorosa.

¡Con cuánta complacencia se asomará el Maestro a la puerta de los camposantos! A

lo menos allí puede contemplar su amada cruz clavada sin asomo de torpe vergüenza siquiera junto a las cenizas de aquellos que hasta ayer se avergonzaban de llevarla en sus espíritus. . . .

¡Oh! ¡Los túmulos elevados sobre la tierra! Su misma presencia en medio del mundo diríase un formidable testimonio en favor de la verdad.

Esos montoncillos de menudo polvo humano son por sí mismos una solemne expectativa del supremo milagro insistentemente anunciado por Cristo, el milagro de la incorporación de los dormidos al gremio de los que estamos aun despiertos, para el galardón y castigo integrales del vicio y la virtud.

Ellos son los silenciosos vigías que atalayan continuamente en la sombra de los tiempos la venida del Señor. . . .



## Reliquias de antaño

Tras cada vida humana va quedando paulatinamente un gran montón de ruinas como reliquia dolorosa de otras fases proféticas de esa misma vida.

¡Oh! ¡Cómo es triste volver la vista hacia los objetos viejos, cada día más viejos y lejanos de esta breve actualidad en que vivimos!

Quizá fueron ellos tan vulgares como otros cualesquiera; pero el tiempo tiene tal virtud que aquello donde sentó él su planta queda ungido para siempre con un carácter sagrado.

El árbol que antaño nos dió sombra pudo ser un árbol ordinario. El muro vetusto, desde cuyos ventanales contemplaron nuestros ojos cómo moría la tarde y se encendían las estrellas, fue un muro sin valor. Así mismo podemos conceder que el carro, la pelota, la rue-

da, la corneta y los otros juguetes de la infancia fueran exactamente iguales a los que aparecen siempre en todas las vitrinas; pero después que se ha impregnado en ellos la huella de la vida y se han alejado de nosotros con la distancia borrosa de los lustros transcurridos, esos objetos triviales se han hecho para nosotros venerables.

¡Contrastes con que nos sorprende la vida! No sé que tengan esos insignificantes instrumentos de la antigua distracción que, mientras antaño su pérdida completa nos hubiera dejado indiferentes, hoy sus solos restos retorcidos nos mueven casi a besarlos de rodillas!

¡Oh! tronco jiboso marcado de profundas heridas por las inconscientes manos infantiles. Muro semiderruido, mirador obligado de las hermosas lejanías. Reliquias ya casi imperceptibles de los juegos de otra hora: vuestro recuerdo se alzaré a través de la existencia como la voz cariñosa de un amigo viejo que nos amase todavía. . . .

Dijéramos que entre las aristas aceradas de esos objetos ruinosos hubieran quedado palpitantes largos jirones de nuestra propia vida. Y talvez es por eso que volvemos insis-

tentamente hacia ellos con el afán de aquel que busca la integridad de su ser. . . .

Yo no sé. Nadie puede saberlo si acaso sea mejor el instinto de inmortalidad, ese formidable instinto de inmortalidad, lo que nos empuje de un modo irresistible a trabajar por rescatar del inexorable torbellino de la muerte a esas dulces creaturas que parece que hubieran nacido, al mismo tiempo que en el mundo, en nuestro propio corazón.

En ese caso, sería el desnivel natural respecto a la perduración en la existencia; sería la imposibilidad de retener a aquello que se va como impulsado por el hado tiránico de la propia estructura lo que engendrarse la angustiosa tristeza que brota espontáneamente de la ruina de ese escenario, ya para siempre insustituible, de los años primeros.

En este caso, nadie puede dudar que es cosa bien triste a todo peregrino que ha viajado ya durante muchos soles, volver hacia atrás su cansada mirada. . . .

Es verdad que nosotros también, los expectadores de esas ruinas, no dejamos de envejecer con el paso de los días, y aun pudiera ser que en el paisaje de nuestra propia alma

haya más desolación y ruinas que en las cosas exteriores; pero, a lo menos en nosotros hay algo que no muere, un elemento incorruptible al cual se acogen, como a roca firme, todos esos valores verdaderamente humanos que rehusan sucumbir al golpe de los años. ¡Ah! Pero esas pobres cosas sin razón. . . .! Nosotros podemos, cierto, inmortalizarlas merced al recuerdo; pero hay que confesar que ello no satisface ni siquiera parcialmente a nuestro anhelo de realidad. Y se extinguen ellas, se extinguen irremediabilmente sin que baste a impedirlo toda la fuerza del cariño.

Es la impotencia de salvar a los seres amados, he de repetir una vez más, esta terrible impotencia, la que torna dos veces triste el espectáculo de las ruinas. . . .

Sólo nosotros, los cristianos, tenemos una bella esperanza que templá esta tristeza: la esperanza de volver a hallar todo esto que parece sumido en una agonía definitiva, rutilante de una eterna juventud en la superficie de una tierra nueva y a la luz inmarcesible de un cielo también nuevo. . . .



## Escuela de generosidad . . . .

La tierra que nos asila es un lugar consagrado, lúgubrememente consagrado por las miríadas de hombres que instante tras instante se hunden en su seno.

Polvo somos. De polvo fuimos hechos cuantos tenemos por un día la fugaz satisfacción, nada más que la fugaz satisfacción de saborear de esta vida. Mas no por eso acabamos de habituarnos a convivir tranquilamente con la vil materia del humano origen, igual que de su término.

Después de tantos siglos todavía es pavoroso dirigir el pensamiento a estas cosas; horriblemente pavoroso pensar que el mismo polvo que mancilla mi vestido, empaña mi mesa y hasta aspiran mis pulmones sea polvo

humano, reliquia diminuta de un ser que ha sentido hace poco el impulso del espíritu, ha suspirado por ultraterrenos ideales y ha llorado también la desgracia de ser polvo. . . .

¡Oh! Pensar que el planeta, es un inmenso cementerio, y estar ciertos que construimos nuestras casas con despojos funerarios; que presionan mis plantas humanas osamentas, y que se ocultan hileras de ataúdes en medio de las flores. . . .!

No sé cómo haya aun perversos. No sé cómo tienen la osadía de profanar un campo santo. No hay sitio en el mundo para perpetrar la maldad. Si ha de haber todavía iniquidades, el infierno debía abrirse aquí mismo, en el tiempo, para proveer de un lugar adecuado a aquellos que persisten en servir a sus instintos.

He dicho que era naturalmente horripilante el pensamiento de estas cosas; pero también enseña mucho. Hay una hermosa filosofía para la vida que, por una extraña paradoja, sólo puede ser enseñada por el espectáculo de la muerte

A lo menos esos profusos hacinamientos de humano polvo no puede negarse que sean las réplicas definitivas contra los asertos de la

## VERDADES QUE NO MUEREN

vanidad; que cada ataúd sea un solemne *no* escrito en letra negra, con que desmiente la Divinidad lo que el mundo se empeña en fingir, y que cada fosa sea una macabra carcajada con que escarnecen los moradores de ultratumba, las sandeces de los que deambulan todavía por la tierra. . . .

Sobrado nos consta que poco o nada nos mueven los argumentos de razón, y que nos preocupan aun menos la voz interior de la conciencia y ese rumor de constante deterioro que nos llega desde las profundidades de nuestra estructura esencial. . . . Pero no es muy probable que los hombres se quedasen igualmente impassibles si, depuesto su contra-productente terror, quisiesen mirar un poco más conscientemente las tumbas que orlan todos los caminos. . . .

Y adviértase que nada tiene de pesimismo y desaliento esta filosofía de las tumbas: su característica es ser integramente leal a la plena realidad; pero por eso mismo es por antonomasia filosofía optimista, ya que es de entre los familiarizados con los secretos de la realidad de donde salen esos veteranos de la vida que tienen el valor de conservar en su

rostro la sonrisa a través de toda la jornada....

Y ¿quién puede impedirnos que, aun con el fantasma de la muerte a nuestro lado, nos entreguemos a los hermosos ideales de la vida, y pongamos nuestras energías a servicio de obras perdurables? No importa que sucumbamos cualquier día sin haber alcanzado ese ideal; no importa que sea excesiva, tristemente excesiva la desproporción entre el tiempo irrisorio de nuestra existencia y el que demandan las obras verdaderamente grandes. No importa: nosotros habremos, con ello, dado sentido a nuestra vida, y ya vendrán para dar cima a lo inconcluso otras vidas, inagotablemente otras y otras....

He ahí una de las ideas más bellas de la filosofía de que hablábamos. Así considerada, ¿qué distinta se nos muestra la muerte de lo que nos había parecido siempre! Es ahora la ruina solamente de los sentimientos egoístas; una premisa necesaria para poner de manifiesto la misión de los mortales en la búsqueda del bien; una escuela de generosidad....

Estoy por decir que esta enseñanza de la muerte nos resarce cumplidamente de esa an-

## VERDADES QUE NO MUEREN

tigua miseria nuestra, debida a su acción, de convertirnos en polvo. En todo caso, es una enseñanza que no podemos, y hoy menos que nunca, anhelar que desaparezca de esta tierra miserable en que vivimos.





## Mendigos de ultratumba

Toques fúnebres e insistentes. Toques a muerto. De todos los campanarios se escapa un prolongado lamento por los que ya no son....¿Por los que ya no son? No! Por los que dejaron de ser peregrinos y tomaron su definitiva vivienda en las mansiones eternas....

Decenas ha de siglos que traspasaron los hombres las lindes de este mundo, y después de tanto tiempo los que quedamos aun en él, salvo en los casos de seres de excepción como son los santos, no acertamos a pensar en aquellos que partieron de la vida sino con voces de tristeza: con los dobles de los campanarios, el luto de las vestiduras y las lágrimas derramadas en las lápidas de las tumbas.

¿Es que el recuerdo de esos seres ha quedado impregnado para siempre de la melancolía indeleble de la suprema partida? ¿O acontece quizá que al pensar en ellos, sentimos mejor que nunca nuestra propia e inveterada miseria, la miseria de vivir también nosotros bajo la amenaza de la muerte. . . . ?

Estas cosas medito mientras contemplo desde mi ventana el desfile casi interrumpido de gente enlutada. Muchos de estos transeuntes se encaminarán a los cementerios a dar libre expansión a su vieja y consoladora esperanza. Mi exitada imaginación me los hace ya casi ver junto a los sepulcros. Sí, sí. Diviso sombras erectas aquí y allí ante los humanos despojos, como admiraciones, múltiples admiraciones que hubiere trazado ante el misterio de la muerte, la ortografía de las cosas. . . . Diviso lágrimas que purifican la tierra sagrada de las indiferencias habituales y los prolongados olvidos. . . . Diviso coronas de rosas frescas que parecen quisiera reavivar los rostros marchitos encerrados en las criptas, las rosas frescas con que el amor de los hombres simboliza pobremente la rosa encarnada e inmarcesible de la vida de la eternidad. . . .

El desfile de esta gente de negro bajo mi

ventana vuelve a cautivar mi atención. Pero esta vez me parece distinguir principalmente a esos transeuntes vulgares que deambulan hoy, como todos los días, sin rumbo fijo, hacia cualquier parte. Sus trajes negros no significan en ellos otra cosa sino que poseen el sentido de la moda y el instinto de la rudimentaria imitación. De esta desagradable visión me consuelo pensando que, por fortuna, entre estos que transitan por la calle no faltarán quienes sientan plenamente el espíritu del día de difuntos.

Entre tantos como pasan no puedo suponer que falten quienes comprendan que un día de difuntos es propiamente un día de caridad, de limosna a los mendigos de ultratumba.

Bien están en los campanarios los lúgubres dobles. Bien están las flores sobre el polvo inerte de los seres amados, y están bien, sobre todo, las lágrimas nublando momentáneamente las pupilas de los tristes; pero valen más, mucho más la realidad y la idea ocultas bajo la belleza de estas cosas simbólicamente tiernas, es a saber: la misericordia para con las almas desvalidas que partieron de este mundo, misericordia que no puede manifestar-

## VERDADES QUE NO MUEREN

se en definitiva de otro modo que por la oración al Cielo.

No puedo dudarlo. Entre el cortejo fúnebre que contemplo desde aquí no faltarán los prójimos que hinchén su alma del espíritu de este día rezando a Dios por los difuntos. Yo quiero unirme a ellos diciendo en mi interior: Padre nuestro que estás en los Cielos. . . .

# IMPRESCINDIBLE





## La Letra Divina . . . .

¡Un nuevo aniversario de la escena inolvidable del Deicidio!

Una vez más la Iglesia católica llama la atención de los hombres, con el clamor de su Liturgia, hacia esta señal formidable del mundo nuevo, hacia el árbol de la Cruz levantado hace veinte siglos en medio del planeta; y los ojos de todos se vuelven al Calvario para leer en la letra divina de dos leños enlazados la historia al mismo tiempo miserable y gloriosa de la humanidad, y a palpar la profecía objetiva, la profecía hecha carne desgarrada, de la vida individual de cada hombre. Porque en realidad la Cruz no es solamente el instrumento del martirio de Cristo sino también el centro de la humanidad, el blanco de los siglos, la piedra de toque de todo espíritu, la medida de todo mortal.

La muerte como siempre ha cerrado, esta vez la boca a los verdugos, para dejar oír la confesión de la sinceridad que grita por medio del centurión romano: «Este hombre era de veras un justo».

Con mayor probabilidad de ser oídos que nunca podemos en esta hora nuestra, en esta hora en que, aterrados por la enormidad de su propio crimen, se han retirado a sus guaridas los deicidas y en el Calvario solitario velan el cuerpo del Maestro tan sólo unas pocas figuras en representación de los fieles de todos los tiempos, proclamar a nuestras anchas la gran trascendencia de este signo divino del Gólgota.

Es la oportunidad de hablar por lo mismo del cumplimiento del augurio del viejo Simeón y hacer ver que Cristo crucificado es con toda verdad la ruina o la resurrección de los hijos de Israel; que Cristo es necesariamente, en esta vida terrenal, víspera de la hora de las cuentas, la prenda de salud o el terrible «mane tecel fares» babilónico.

Oportunidad de demostrar que este insignificante montículo según la carne, el Calvario, es el lugar obligado por donde han de pasar sin remedio nuestros caminos, ora se endere-

cen al cielo como es razón, o se desvíen como por desgracia es frecuente, al abismo del infierno; que, bueno o malo, todo hijo de Adán tendrá infaliblemente que hacer su jornada cargado de una cruz, siendo lo extraordinario que esa cruz será la misma que llevó Jesucristo. Verdad que ningún otro fuera de él puede gloriarse de no haberla siquiera en algún modo merecido por su culpa; pero en definitiva, no diferirán las cruces en sí, ya que los verdugos son los mismos y los mismos los implacables enemigos que sentenciaron un día a Cristo al suplicio horrendo del Calvario y los que sentencian eternamente a todo hombre también al Calvario.

Y esto puede hacernos comprender que no estamos lejos, en ningún aspecto de nuestra vida, del drama del Calvario; víctimas o verdugos, tenemos sin excusa que asistir a ese drama; no hay en la tierra más lugares para las creaturas que las tres cruces de ese monte; tenemos eternamente que ser actores en él.

Pero no hay que olvidar que esos enemigos de Cristo, que hemos dicho ser también los nuestros, están ya vencidos hace dos mil años [por el poder de Cristo. En la econo-

mía actual del universo el oficio de ellos es propiamente ser los trofeos del Crucificado.

Y esa victoria es también nuestra, porque la virtud de Cristo está puesta en nuestras manos.

Pero ¡ay de nosotros! si esos nuestros enemigos nos sorprenden desarmados de esta arma invencible. ¡Ay de nosotros! si Judas, Anás y Caifás, Herodes, Pilatos se han con la debilidad de un mero hombre.

Aquí está el peligro, y no en otra parte.

Nuestros adversarios pueden poner sobre nuestras sienes las coronas que les plazcan; pueden a su talante bañarse en nuestra sangre, despojarnos de nuestras vestiduras, enclavarnos en un leño y ocultar nuestras cenizas en la cárcel de un sepulcro.

Pero, desde que Cristo se levantó del sepulcro y escapó de las manos de sus enemigos, tampoco puede nada de por sí contra la humanidad toda la máquina del infierno, nosotros también somos capaces, con la virtud del primer resurrecto de levantarnos invencibles de en medio de los escombros.

Puede parecer en los tiempos presentes una amarga ironía; más no por eso será menos exacto que el cristiano como cristiano es

un ser invencible. La prueba os acabo de decir y no ha de hacernos dudar de ello nuestras derrotas individuales, familiares y hasta nacionales.

Quizá nunca como ahora es forzoso proclamar esta verdad. Ella puede al menos reavivar la conciencia de nuestra libertad, y al mismo tiempo que poner coto a la vanidad de nuestros enemigos, afianzar la fe en el resurgimiento, y, sobre todo, poner de manifiesto la causa propia de nuestros desastres. Porque si el cristiano como tal es naturalmente invencible, queda también lógicamente establecido que no es la pujanza de los adversarios lo que ha ocasionado nuestras desgracias sino la decadencia de nuestro cristianismo; queda lógicamente establecido que no estamos inocentes de nuestras propias calamidades. Nuestra es la culpa; voluntarios nuestros males; no es ajena la mano que entregó al infortunio el puñal que nos hiera.

A la hora de la muerte de Cristo, la sinceridad de esta confesión tiene que sernos de un provecho incomparable. Ella mezclará nuestra sangre con la sangre redentora; incorporará nuestros dolores a los dolores de Cristo, y juntará nuestra cruz a la suya, así

## VERDADES QUE NO MUEREN

como la confesión del buen ladrón juntó su propia cruz a la del mártir. Y aun es de esperar de la misericordia infinita que también será para nosotros la palabra de reconciliación dicha a Dimas: «Hoy mismo serás conmigo en el Paraíso».

Dios ha permitido que en un sólo punto, en la cruz llegaran a su límite toda la maldad de la creatura y toda la bondad de Dios. Es obligación nuestra aprender la lección del Calvario. Obligación nuestra leer en este solitario y misterioso jeroglífico levantado en la tierra nuestro propio destino, conocer a nuestros enemigos verdaderos, y, sobre todo, mirar en él un testimonio fidedigno de la inexhausta misericordia divina.



## Testimonio de la luz. . . .

Dos tribunales hay en la tierra que juzgarán a Jesucristo hasta el final de los tiempos: el tribunal de las sombras donde su gloria está en ser condenado, y el tribunal de la luz, donde es así mismo su gloria ser declarado el único inocente. . . .

De las maldiciones de los perversos y las bendiciones de los buenos asciende al cielo igualmente gloria.

¿Qué otra cosa es la gloria verdadera sino una manifestación? Pues he aquí que malos y buenos, sobre todo los buenos, son en cierta manera una manifestación de Cristo.

La diferencia está en que estos últimos cumplen de grado con lo que exige del espíritu todo lo grande, lo excelente y verdaderamente valioso, y los malos, en cambio, sólo se dejan arrastrar por la lógica de su maldad.

¡Quién lo creyera! Lo grande, lo excelente y verdaderamente valioso, el primer regalo, que puede recibir de los seres racionales, regalo, sin el cual los demás son vanos, es que contribuyamos a su manifestación, a su publicación en las esferas del espíritu, a que resuene en el recinto sagrado de la inteligencia su expresión más íntima, cual un eco lejano y parcial de la palabra suprema que se oye eternamente en los senos de la Divinidad . . . .

Y he aquí, lo repito, que la virtud es ante todo este primer regalo a lo más excelente que hubo desde siempre en la humanidad: es una publicación de Cristo.

Cada hombre virtuoso es un nuevo resquicio abierto en el muro del misterio para vislumbrar la perfección de Cristo.

Ellos, los virtuosos, son los que tienen en la tierra el encargo de decir, de la manera que es posible en signos humanos, quien fuese él.

Escribí hace un momento que también los perversos cumplen, sin saberlo, es claro, el oficio general de proclamar a Cristo. Pero ellos lo hacen sólo de un modo negativo. El ladrón que odia a Cristo pregona bien claramente que Cristo no era injusto. Las blasfe-

mias impías del impuro testifican que su espíritu manchado no tiene nada de común con el Hijo de la Virgen. El farsante descreído confiesa, sin quererlo, que la Verdad eterna está bien lejos de su miseria, y cosa igual los hacen los demás viciosos.

Pues bien, si estos dicen lo que Cristo no es; los justos, cada uno de manera diversa, dicen lo que Cristo es.

Es conocida aquella aclamación que arrancó de un pecho sincero la visión de un virtuoso: « ¡Oh! Si así son los santos ¡cómo será Dios! A pronunciar esta misma frase tiene que inducirnos toda virtud, o la virtud no es virtud.

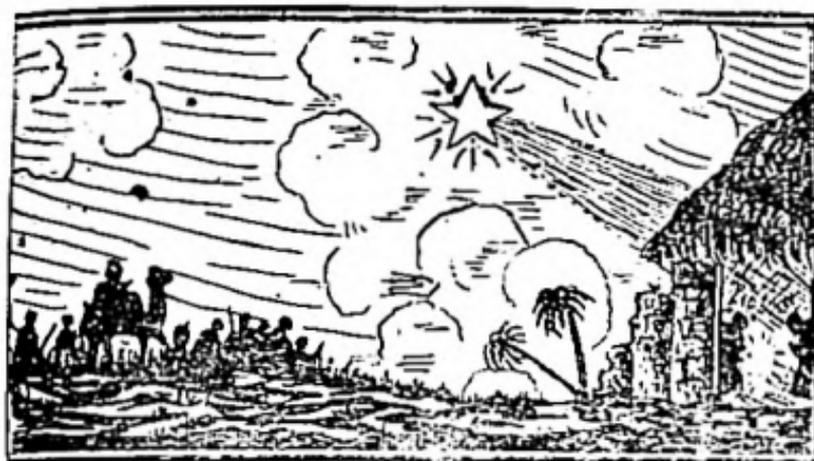
Esto hace que la existencia de los virtuosos sea uno de los argumentos más formidables en favor de Cristo.

Siempre me ha extrañado que contra este argumento jamás hayan nuestros enemigos tenido la audacia de ensayar una réplica. Lo mucho que suelen hacer los más empedernidos cuando se les habla de nuestros santos es encogerse de hombros, tratar de prescindir de ellos como si se tratara de meros valores individuales sin ninguna relación ni con Cristo ni con la sociedad, y luego tornar a insistir,

## VERDADES QUE NO MUEREN

hasta, el cansancio, en el testimonio de los malvados contra Cristo.

Acabo de notar como de paso que también el aparentemente hostil testimonio de las sombras es en verdad un testimonio en favor de Cristo; pero no basta desarmar a nuestros enemigos, es menester además no dejar que sean embotadas por el enemigo nuestras armas mejores; es menester atraer repetidamente la atención de los hombres hacia los santos; hacia esas manos luminosas que indican en todo tiempo el camino de la luz indeficiente, testigos inmortales, hasta el último de los días, de la gloria de Cristo.



## Vida Nueva . . . .

Veinte siglos que llegó el Rey de la vida.

Veinte siglos han pasado desde la noche de la estrella, desde la única noche que los hombres han convenido que fué buena. Y, a pesar de estar tan lejos de nosotros esa noche, todavía nos llega a las pupilas el resplandor de su estrella; todavía percibimos las cadencias de su himno; todavía vamos, en peregrinación indefinida, los pastores y reyes de la tierra, a saludar en el mismo pobre establo, al Rey de la vida.

¡Rey de la vida! De propósito insisto en esta frase, porque es necesario recordar que no es sencillamente otro viviente el que ha llegado a nuestra tierra en esa noche; es otra vida, vida nueva, vida inagotable y gigantes-

## VERDADES QUE NO MUEREN

ca que saltará desde la tierra, como el agua reprimida de una fuente, hasta la mansión eterna; es la vida que pidió a gritos la humanidad desde el fondo de los siglos; la vida por quien subían hasta el Cielo en olas hirvientes las plegarias y anhelos de todos los pechos.

Vida nueva! He ahí la característica del nacido en Belén.

Pudo un hombre traernos un pensamiento nuevo, pudo traernos una tendencia nueva. Mas, sólo Cristo, sólo Cristo trajo al mundo vida nueva.

Esto nos vuelve a recordar la Iglesia cada año, mostrando, en el simbolismo encantador de su liturgia, junto al signo de la muerte el emblema de la vida, junto a la cruz de madera la cuna tejida de pajas. . . .

Entonces se canta en el mundo, más alto que nunca, el himno de la vida nueva que irradia esa cuna de pajas: Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad.

Se canta el himno de la paz, no obstante el flagelo de la guerra, que ensangrienta de hora en hora al planeta.

Quizá la noche buena sea una nueva noche de desastres y lágrimas para algunas Na-

ciones. No obstante eso, el cristiano, el hijo de la eternidad, repetirá aún en el seno de esas Naciones: "Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad".

El Cristianismo no tiene la culpa de esas guerras. El trajo paz, a condición de que se tenga buena voluntad. ¿Qué culpa tiene, si los hombres han preferido acogerse a la mala voluntad?

En el año de guerra, como todos los años, se repetirá ese himno. Pero la celeste invitación a la paz ha de tener entonces en los campos de batalla, ante los sepulcros abiertos por la mala voluntad, un tono solemne de protesta de la inocencia del Cristianismo.

Ojalá, a lo menos, la angustia de la guerra hiciera comprender la esencia de la única paz verdadera, que es la paz de Cristo!

En todo caso, abriremos los cristianos nuestro espíritu a la alegría de la noche buena.

¿No tendrá también para nosotros, como tiene para los niños, alguna sorpresa la próxima noche buena que se acerca?

¿No es un niño todo buen cristiano? Pues entonces, a semejanza de los niños, dejaremos

*VERDADES QUE NO MUEREN*

esa noche, abierta una ventana para que entre el dadivoso Dios niño... Dejaremos abierta la ventana del espíritu que es la buena voluntad.....



## Voz de los sepulcros. . . .

No siempre habían de ser los sepulcros trofeos de victoria del infierno, ni argumentos dispersos irónicamente en todas partes contra nuestra flaqueza.

. . . . Y ya no serán más. No lo serán, una vez que Cristo se levanta de su propio sepulcro y echa a rodar por el suelo la gran piedra que solía contener a los muertos para impedir que tornaran a incorporarse al gremio de los vivos.

Es verdad que queda todavía su sepulcro en la tierra; pero es un sepulcro ya vacío, vacío a pesar de todos los esfuerzos del infierno por que estuviera, como todos, henchido de despojos.

Tras del Cristo resurrecto hay un sepulcro, que ya no será como los otros, un monu-

mento del poder de la muerte, sino un memorial de su derrota.

Ha quebrado Cristo las ligaduras de la muerte; pero le atan todavía a nuestro carro las cadenas del mundo: ¿no sería acaso éstas las palabras con que se consolaron los enemigos implacables de Cristo, el día de su resurrección?

Puede ser. En todo caso fue el suyo un consuelo muy breve.

El que venció ayer a la muerte con su espléndida resurrección vence hoy al mundo con su majestuosa ascensión, y hemos podido comprobar que no es más pesada para Cristo la atmósfera que ciñe al mundo que la piedra que cerraba su sepulcro, ni vale más en su presencia la energía de la gravedad que el vigor de la guadaña destrozada hace poco con sólo su palabra.

He aquí un triunfo más del poder de Cristo.

Ayer dejó tras de sí, como testimonio de su victoria, un sepulcro vacío. Hoy deja, así mismo, como testimonio de su victoria, un mundo también vacío, vacío de su presencia visible, que es lo mismo que decir otro sepulcro vacío. . . .

¿Qué resta ahora del éxito ruidoso obtenido por el infierno en los días de la Pasión? ¿Qué de la traición del Huerto, de las iniquidades del pretorio, del crimen del calvario?

Como humo se ha disipado en un momento hasta la última apariencia de la supremacía de las tinieblas. . . .

La luz que irradian ahora estos sepulcros vacíos ha hermoñado tanto al Monte Calvario que al presente ya no es el sitio máldito con el patíbulo de un ajusticiado sino una gallarda pirámide que señala a los hombres el paso del Vencedor. . . .

De los enemigos de Cristo sólo quedan aun los pecadores. Más también para ellos no tardará en venir el mismo Cristo, el mismo vencedor de la muerte y del mundo.

Pronto aparecerá con su faz terrible en el Huerto de Getsemaní, en el Pretorio inicuo y en el Monte del crimen. Su majestad de Juez dejará entonces por vez postrera el monumento último de su victoria que será, como antes, un gran sepulcro. . . .



## Testimonio de las sombras . . . .

Cristo ha tenido siempre la gloria de ser perseguido por los malvados. Y he aquí que inconsultamente parecen querer arrebatárle esta gloria sus mismos amigos.

Nuestros flamantes apologistas reciben con avidez las cuatro palabras de cordura que han dicho, en un momento de luz, los blasfemos y descreídos que llenan la mitad de la literatura.

Creen ellos, los apologistas cristianos, que, cuando han hallado esas palabras que recomiendan algún dogma cristiano han dado con el argumento máximo, ante el cual tienen que callarse, si no es que quedan desaferrados definitivamente los restantes blasfemos y descreídos.

Creen ellos, o por lo menos parecen creerlo, que esas contadas palabras correctas justifican suficientemente la existencia sobre la tierra de toda la caterva de los que, en medio de incontables absurdos, las dijeron una vez por relance.

Ligereza esta de los cristianos, bien intencionada; pero no por esto irreprochable.

Quien profundice un poco en la médula del Cristianismo hallará fácilmente que no es por la frase correcta por la que dan testimonio de la verdad de Cristo sus enemigos, sino mejor por sus blasfemias, por sus despropósitos, por su odio.

La verdad de Cristo aparece sublime tanto cuando le bendicen los santos como cuando le maldicen los perversos. De modo paralelo: hay peligro casi igual en la maldición del justo y la bendición del criminal. La razón es sencilla: nadie alaba ordinariamente sino lo que justifica, o, por lo menos, no compromete su propia conducta.

Esta razón puede dar a comprender fácilmente que es mayor honra de nuestra Religión el ser vilipendiada por la hez del mundo moral que el ser por ella elogiada. Mucho más aprovechan al Cristianismo las invecti-

vas maliciosas de un Voltaire o un Rousseau que todas las páginas de alabanzas que contienen sus libros.

No sé qué piensan nuestros apologistas cuando no pueden entretener sus discursos sin ocupar la mitad de ellos con trivialidades correctas que salieron ilesas por casualidad de las plumas de los blasfemos.

Las declamaciones de esta clase de gente no aumentan por cierto una onza de autoridad a las aserciones católicas para nosotros que creemos; pero ni siquiera para los que no creen. No es difícil constatar que los descreídos se burlan de las corduras religiosas que profieren, en momentos de devoción, sus viejos correligionarios. Es que se conocen ellos bien, y adivinan instintivamente lo que vale una palabra piadosa en un fárrago de vocablos absurdos.

Lo mejor que pudieran hacer, según esto, nuestros apologistas, es describir la personalidad de los autores, si la caridad lo permite, junto a los denuestos lanzados contra Dios. . .

La conducta de Cristo es la mejor lección práctica sobre el grado de aprecio debido al testimonio de los malos en favor de la verdad. Recuérdese que Cristo, que no prohibió a sus

enemigos lanzasen contra El todos los agravios que quisieran, impuso silencio a los malos espíritus que pretendían celebrar sus virtudes. ¿Qué otra cosa hay que hacer con los descendientes de esa raza maldita del infierno?

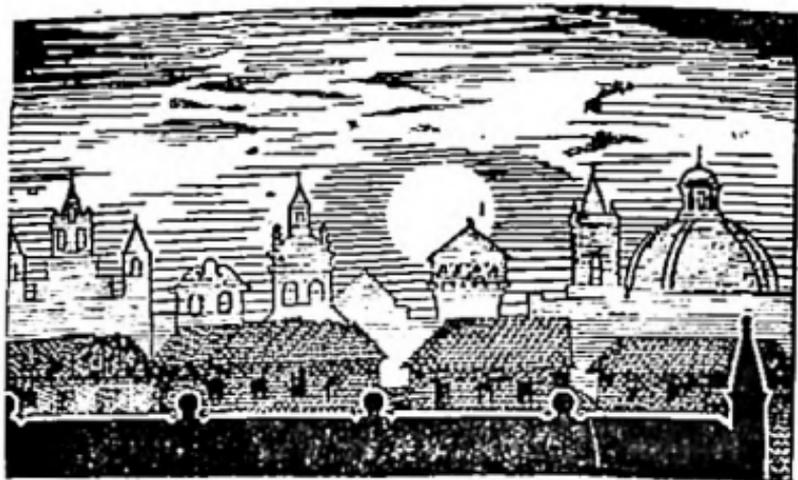
No nos toca a nosotros torcer la lógica vigorosa de la misma realidad. Hay que dejar que también las sombras hagan la defensa de la luz, no por la reliquia que tienen de luz sino por la esencia que tienen de sombras. . . .

Es inútil esforzarse porque salga inocente la Verdad Suprema del conciliábulo de las tinieblas.

Tiene Cristo que ser condenado por las bocas sacrílegas, y cuanto más fieramente, mejor; porque resultará tanto más glorificado.

Cada vicio que le atribuyen los réprobos será la proclamación de otra virtud; una horrorosa proclamación de la virtud; pero en definitiva la única manera sincera y no humillante, que tiene el vicio de ensalzar la virtud.





## El recinto de la sinceridad

La Majestad del Señor se halla presente en todas partes. En todas partes nos miran sus ojos, nos escuchan sus oídos y tiene alzada sobre nosotros su mano protectora.

Pero en el transcurso de los siglos ha manifestado el Señor especial complacencia porque se lo invoque en lugares determinados, donde ha fijado la sede de su misericordia y ha abierto un rico surtidero en la fuente infinita de su bondad.

¿No recordáis cómo, en los tiempos de la Antigua Ley, sentó sus reales nuestro Dios y Señor en el templo de Jerusalén? En ese espléndido monumento dejaba a las veces traslucirse los resplandores de su soberanía; en él

gustaba de recibir el tributo de amor y adoración de su pueblo escogido.

¿Y quién ignora que, después de la venida de Cristo, en el nuevo y gran día de la gracia, es también aquí, en los templos, donde más atento y propicio se muestra a la oración de su criatura?

Tanto más que al presente el Templo, católico se entiende, es la morada de Jesucristo, al igual que los Cielos.

En un modesto y pequeño tabernáculo de este Templo está reverberante toda la vida divina; ahí, oculto a los ojos corporales, está aquel en quien se complacen los Cielos; ahí lo inefable de la bienaventuranza; ahí el valor de todo lo que vale; el bien de los bienes; la verdad de las verdades; la belleza esencial; el camino, la verdad, la vida: Dios hecho hombre llamando a gritos hacia sí a todo hombre.

Todo esto es rudimentario y lo sabe cualquiera.

Pero hay otro aspecto, en que se repara poco, otro aspecto de los templos católicos que es preciso recordar en estos tiempos de convencionalismo y falsía. Es el ser la morada bendita donde renace, con toda su frescu-

ra, la natural y encantadora fraternidad de los hombres, donde se borran las jerarquías ficticias de la vanidad y el orgullo, ante la voz unánime de la miseria que grita: "Padre nuestro que estás en los Cielos".

Siempre se ha dicho que cuando una cosa se menoscaba, es necesario volverla a su origen para entallarla de nuevo en su molde natural.

Pues si la humanidad anda mal, ¿qué más cabe que volverla a su origen? Y, ¿cuál es el medio más sencillo para volverla a su origen sino introducirla en el Templo?

¡Que en el mundo hay excesiva desigualdad; que hay un odio infernal entre hermanos; que hay desmedida petulancia y antagonismo sin límites? Bien, vayamos de veras a la Casa del Señor. Vayamos todos a la casa de la sinceridad donde olvidados de la cotidiana mentira y presunción, revelamos paladinamente nuestras profundas pobreza; la casa donde se ostenta, en los labios que agradecen y piden perdón, en las manos levantadas y los ojos llorosos, esa humana naturaleza integral que no es sólo las partes y cualidades que se publica ufanamente en las plazas, sino también los comunes defectos y mez-

quindades que se llora en silencio ante el acatamiento del Señor.

Si en las casas de los hombres se originan las disensiones particulares y los grandes problemas sociales, es porque nos comparamos fatuamente con los mismos hombres. Pero ¿No quedarán prácticamente solucionados todos los problemas, si nos comparamos todos, en la Casa del Señor, con su soberana grandeza, y nos reconocemos hermanos ante la común miseria?

¿Me diréis que los hombres sí vamos de ordinario al Templo, y sin embargo permanecen en pie todos los problemas?

No es verdad. Pudiéramos decir que casi ya no asisten los hombres a los templos; pues, aunque estén en ellos con el cuerpo, no están en el espíritu.

La asistencia a los templos tiene la eficacia que he dicho, únicamente cuando es verdadera.

Pues, he aquí entonces lo que en definitiva nos cumple, para regenerar al mundo: volver de verdad al Templo....

**Nihil obstat**

**FR. JOSE MARIA VARGAS, O. P.**  
*Censor*

**P. ALBERTO D. SEMANATE, O. P.**  
*Censor*

*Puede imprimirse*  
Quito, a 23 de Octubre de 1944

**FR. INOCENCIO M. JACOME, O. P.**  
*Provincial*

**VICARIA GENERAL DE LA ARQUIDIOCESIS.**  
Quito, Octubre 24 de 1944.

*Puede imprimirse*

**VICTOR M. CARRILLO MOSCOSO,**  
*Vicario General.*

**ANGEL HUMBERTO JACOME M.**  
*Secretario.*

# INDICE

## PAGS.

Prólogo.....	1
<b>Valor del Ideal</b>	
Ascensión.....	7
Amistad.....	12
Esperamos.....	16
Embeleso de las lejanías.....	20
La luz del Porvenir.....	25
Solar nativo.....	28
Playas de Eternidad... ..	33
Vereda de la dicha.....	37
Cansados.....	41
Sin rumbo.....	46
Vocación.....	50
El trabajo.....	56
Juventud.....	60
<b>Paradojas</b>	
El poder de pedir.....	65
Complicidad.....	71
Vidas olvidadas.....	76
Arma secreta.....	80
Año nuevo.....	83
El pobre.....	86
Siempre niños.....	91
Deudas del rico.....	94
Sonrisa y lágrimas.....	98
<b>Clavos</b>	
Sobre arena.....	105
Facetas de las cosas.....	110
El peso del pecado.....	116
Senderos de la Providencia.....	121
Bautismo de sangre.....	126
Pechos vacíos.....	131

Esta guerra.....	136
Paz.....	139
Dementes.....	142
Libertad.....	146
Hacia el fin.....	150
Valor de la sangre.....	155

### Espejismos

Fragilidad de la fuerza.....	167
Sobre montones de oro.....	172
Insignias de grandeza.....	178
Flores engañosas.....	183
Sonidos vacíos.....	188
Sembradores de espinas.....	192
Dos coronas.....	196
Carácter.....	200
Falacia del dolor.....	204

### Clamor de ultratumba

La Romería a la eternidad.....	211
El misterio.....	215
Junto a los muertos.....	220
Reliquias de antaño.....	224
Escuela de generosidad.....	228
Mendigos de ultratumba.....	233

### Imprescindible

La letra Divina.....	239
Testimonio de la luz.....	245
Vida nueva.....	249
Voz de los sepulcros.....	253
Testimonio de las sombras.....	256
El recinto de la sinceridad.....	260



# Juicios críticos de la Prensa

## sobre la "ESTELA DE LA VIDA"

del R. P. L. Fr. Ignacio M. Urquizo, O. P.

*Estela de la vida.*—Así titula la obra primogénita del joven dominico Padre Ignacio M. Urquizo, elegantemente impresa en la Editorial «Santo Domingo».

Decimos primogénita porque el autor en referencia es un joven que recientemente ascendiera las gradas del altar y no conocemos otra.

Pero, para primogénita, tiene embergadura gigante de avesado maestro de la pluma, lo que quizá hace suponer que no fuera ésta su primera producción.

«*Estela de la vida*» es una colección de pensamientos sabrosos, escritos para «hablar a una humanidad inquieta y corrediza, con pensamiento breve y desligado».

Tiene «una palabra de aliento y consuelo» para el inquieto caminante, quienquiera que sea; porque por el hecho de ser mortal, en algún aspecto, es miserable y necesita que alguien le diga: «Surge et ambula». Pero *levántate y anda* hacia las moradas eternas de la fe, hacia las regiones nobles del pensamiento. Para ellos, «en este libro», hay «una ventana siempre abierta hacia el Cielo», por donde—parangonándole diremos—*puede asomarse el espíritu y hundir las pupilas en el Infinito, que es su patria todavía lejana*.....

«*Estela de la vida*», tiene el sabor grave y filosófico de «*El Arte de Vivir*» de Weiss, O. P. el juego delicado y sencillo de Selgas, el místico retruécano—sin ser verso—de Santa Teresa de Avila; el nostálgico pensamiento de Bécquer; la profética voz de los psálmos, y el inflexible magisterio de Kempis.

«*Estela de la vida*», con criterio maduro, enfoca, en sencillas obleas, la filosofía de la vida; la cual le da un parentesco con la «*Filosofía Popular*», colección alfabética de sabios pensadores.

Su autor sigue realmente la *estela* que le dejaron sus ilustres mayores, los hermanos de hábito y de sangre, Padres José María y Vicente Caicedo Albornoz. Y la *estela* que a su vez va dejando en pos de sí, es, en algún sentido, como dijo el poeta: «robusta y santa semilla de esto que tengo de Dios!»

Que su acento profundo vaya abriendo un sendero limpio para el porvenir. Y como pensador «profeta del presente» —, sea el clarín valenciano que da vida al pensamiento muerto; y, al mismo tiempo, glosando su idea, sea el minero incansable que arranca de las canteras inagotables de su interior «la verdad antigua en una forma nueva».

—*La Sociedad, Semanario Católico de Quito (No 201)*—

Sí, en nuestras manos ha dejado el autor de tan bello y profundo libro, "una parte de su espíritu". Mejor dicho, nos ha permitido identificarnos con el suyo, a punto de palpar juntos las mismas emociones, y vibrar la modulación mental de los mismos pensamientos.

Fragancia de claustro, reconditeces de celda, sentimientos de asceta, aspiraciones de sublime idealista, toques brillantes de sentida poesía, pinceladas admirables de exquisito orden superior y concepciones superadas de estupenda filosofía; hallamos a cada paso en el libro humildemente escrito por un ser dedicado al pensamiento contemplativo, al cultivo del espíritu, y a la educación del corazón; que no sabe sino de oídas, las amarguras de la vida, del desgarrar por las pasiones, del aniquilamiento por los vicios..... La lectura de la obra del R. P. Urquiza, nos ha sumergido en profundas meditaciones y ellas nos han conducido a lo que dice el mismo autor: "Hay que alternar la lectura de los libros con la lectura de la realidad; la lectura de la realidad con la lectura de los libros".

En nuestra mesa de trabajo ESTELA DE LA VIDA tendrá su sitio preferente porque ella es el BREVIARIO

del que se ha entregado con amor a la vida del espíritu y a las maravillosas actividades de la mente.

Felicitemos de todo corazón al autor y recomendamos su lectura, porque en esta era de despreciable materialismo, ESTELA DE LA VIDA, constituye una obra sedante y bella, profunda y amena.

—*Intereses comerciales, semanario de Quito, del 21 de Noviembre de 1941*

---

El Rvdo. Padre Ignacio M. Urquiza, de la Orden de Predicadores, ha dado a publicidad un librito intitulado "Estela de la vida", en el que se reune bellas composiciones y hermosos pensamientos, debidamente aprobados por la Censura eclesiástica.

En tus manos, Connatural, Costumbres, Virtud, Grandeza, Pensamiento, Amor, Arte, Dolor, Vicio, Dios y No me debes nada, son los temas, de que trata en forma brillante y castiza el distinguido escritor dominicano. El librito, de principio a fin, invita con marcado interés a la lectura. Comienza el P. Urquiza entregándose suave y románticamente al lector, para terminar con palabras de aliento, consuelo y satisfacción de haber cumplido con un imperativo interior al comunicar al prójimo un estado de alma aclimatada en las dulzuras de la fe y de la confianza en el reino eterno,

Hablando de la Grandeza, dice el Padre Urquiza: "El Supremo honor que concede el mundo a los grandes es contradecirlos. No es esto una ironía. ¿Puede el mundo tributar a un hombre mayor honor que publicarlos por los cuatro vientos digno de amor? Pues esto hace el mundo, evidentemente sin quererlo, con los hombres a quienes persigue injustamente", "Dame un sabio, prosigue, un poeta, un escritor, un artista, un guerrero, en una palabra, el hombre más grande que conozcas. Si todos lo aprueban, será ciertamente admirado, temido, respetado; mas, no tendrá como tal la dicha de ser amado; no tendrá la dicha de que se junten en su torno tantos corazones como alabanzas se le dedican". Y agrega: Es cosa admirable! Lo último con que puede aprovecharnos el mundo es la persecución. Por eso, a aquellos a quienes

no pudo un día el mundo hacerlos célebres alabándolos, los eternizó persiguiéndolos”.

Pasajes así bellos y atractivos tiene el librito. Es pues, esta producción del estudioso dominicano, el Padre Urquiza, un conjunto de fecundas reflexiones sobre la vida, cuya lectura ha de hacer mucho bien a los jóvenes.

*-El Comercio, diario de Quito, del 17 de Noviembre de 1941-*

---

*Estela de la vida.*—Es el título de la obra que acaba de publicar el P. Ignacio M. Urquiza, O. P. Fruto del estudio y meditación. En cada página de tan substancioso libro palpitan pensamientos muy elevados, reveladores del profundo conocimiento del corazón humano. Su lectura deleita e instruye, y el espíritu se dilata ante la excelsitud de las ideas revestidas de un ropaje elegante, al través del cual se aprecia la superioridad mental de quien las concibe.

En el capítulo *Grandeza*, encontramos pensamientos de subidos quilates, como éstos: “El mundo es mal amigo de lo grande. El mundo es tan mal amigo de lo grande, que todo lo noble, todo lo valioso, todo lo digno tiene que esconderse en el refugio de la soledad..... La mayor parte de los hombres beneméritos no oyeron, bajo la luz del sol, el aplauso de sus hermanos; ni estuvieron sus sienes todavía palpitantes para sentir la apretura de las coronas; ni los ojos todavía encendidos para ver en los rostros el rasgo conmovedor de la admiración y simpatía..... La gloria de la tierra no es legítima si no es la estela del mérito, si no es, a lo menos, la sombra de la gloria del espíritu..... Bastantes son las glorias ficticias de la humanidad..... No son las mayores alabanzas para los mayores méritos, sino para los mayormente visibles, para los que están en cierta manera a flor de las cosas. Casi siempre alabados mucho más son el músico, el cantor, el cómico que el hombre inteligente. Pero bien mirado, ello está puesto en razón; porque la alabanza en aquellas cosas visibles parece un pobre cumplimiento de su ser en tanto que en las grandezas del orden del espíritu, la alabanza nunca es más que un accidente más o menos despreciable..... Desde el día en que se compró toda grandeza con el dolor de Dios;

desde el día inolvidable en que se estrechó la grandeza de Cristo a la Cruz infamante en un lugar del planeta. no hay grandeza del planeta que no esté unida a otra cruz".....

Y como los sublimes pensamientos anteriormente transcritos, abundan en los demás capítulos del libro, que al tenerlo entre las manos, difícilmente se lo deja, pues se lee y relee sus páginas con fruición más creciente, y sus saludables enseñanzas se infiltran en el alma y se graba en el corazón, como normas de conducta y de apreciación de las cosas que se observan diariamente en el comercio de la vida humana.

—*El Ferrocarril del Norte, semanario de Ibarra, 15 de Febrero de 1942*—.

---

*Estela de la vida.*—Es el título de una obra que ha llegado a nuestras manos; escrita por el dominico ecuatoriano R. P. Ignacio Urquizo.

Es un raudal precioso de doctrina que se desliza en forma de pensamientos, como el raudal es compuesto de gotas de agua.

Impresa en la editorial "Santo Domingo" de Quito, Ecuador, de manera nitida, que honra a la editorial, no menos que a su autor, quien nos presenta en 200 páginas divididas en doce títulos diferentes, todo un conjunto de doctrina utilísima para toda clase de personas.

Reciba el Rvdo. P. Urquizo, nuestras más sinceras felicitaciones por esa obra, digna, de figurar de manera preferente en las bibliotecas de todos aquellos que se alimentan de sana doctrina.

—*"Veritas", semanario de Chiquinquirá (Colombia) del 26 de Nbre. de 1941*—.

---

El Padre Ignacio M. Urquizo publica *«Estela de la Vida»*, un libro de pensamientos como lo llama su autor ..... El estilo es claro y sencillo capaz de abarcar un

buen número de lectores, con la misma aspiración quizás del predicador que tiene por obligación dirigirse a densos públicos.

Por la lectura del libro se comprende que el autor está viviendo constantemente su vida interior, una especie de masticación del pensamiento mismo, una elucubración generosa que se vierte poblada, en las soledades de los pasillos del convento.

Agradecemos la atención del autor, por su envío.

—*El Día, diario de Quito, del 17 de Nbre de 1941*—

---

Filósofo que se encierra dentro de sí mismo y dentro de sí mismo medita y reflexiona para llegar a la posesión de la verdad; el autor con este pequeño libro a manera de las pastillas comprimidas que en pequeño volumen encierran grandes cantidades de medicinas, nos obsequia con una valiosa serie de meditaciones dedicadas a fortalecer el espíritu de los caídos en las encrucijadas de la vida o abatidos que se hallan con los dolores y miserias del cuerpo; noble finalidad que el talentoso escritor lo enuncia cuando dirigiéndose al lector dice: «quiero excitarte al esfuerzo en la tristeza, a la templanza en el gozo, a la valentía en la pobreza, a la modestia en la fortuna, al amor en el poder. . . quiero invitarte a ser menos desdichado». Finalidad que, sin duda, la obtiene el autor al través de las páginas de sus máximas y reflexiones de hondo afecto e impregnados del rocío que todo lo anima y vivifica: amor, caridad a los hombres.

Felicitemos al inteligente y profundo pensador dominicano.

—*El Mercurio, diario de Cuenca del 8 de Dbre de 1941*—

---

A ese primer Capítulo (En tus manos.....) siguen once más, componentes todos del contenido tan jugoso, como instructivo, sentimental y bello de la obra. *En tus manos—Connatural—Costumbres—Virtud—Grandeza—Pensamiento—Amor—Artes—Dolor—Vicio—Dios—No*

*me debes nada*—, tales son los títulos de esos Capítulos, todos ellos más o menos comprensivos de sus respectivos temas, pero todos ellos sobrepasados o excedidos por la exuberancia de pensamiento y el rebosamiento de sensibilidad, observación, sugerencia y vuelo de alma del autor, no menos que por la multiplicidad de objetos y variedad de aspectos cogidos y aprisionados por la amplia perspicacia y fino análisis de él y raudamente expresados en lenguaje y estilo limpidos, aunque no siempre fácilmente comprensibles para todos los lectores, sino sólo para los ya iniciados cuando menos, en las respectivas disciplinas filosóficas, teológicas y sociológicas, y psicológicas ante todo y sobre todo. De todos modos, ni un sólo Capítulo hay en la obra del que el lector ávido de verdad, al par que atento y meditativo, no pueda sacar para sí triple provecho: mayor disciplinación mental; aumento de conocimiento; y sensación de lo hermoso, para la elevación y goce de su espíritu y mejoramiento creciente de su conducta y de su vida.

Y ahora, de esa obra original y rara entre nosotros, forja de pensadores, media Arcadia de poetas y escuela de ascetas de buena voluntad, no estará acaso demás la presentación, aquí, de algunas muestras, con mira al bien mayor de tales o cuales lectores. merced a la repetición de útiles enseñanzas, sanos estímulos y benéficos recuerdos.

—(El R. P. L. Alfonso A. Jerves, O. P, en un estudio publicado en la *Corona de María*, Revista mensual de los Dominicos del Ecuador, que se publica en Quito Nro, 504—

---

*Estela de la vida.*—Tal el título de una colección de pensamientos o ideario de meditaciones o flora de hondo sentir y filosófico pensar, acerca de Dios, y del Mundo del hombre y del Espíritu.

Su autor, el distinguido ensayista, R. P. Ignacio M. Urquiza, O. P, actual Director y Administrador de «La Corona de María», trasluce la consagración al libro, a la vez que la sana lucidez y apostólica unción de sus conceptos quintaesenciados en el silencio del claustro y en la metódica reflexión acerca de sus impresiones que la Naturaleza, el Creador y los seres, han despertado en

su privilegiado cerebro de hombre de letras. Felicitamos al R. P. Urquizo por este libro que lo ha llamado "Estela de la Vida".

—(Alianza Obrera. semanario de Cuenca, del 29 de Marzo de 1942—

---

*Estela de la vida.*—por el P. Ignacio Urquizo, O. P. Editorial Santo Domingo. Quito—Ecuador.

La del P. Urquizo es una de las buenas plumas que conocíamos por la lectura de la hermosa revista de los dominicos ecuatorianos, titulada «La Corona de María». Ahora nos depara la grata sorpresa de un libro, primorosamente editado, en el que con fina sagacidad, acertado criterio y galanura de estilo, nos ofrece una serie de pensamientos profundos y a la vez diáfanos, elevados y a la vez útiles e interesantes, que logran seguidamente cautivar la atención del autor.

Felicitamos sinceramente al P. Urquizo, quien con este libro ha prestado un buen servicio a la religión y a las letras hispano-americanas.

—“*El Santísimo Rosario de Vergara (España) Revista mensual Nros 675—676—*



